

Bohemia



BOHEMIA
SOCIEDAD ESPAÑOLA DE LA MUJER
BOHEMIA
PIENSA DE LA MUJER

5

Andorra 191

PARA LA PIEL

JABON

GOLIATH

*Espumoso
Elaborado
con aceite
de oliva
M. Cabrera
S.en C.
Apartado 2482*



PASTILLA 5 CENTAVOS

AGENTE DEL JABON CASTILLA "GOLIATH" EN CAMAGUEY:

PEDRO P. HERNANDEZ

JOAQUIN AGUERO NUM. 134.

Bohemia



FRANKLIN DELANO ROOSEVELT

Se acerca la gran jornada comicial de los Estados Unidos. En la pugna, juegan papel principal Hoover y Roosevelt. Hoover es Wall Street, Roosevelt es el pueblo americano; Hoover es la tendencia conservadora de mano dura, Roosevelt es la manifestacion liberal de la voluntad de la masa, porque para Roosevelt la felicidad del pueblo la constituye el sentir de la mayoria. Hoover es el mas rigido y absurdo proteccionismo, Roosevelt es la proteccion limitada a lo propio y la lucha abierta en el campo de la industria; Hoover es la razon por la fuerza, Roosevelt es la fuerza por la razon; Hoover es el cerebro del pulpo que oprime al mundo, Roosevelt es la sombra de Teddy, el simpatico camarada de los hombres del mundo. Y BOHEMIA, que siempre ha aspirado al triunfo de la verdadera democracia y de los hombres que la encarnan, hace votos porque la victoria de Frank'n D. Roosevelt sea una avasalladora realidad de la victoria de aquel pueblo.



La Cristiana del HOMBRE

Nadie leerá este cuento sin un estremecimiento de emoción. La figura de esta presidiaria fugitiva que se dispone a morir antes que volver a resignarse a vivir la triste existencia de la cárcel, nos conmovedora por que la misma muerte, nos aparece aureolada de simpatía desde el comienzo de la historia. Pero hay además en este cuento otra figura humana, sobre la cual extendemos el abrigo de nuestra compasión desde las primeras letras: una pobre mujer que ama, que sufre, que vive una vida atormentada y que, finalmente, lleva la carga irremediable del hijo de su corazón.

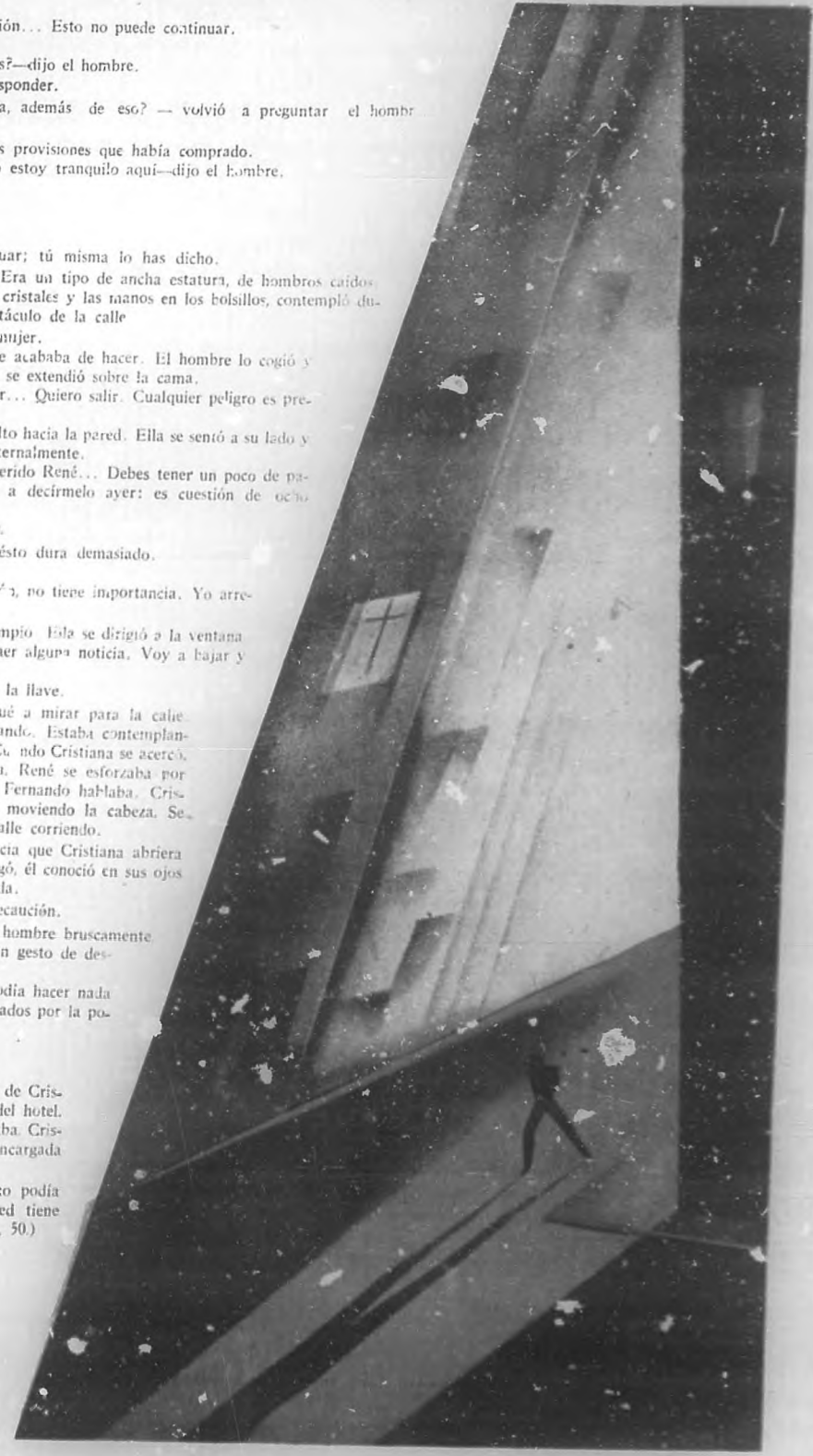
LA muchacha pasó por delante del buró y salió del hotel. En el umbral de la puerta, la criada barría las alfombras. Suspiró su trabajo y dijo:
—Señora Cristiana...
La joven se detuvo. La criada, indecisa, agregó después de un instante:
—Es para la habitación...
Volvió a vacilar durante unos segundos y luego, animándose, explicó rápidamente:
—La patrona me ha dicho que no comprende por qué no quiere usted que limpie su habitación, que los clientes deben someterse a los reglamentos...
Esta declaración fué seguida de un silencio. Después, la criada prosiguió:
—Usted comprenderá, señora, que yo debo hacer lo que me mandan... Además, la patrona no quiere que cocinen en las habitaciones...

Inmóvil y silenciosa, la mujer escuchaba. No tenía sombrero; su melena se alborotaba sobre su frente. Dos ojos verdes alumbraban su rostro delgado y marchito, pero agradable. Tenía en sus manos un cesto. Durante un momento, su semblante reflejó una intensa contrariedad.
—¿No podríamos entendernos?—preguntó en voz baja.
La otra se balanceó, con las manos en la escoba. Luego contestó:
—Yo no tendría inconveniente, pero es asunto de la patrona...
—La mujer hizo un gesto de disgusto y concluyó:
—Está bien; trataré de entenderme con ella.
*
Un ligero toque precedió al ruido de la llave en la cerradura. Instintivamente, el hombre se recogió detrás de la puerta. En seguida, leyó todo en la mirada de la mujer. Ella contestó sin que él le interrogara.
—La encargada espera, abajo.

—¿Por qué?
—A causa de la habitación... Esto no puede continuar. Hubo un silencio.
—¿Qué haremos; entonces?—dijo el hombre.
La mujer lo miró sin responder.
—¿No has notado nada, además de eso? — volvió a preguntar el hombre.
—No.
Ella sacó del paquete las provisiones que había comprado.
—Yo voy a salir... No estoy tranquilo aquí—dijo el hombre.
Ella se sobresaltó.
—¿Está loco?
El hombre replicó:
—Esto no puede continuar; tú misma lo has dicho.
Se acercó a la ventana. Era un tipo de ancha estatura, de hombros caídos. Con la frente pegada a los cristales y las manos en los bolsillos, contempló durante un momento el espectáculo de la calle.
—Vamos; rome — dijo la mujer.
Y le dio un sandwich que acababa de hacer. El hombre lo cogió y comió en silencio. Después, se extendió sobre la cama.
—Esto no puede continuar... Quiero salir. Cualquier peligro es preferible a quedarme aquí.
Habla consigo mismo, vuelto hacia la pared. Ella se sentó a su lado y acarició los cabellos, maternalmente.
—No te desesperes, mi querido René... Debes tener un poco de paciencia... Fernando volvió a decírmelo ayer; es cuestión de ocho días... o tal vez menos.
El se encogió de hombros.
—Ya van tres semanas; esto dura demasiado.
Ella continuó:
—En cuanto a la habitación, no tiene importancia. Yo arreglaré las cosas.
Un ligero silbido la interrumpió. Ella se dirigió a la ventana.
—Es Fernando... Debe traer alguna noticia. Voy a bajar y subiré en seguida.

Salió y cerró la puerta con la llave.
El hombre se levantó y fué a mirar para la calle. Reconoció la silueta de Fernando. Estaba contemplando la vitrina de una florista. Cuando Cristiana se acercó, Fernando se volvió hacia ella. René se esforzaba por comprender su conversación. Fernando hablaba, Cristiana se limitaba a escuchar moviendo la cabeza. Se separaron. Ella atravesó la calle corriendo.
René esperó con impaciencia que Cristiana abriera la puerta. Pero cuando ella llegó, él conoció en sus ojos que no traía la noticia esperada.
Ella cerró la puerta con precaución.
—¿Qué sucede?—inquirió el hombre bruscamente.
Ella alzó los hombros con un gesto de desaliento.
Fernando me dijo que no podía hacer nada por ahora... Todos están vigilados por la policía.
*
—Señora...
La voz seca llegó a los oídos de Cristiana que se aprestaba a salir del hotel. Era la encargada quien la llamaba. Cristiana se acercó al buró. La encargada le dijo:
—Persea me ha dicho que no podía limpiar su cuarto porque usted tiene...
(Pasa a la Pág. 50.)

**Paúl
Troyes**



FRAUT

CHARLES VILDRAC

En una encrucijada de trinchera, había un resguardo fabricado con troncos de árboles clavados en la tierra fangosa y planchas de hierro. Aquel era nuestro refugio.

Allí estábamos protegidos contra un obús de 11, con tal que no cayera frente a la puerta, la cual estaba hecha de tablas torpemente ensambladas. Pero un torpedo hubiera arrasado nuestro refugio juntamente con sus ocupantes. El mobiliario constaba de un banco, la caja de nuestro botiquín de guerra y una especie de mesita hecha con una tabla y cuatro estacas, sobre la cual poníamos la lámpara de acetileno y los objetos del mayor.

Al lado de nuestro refugio, había lo que llamábamos por irrisión la tierra de novedades. Era, a la izquierda, un hacinamiento de fusiles o de bayonetas en vaina, de cascos herméticos, de trajes haraposos, de zapatos de soldados.

En aquel depósito lamentable, eran alineados los muertos del día, cara al cielo. Los camilleros divisionarios iban a buscarlos en medio de la noche.

Después de varios ruidos de artillería en las trincheras, que cesaban brusco y como por un común acuerdo, había cinco minutos de un silencio de muerte. Después, como si se tratara de una tempestad, alguien decía:

—Creo que ha terminado.

Y salíamos del entorpecimiento y de la angustia, bostezando, a causa de nuestro estómago demasiado vacío.

Entonces oíamos un ruido de pasos sobre la tierra seca o en el lodo. De pronto, llegaba un hombre, empujaba nuestra puerta sin cerrojo y anunciaba, por ejemplo:

—He varios muertos y heridos del otro lado de la trinchera. Además, el parapeto ha sido destruido.

Yo saltaba hacia afuera y llamaba a los camilleros. A veces advertíamos por todos lados, la inminencia del peligro y nos ocupábamos solamente de los heridos, dejando a los muertos para más tarde. Sucedió también que, en ciertos casos, no había más que un muerto y un herido. En los derrumbes de las trincheras, en los surcos angostos, sinuosos y de pendiente rápida, un muerto era mucho más fácil de conducir que un herido. Para un muerto, no hacía falta la camilla. Lo amarraban en una pértiga, para ser transportado por dos hombres. No había temor de darle un golpe en un tropezco o de alzarlo por encima de los parapetos. Además, bastaba con dejarlo cerca del refugio.

Si se trataba de un herido, había que conducirlo con más cuidado, sobre todo si conservaba su conocimiento. Cuestión de amor propio, de sentimiento, de tradición. Después de curarlo, había que trasladarlo a un kilómetro hacia atrás, a través de un terreno de fondado por los obuses y por las lluvias. Por eso los dos equis destinados a ese trabajo se disputaban el muerto.

—El muerto es nuestro! Ya tuvieron ustedes uno esta mañana.

—No era un muerto, sino un herido.

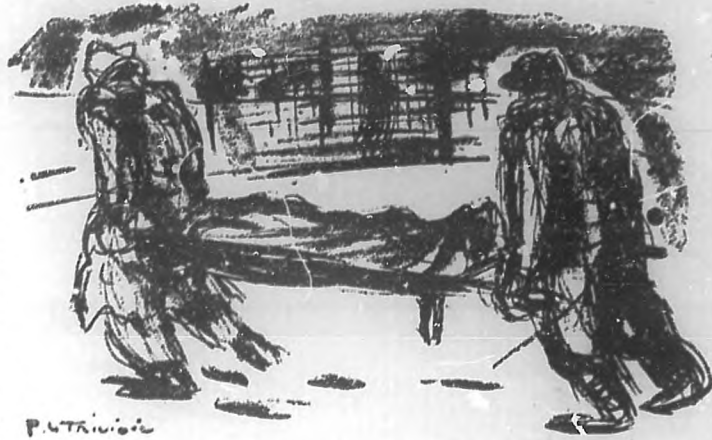
—Un herido que murió en el camino.

—Un herido que muere en el camino no se cuenta por un muerto.

Yo interrumpí la discusión, menos con mi autoridad de cabo que con la de un hombre que había formado equipo con los unos y con los otros.

Charles Vildrac, moderno escritor francés, conoció las angustias y las penalidades de la guerra, en el campo de batallas. Y ha utilizado sus dolorosas experiencias para escribir historias y relatos emocionantes, que traducen el horror de la vida de las trincheras, es también una página de honda psicología, donde se demuestra que las pasiones y los vicios del hombre, pueden deterrar de su espíritu los más elementales sentimientos de humanidad.

Hacía más de un año que nuestro regimiento estaba atrincherado en aquellos lugares. Estábamos hundidos en la guerra, sumergidos por ella. Mis sentimientos estaban a veces monstruosamente endurecidos.



P. B. Thibault

Hoy no puedo consolarme de la muerte de tal compañero caído a mi lado; sin embargo, el día que lo vi caer, su muerte no ocupó mi atención nada más que un breve instante, y el dolor fugitivo que me causó fué contrapesado por la atregria—horrible y fugitiva también—de sentirme vivo y de comprobar que mi turno no había llegado todavía.

Después del estallido de un obús, cuántas veces oí, mezclada con el estertor del moribundo, la risa triunfal y bestial de su camarada, herido ligeramente en un brazo. Sin preocuparse del muerto, cada uno se felicitaba y los otros lo felicitaban también.

Había allí, naturalmente, algunos seres sentimentales. Pero abundaban más los individuos toscos dominados por sus instintos, que manifestaban una grosera indiferencia para todo lo que no fuera la pitanza, el vino y el descanso. Muchos de ellos comían agachados al lado de un muerto de su escuadra y gruñían como animales cuando los molestábamos para llevarnos el cadáver.

Tirado en el suelo o sentado, envueltos en el humo del tabaco solíamos pasar varias horas de la noche en nuestro refugio, teniendo entre nosotros a los camilleros de turno.

Nos contábamos historias del principio de la guerra, ya lejanas. Comentábamos las operaciones militares, como los señores que se reúnen en los cafés, pero con un poco más de competencia y mucho menos optimismo.

Pero a cada uno le agradaba sobre todo hablar de lo que había hecho en el otro mundo, antes de la guerra, y se resarcía de no ser nada más que una matrícula militar, exagerando su importancia civil con una coquetería conmovedora o un cinismo de rasta.

Aubertin, el cabo enfermero, nos decía que había geser también al mismo tiempo, en un hospicio de ancianos, las importantes funciones de intendente, de administrador, de director y hasta de electricista.

Los aldeanos que se habían pasado la vida comiendo y trasabundantemente y durmiendo desde el anochecer, elogiaban la fastuosa abundancia de su mesa y el ardor amoroso de sus mujeres.

Ante de acostarme, si no llovía a cántaros y si no estaba



servicio, yo salía siempre durante unos minutos, como un pasajero que sube sobre el puente del barco para conocer el estado del mar.

Una noche que salí de nuestro refugio, aspirando distraídamente la frescura nocturna, tropecé con algo que no me costó mucho trabajo identificar: era una pierna inerte y enfangada. Me hallaba en el sitio donde depositaban a los muertos.

—¡Ah, sí!—pensé en seguida—. Es Frait.

El único muerto de aquel día era Frait. Un equipaje había ido a buscarlo media hora antes de ir a paseo.

Yo lo conocía bien. Los dos habíamos formado parte de la misma división. Era un gran hombre de aspecto de carretero y de soldado alemán, que le gustaba beber demasiado y convidaba con una burlesca sonrisa. Recibía de su casa giros postales de quinientos francos y paquetes de vituallas. Su opulencia y sus prodigalidades le conquistaban muchos amigos. Pero había elegido por compañeros asiduos a dos o tres muchachos de su especie y de su pueblo, con los cuales bebía, comía y, sobre todo, jugaba al póker.

Frait y sus compañeros, soldados de infantería de segunda clase, estaban acostumbrados como todos nosotros a la rutina de la guerra, pero habían realizado poco a poco el prodigio de alimentar una pasión: el juego, que en su existencia cotidiana formaba una parte de los horrores de la guerra.

Además, un rico aldeano como Frait, no dudaba ciertamente que el privilegio del dinero pudiera influenciar a la misma muerte. Hallándome a unos pasos del cadáver de Frait, vi dos hembras que venían corriendo desde la primera línea y que se desviaron a mi lado.

—¿Qué pasa, muchachos?—les pregunté—. ¿Algún herido?

—¡Ah! ¿Eres tú, cabo?—me dijo uno de ellos—. ¿Quieres decirnos dónde han puesto a Frait?

—¿Frait? Ahí está. ¿Por qué?...

—Veníamos a buscar el juego de cartas que está en su bolsillo. ¿Tú le registraste ya los bolsillos?

—No; todavía. Además, no soy yo quien se encarga de ese trabajo. Es el cabo enfermero. Apúrense y cojan la baraja en seguida.

—Bueno. ¿Vienes con nosotros, cabo? ¿Tienes una linterna de bolsillo?

Un instante después, los dos hombres y yo estábamos acurrucados cerca del cadáver. Frait—el rostro apenas crispado, una mecha de cabellos caída sobre una de sus cejas, el mentón y las mejillas como armados por una ruda barba de ocho días, parecía sumergido en un tranquilo sueño. Un obús había estallado en su pecho.

—Las cartas no están en los bolsillos de la capa—dijo uno de los hombres.

—¡Claro! Yo vi cuando las metió en uno de los bolsillos del saco—replicó el otro—. Hay que desabrocharlo.

Desabotonaron la capa y el saco, y apareció una cartera chorreada de sangre. Cayeron al suelo varios billetes de banco milagrosamente intactos. El que los recogió me explicó:

—Son los trescientos francos que nos ganó esta noche. Debe haber dos billetes de cien y dos de cincuenta. El los ganó y por lo tanto son suyos.

Hubo un corto silencio y luego el mismo hombre agregó:

—Fíjate, cabo; le dejamos el dinero en la cartera. ¿Quieres ponerlo tú mismo en su bolsillo?

Después, tuve la sospecha de que habían ido los dos, para vigilarse mutuamente, a causa de los trescientos francos. Pero, en rea-

lidad, no pensaron manifiestamente en el dinero desde que encontraron, en el fondo del bolsillo mojado, el juego de cartas, intacto por una de las caras y manchado por la otra.

—Deben marcharse ya—les aconsejé.—Sí, marchémosnos—dijo uno—. Pero espera un momento para ver si están todas las cartas aquí.

Prudente precaución: quedaba una carta en el bolsillo, más estaba tan empapada de sangre que el hombre no pudo sacarla sino en pedazos.

—¡Diablos!—gritó el hombre—. Es una de las más importantes. Ni siquiera puedo despegarla de mis dedos. Sacóme su mano con repugnancia e indignación.

—¿Qué desgracia!—gimió el otro.—No sé cómo vamos a pagar ahora. De todas maneras, te damos las gracias, cabo.

Cuando partieron, volví a meter la cartera con los trescientos francos en el bolsillo de Frait. Luego abotoné su saco y su capa.

Como dije antes, el cabo enfermero incumbía la tarea de inventariar lo que encontraba y enviado al depósito del regimiento, que lo transmitía a su familia.

Aubertin no admitía que nadie usurpara sus funciones, puesto que él era el responsable.

Regresé a nuestro refugio, cuya luz estaba azulada de humo. El mayor leía la revista *Fantasio*. Los otros discutían sobre asuntos diversos.

Le dije a Aubertin:

—¿Sabes que tienes un muerto que registrar?

—Es verdad—murmuró, estirándose—. Ya no me acordaba. ¿Está ahí desde hace mucho rato?

—No.

—¿Es un graduado?

—No, es Frait.

—¡Pobre muchacho!

Y Aubertin cogió rápidamente sus cosas, se provió de un gran pañuelo militar y se precipitó hacia afuera con su linterna en la mano.

Aubertin no volvió sino diez minutos más tarde. Yo estaba sentado en mi camilla y, medio desmayado, me libraba de algunos de mis ojosos. El mayor, sentado cerca de mí, espurgaba también su ropa.

El cabo enfermero, con una hoja de papel y un lápiz sobre la mesita, abría el pañuelo que contenía la tumbona cosecha.

Yo le oía enumerar en voz baja, a medida que escribía:

—Libreta militar, una pipa, un reloj de plata, un cuchillo...

—Llegó a la cartera y al portamonedas, los cuales vació, ostensiblemente.

Una fotografía de mujer pasó de mano en mano.

—Déjeme verla—dijo el mayor.

—Es admirable—dijo el que la tenía.

Entonces Aubertin, en un tono que me pareció tan falso como decidido, declaró:

—Esto es extraño...

Un tipo como Frait, que estaba en tan buena posición económica, es raro que no tuviera en sus bolsillos nada más que veintitrés francos. ¿Veintitrés francos en un portamonedas! Ni un solo billete en su cartera...

Yo reprimí un grito de protesta y sentí que la sangre me subía al rostro. Me asombré de que nadie más que yo se diera cuenta de la mentira de Aubertin.

Aubertin había encontrado sobre Frait los

(Pasa a la Pág. 18.)

7

por Guillermo Herrera

EL ACUSADO POR LAS APARIENCIAS

A PESAR de que hacía veinte años, lo habían cesanteado como Embajador en París, Julio Abreu no había perdido la rigidez del cuerpo ni la suavidad de la etiqueta protocolaria. Aún las palabras, que son características. Parecía que estaba enfundado dentro del uniforme galoneado y se discutía con un Gobierno arago, acerca de una reclamación cualquiera, y sin embargo, ¡qué lejos estaba del Protocolo la labor que ahora desempeñaba!

Era detective. ¡La vida paradójica! Le pagaban por descubrir los misterios del crimen, cuando no había podido saber nunca nada aclaratorio de la complicada muerte de una linda mujer, cuyo cadáver apareció en su jardín cierta mañana, para su desdicha; pues por esa mujer, lo separaron de la carrera diplomática, dado que sus amigos, la policía y el público le creyeron culpable de un crimen, basándose en la extraña circunstancia de presentar la occisa en el brazo derecho la marca del sello de la Embajada.

El no lo sabía ni tampoco se lo explicaba; como no lo sabía nadie, por haber sido impresa la marca, obedeciendo la mujer a un impulso momentáneo de su voluntad y sobrevenir su muerte inmediatamente después de ejecutarlo. Ello es cierto, según se aclaró en una sesión espiritista, al pedirle al médium que explicara satisfactoriamente "el caso de la marca en el brazo", que intrínsecamente no sólo a París, a los amigos del diplomático y al público, sino a una banda de ladrones de la que la mujer era miembro.

Lo recuerdo bien. El jefe de la banda era un italiano, Angelo Duron. Visitó el centro espiritista y habló así al director.

—El caso de la marca en el brazo, debe aclararse para rehabilitar el nombre de Clara Aguglia, actualmente conceptuada como la única traidora entre nosotros. Porque opino también, que entre ella y el Embajador, había nexos de algo más que amistad... Debían ser amantes. Ella faltaba de nuestro campamento desde un mes antes, sin embargo de que tenía la misión de sustraer los documentos originales de cierta reclamación que obraban en poder del diplomático; misión que le conferí, a su propia petición.

Enterada de que necesitábamos los documentos por los cuales pagaban unos concesionarios, un millón de pesos porque querían destruir algunas pruebas comprometedoras, se ofreció a hacer el trabajo. Cuando habló me convencí de que la muchacha deseaba hacer algo sonado, para que yo no la creyera inútil, ya que había fracasado en anteriores intentonas de robo; pero era muy distinta la realidad. Clara tenía el proyecto de traicionarme y en medio de una orgía, acaso bebiendo champagne para celebrar la destrucción de mis planes, el Embajador la mató por celos.

La marca del sello en el brazo, parece indicar, que aturdido el amante por los vapores del licor que habían concitado en él la voluptuosidad, cometió la irreverencia de imprimir el sello sobre la



EN FLORENCIA, UNA NOCHE...

por José de Beryst

CUANDO, abandonando las calles misteriosas y tranquilas que conducen al Palazzo Vecchio, penetré en la sala oscura y alumbrada de los Folies-Bergere de Florencia, una muchacha acababa de cantar una canción de moda. Gritos y aplausos celebraban su triunfo.

El aspecto de la sala de aquel teatro era bastante vulgar, pero el público era alegre, charlatán y presto para las ovaciones y los clamores para el entusiasmo y para los silbidos.

Yo estaba sentado en una fila cercana a la orquesta al lado de un hombre raturado, que parecía seguir los números del programa con un interés singular.

Adivinando en mí a un francés, me colmó de agasajos de informes y de confidencias. Era un antiguo artista, había cantado en París.

Le dejé hablar sin interrumpirle, para comprender mejor con sus explicaciones el espectáculo que me ofrecía aquella multitud.

La conversación de aquel hombre era interesante. Designándome luego a tres personajes, en los cuales yo no hubiera adivinado nunca una historia íntima me relacionaba, me ofreció la narración de un pequeño drama, de uno de esos pequeños dramas desconocidos, que son precisamente los elementos de que se compone la vida.

Otra cantante entró mientras tanto en escena y comenzó a cantar con una admirable desenvoltura, una voz popular, cuyo estribillo era repetido en coro por la mayoría de los espectadores. La artista se llamaba Lorenza. Era una espléndida, creatura resplandeciente de juventud rubia como el oro, con un semblante encantador y una mirada un poco melancólica. Tenía una manera especial de pararse en el escenario — las manos en la cintura y miraba con tal desconfianza que enloquecía de entusiasmo al público.

Toda la sala se poblaba de risas y ovaciones. — ¡Bella muchacha! ¿verdad? me dijo mi vecino de asiento. — ¡Ah, la Lorenza! Hay ya, sobre ella varias historias... Con su sonrisa y sus dientes destellantes, ha hecho de nosotros a varios hombres. Aun cuando tiene usted a uno de ellos. ¿Ve usted, allí en la segunda fila a la izquierda, al hombre grueso y trigueño con su fronte erizado, al lado de una mujer flaca y fea? Es Sylvano Benedetti, el comerciante de pastas alimenticias de la plaza Vittorio-Emmanuele. Ese hombre fué el primer amante de la Lorenza.

"La Lorenza trabajaba en la fábrica de Bene-

dicto. Era una simple obrera, que empaquetaba spaghetti, ganando con ellas por semana, entre sus risas y sus canciones.

Sylvano Benedetti noto a la linda obrera entre las demás, como un individuo que ve un diamante y desea obtenerlo.

En la sala de la fábrica, le alquiló una casa, le dio dinero y todo se hizo como para que viviera como una princesa.

En Florencia no era una muchacha para un hombre como Benedetti. Era demasiado coqueta, demasiado bonita para seguir siendo la amante de un comerciante en pastas alimenticias, para expandirse a aquella mediocridad tranquila. Era ambiciosa, quería que tenía suficientes encantos para agradar a todos los hombres, para ser una reina en Florencia. Por eso una tarde, mientras en la sala escuchó las frases galantes de un pariente oficial.

Entró en ese palco. Fijese en ese joven en uniforme que no podía mirarla ni un segundo y que sonreía fumando su cigarro. Era el príncipe Battistelli, capitán de la guardia. Y millonario, se le pertenecía a la mejor nobleza, a la nobleza más antigua de Italia. La mitad de Toscana es suya. Y aunque es un poderoso descendiente de los Médicis, se ha enamorado de la Lorenza. Él fué quien estudió sus dogas de cantante y la puso a estudiar música.

Naturalmente, Benedetti fué olvidado en un segundo. Y, sin embargo, esa Lorenza era el gran amor de su vida. No se suicidó, porque hoy no se suicidan nada más que los poetas. Pero se casó con esa mujer que usted ha visto a su lado... La mujer más fea que pudo encontrar... Y eso es casi un suicidio...

Como el pobre comerciante no es un hombre malo, y como no se casó con la ingrata muchacha, vegeta en silencio y la sigue desde lejos, consolándose con verla solamente. No le ha hablado más; pero cada vez que la muchacha canta, él está ahí en la segunda fila, mirándola resignadamente su tabaco. Y su mujer no sabe nada. Ni el príncipe tampoco.

La Lorenza terminaba su canción y se inclinó sonriendo hacia el palco de su amante.

Desde la segunda fila, el decepcionado comerciante en pastas alimenticias la contemplaba tristemente. Y yo admiraba la prodigiosa impassibilidad de aquel hombre, cuando lo vi hacer un rápido movimiento que me inmovilizó de estupor. Fue súbito, sin que su fea compañera pudiera darse cuenta de su intención, el comerciante sacó un revólver de uno de sus bolsillos y se disparó un tiro en la sien derecha, antes que cayera el telón.

Después, cuando se llevaron al pobre enamorado agonizante, busqué inútilmente a mi vecino de asiento para decirle:

—He visto ayer, no es preciso ser poeta para suicidarse... Basta para ser un amor infeliz un torture nues...



ILUSTRACION DE L. DE SOL

mórbida carne blanca de la muchacha. Solamente un ebrio y un voluptuoso enfermo, es capaz de una acción semejante que revela el más profundo desprecio, para el objeto representativo del sagrado principio de nacionalidad o sea el sello oficial.

Las apariencias eran acusatorias. El relato del jefe de la banda parecía ser la única verdad. ¿Cómo y por qué tenía el brazo de la mujer el sello de la Embajada?

Los deseos del delincuente quedaron insatisfechos, porque no era posible que el espíritu de la propia Clara hablara por la materia del médium, debido a que el espíritu necesita evolución algún tiempo antes de acudir a las invocaciones. Cuando el espíritu desencarna cuando deja la materia que es perecedera, se eleva, en busca de luz en el espacio, para encontrar la casta luz que quiere tiempo. Hay espíritus de hombres, mujeres, y niños se encuentran a luz rápidamente, ellos los reciben después que los átomos se lo ayudan a alcanzar; pero el período evolutivo, no reconoce límite de tiempo.

El Embajador, mientras tanto ocurría lo que se dice anteriormente, rendía un amplio informe a su Gobierno, tratando de explicar su conducta en entredicho por la forma misteriosa del suceso; pero el informe no convenció a nadie de que la marca del sello oficial había sido impresa en circunstancias distintas a las sospechadas por el bandido y por cuantos seguían de cerca el curso de la investigación policíaca.

Su Gobierno admitió el infortunio como una excusa; pero sus hombres representativos seguían indignados por el hecho de que el mismo autor hubiera usado el sello para enlodar lo en una orgía.

Cuando en la prensa se agazgó el interés del suceso, el Gobierno extinguió los servicios del Embajador y de esta manera impuso a éste un castigo severo por una culpa, que como más adelante se verá, no había cometido.

"La noche del 20 de enero del año 1920—decía el informe—asistí a la comida que se ofreció al Cuerpo Diplomático por el Gobierno francés, en la fecha de la conmemoración de su independencia y regresé al edificio de la Embajada sobre las dos de la madrugada; habiendo advertir que lo hice en el estado normal que me permitió mi condición de sistemista; pues jamás se movió una garganta con una copa de licor; antecedente que no debo omitir, para que se vea que pude darme exacta cuenta de mi actuación.

Después de tirar el tabaco que fumaba, le di orden a mi ayudante de cámara de que se retirara a dormir, lo que hizo saliendo de mi alcoba para dirigirse a un departamento que aparte del mío, ocupaba la servidumbre; pues yo vivo aislado. Un timbre eléctrico me sirvió para llamarlo en el momento que deseé sus servicios, únicamente yo quedo en lo que es propiamente el edificio de la Embajada.

A una distancia de tres metros de mi alcoba, está mi despacho, cuya ventana queda abierta por la noche, porque me place que

TUBERCULOSIS A VECES LA TRAE UN SIMPLE RESFRIADO!

Por sorprender a un organismo débil, que no opone resistencia; o por descuido de la persona, un resfriado fácilmente degenera en tos, catarro, bronqui... posible-mente tuberculosis.

Protéjase a tiempo con la Emulsión de Scott, del más puro aceite de hígado de calao noruego. Fortifica el cho y da mayor resistencia al organismo.



Los Dispépticos Pueden Comer lo que Quieran.

Las dietas estrictas suelen ser innecesarias.

Bien sabido es que algunos alimentos tienen la propiedad de causar excesiva acidez en el estómago y la consiguiente indigestión. Eliminando de las comidas esos alimentos que la experiencia ha enseñado que hacen daño y limitándose a comer determinados alimentos que no producen indigestión, se puede vencer fácilmente los males del estómago. No obstante, en la inmensa mayoría de los casos, la indigestión y demás trastornos estomacales se deben a la excesiva fermentación de los alimentos en el estómago. Manténgase el estómago limpio y exento de excesiva acidez, y los dispépticos podrán comer los alimentos que más les gusten, con la prudencia natural, sin tener ningún temor de sufrir trastornos estomacales. Millares de personas logran ese bienestar con solo tomar después de cada comida un poco de Magnesia Bisurada que puede obtenerse en cualquier botica en forma de polvo o pastillas. La Magnesia Bisurada neutraliza instantáneamente los ácidos en el estómago, detiene la fermentación de los alimentos y hace que la digestión se haga tan naturalmente como en el estómago de un niño sano. Un estómago bien regulado es una bendición, y su buen apetito pide manjares saludables. Con la protección de la Magnesia Bisurada después de cada comida se puede disfrutar de ambas cosas.

(Viene de la Pág. 9.)

por allí penetre el perfume de un rosal que cultivo en el jardín.

Ocupa mi alcoba y por lo tanto, mi despacho. La planta alta del edificio, situado en un suburbio aristocrático de la ciudad, sobre el que ejerce la policía una estricta vigilancia, en virtud de que en ese lugar reside gente rica, algunos embajadores y hay dos bancos.

Pronto concilié el sueño; pero a media noche, sentí el ruido que hacía un mueble al ser arrastrado súbitamente; debió ser una butaca con la que alguien había tropezado en la oscuridad. Sigilosamente, abandoné el lecho y sobre la punta de los pies para no llamar la atención, caminé por un pasillo hasta la cocina, en cuya puerta me detuve al ver una sombra frente a un bureau que está precisamente junto a la ventana. Quise avanzar hacia la sombra, pero ésta desapareció. Corrí hacia la ventana y desde ella miré al jardín. Ahora no era una sombra; era una mujer que atravesaba aceleradamente un camino en dirección a la reja de hierro por donde se proponía escapar. No lo conseguiría. Mi mismo orgullo de Embajador, me perdió. No quise permitir la audacia de allanar mi despacho, acaso en busca de los documentos que me habían confiado y que estarían ya en las manos de aquella mujer cómplice de quizás qué plan enemigo. Disparé la pistola de que estaba armado y eso es todo.

Pero ahora surge el gran misterio de la marca del sello oficial de la Embajada, que no puedo explicarme; que es absurdo explicarse, porque ningún nexo le hallo con el robo que frustró mi presencia en la oficina.

La marca estaba en el brazo de la mujer; el sello existe... ¿Qué ha ocurrido?

Repito que estoy desconcertado. Los párrafos transcritos denotan una angustiosa perplejidad.

Las protestas de inocencia del Embajador fueron esterilizadas por la primera impresión del suceso misterioso. El Gobierno creyó oportuna la cesantía por aceptar como cosa real, que si el misterio persistía alrededor de la marca en el brazo, no era por ineptitud de la policía, sino porque ella conscientemente había llevado la investigación por derroteros convencionales con el fin de que no se descubriera que el edificio de una Embajada extranjera había sido manchado por su representante.

Nada menos cierto. Tan perpleja como el Embajador, estaba la policía; sólo que encontró un puente para salvar el ruido y fracaso que hubiera tenido carácter internacional, (ya que en todos los países se hablaba de la marca en el brazo), y, como consecuencia, la policía abandonó el asunto antes de tiempo, precisamente

para que se creyera todavía más que por ciertas razones de Estado, el caso quedaba impune.

Sólo después de algún tiempo, se supo la verdad. Los espiritistas, también intrigados por saberla, siempre que celebraban sesiones, invocaban el espíritu de Clara, pues era la única que podía hacer una revelación exacta. Tenaz empeño que se vio coronado por el éxito, cuando pasaron años de la muerte.

Una tarde, un médium habló; mejor dicho, el espíritu de Clara se posesionó de su materia y reveló el secreto de la marca en el brazo.

Transcribiré de los anales de la Sociedad de Espiritistas del Mundo, sede de la nueva Ciencia hasta ahora incomprendida, lo más substancial de sus palabras, que fueron tomadas taquígraficamente por orden suya, en atención a que ella, Clara, desde ultratumba, quería contribuir a la rehabilitación de aquel acusado por las apariencias.

La tardanza en cumplir ese noble deseo quedaba explicada porque su evolución había sido muy lenta a causa de que requiere un período largo para purificarse; por haber sido en la tierra, prototipo de la maldad en su carácter de delincuente. He aquí la transcripción:

"Hermanos míos, salud. Dios sea con ustedes. Vengo a molestar su atención, impulsada por el deber de quitar una mancha que contribuí a echar sobre un nombre immaculado. Quien habla, es Clara; la mujer que hace años apareció muerta en muy extraña circunstancia en el jardín de la Embajada, con la marca del sello de la misma en el brazo.

Hermanos: yo era ladrona. Entré a formar parte de una banda, cuyo jefe me odiaba, y me amaba a la vez. Me amaba porque tenía veinte años y era linda. Me odiaba, porque mis reiterados fracasos molestaban a su susceptibilidad de jefe de ladrones que presumían de no fallar nunca un golpe.

Pensé en retirarme para evitar que algún día castigara mi ineptitud; pero no lo hice nunca, ante el temor de que aquel hombre brutal y de malos instintos partiera mi corazón de una puñalada, como merecía por apóstata.

Vivía en zozobra. Me quedaba en la banda y mi jefe me odiaba porque le parecía que con mis fracasos estaba haciendo traición a los juramentos prestados cuando me incorporé a su gente.

Un día le oí hablar de unos documentos que debían ser robados al Embajador. Era una oportunidad. El edificio de la Embajada me era conocido; pues yo, antes de ladrona, fui dama de compañía de una rica señora que residió allí. Saltaría por una ventana del jardín a media noche y me apoderaría de los documentos que

(Pasa a la Pág. 49.)

El Nudismo y el Cine por André R. Maugé



Se ha hablado mucho de nudismo en estos tiempos. Los sabios han elevado este inocente pasatiempo nórdico a una categoría de descubrimiento científico. Los periódicos del mundo entero han insertado fotografías de personas de ambos sexos en el primitivo traje de nuestros padres bíblicos; y han publicado graves artículos documentados y destinados a convertir a las multitudes.

Es mucho mejor entusiasmarse con una idea nueva que denigrarla con el fácil recurso de una ironía superficial. Y la

idea fundamental del movimiento nudista es, en realidad, muy interesante. Suprimir la hipocresía del vestido, exponer libremente el cuerpo al aire y al sol, desenvolviéndose armoniosamente por medio de ejercicios racionales, es un programa magnífico en apariencia, y propio para seducir a todos los fervientes admiradores de la belleza física y de la alegría animal del músculo. Pero queda por saber lo que es la realización práctica de esta idea perfectamente lógica y razonable.

El cine, que decididamente sirve para todo, se encarga de ofrecernos una demostración. Una película alemana, *Leben des Leber*, exhibe actualmente al público de Europa un campamento de nudistas, con el propósito evidente de plantar esta existencia bajo su aspecto más halagador y de conquistar entre los espectadores el más crecido número de adeptos que sea posible.

No tratamos aquí de hacer la crítica de la película que, si bien es verdad que es fastidiosa en algunos detalles, en cambio es interesantísima bajo otros aspectos. Además, es un curioso ejemplo de propaganda contraproducente, al menos desde el punto de vista nudista. Se deja uno persuadir fácilmente de la necesidad de abandonar oficinas o talleres para ir a hacer ejercicios al aire libre. Pero a pesar de la simpatía que se pueda experimentar por las personas que desafían las convenciones sociales y que viven fuertemente a su gusto, y a pesar de las imágenes sugestivas que desfilan por la pantalla, es difícil admitir la necesidad de quitarse toda clase de vestido.

El nudismo es, por su esencia misma, profundamente anti-artístico y antierótico. Por otra parte, comete el error de presentarse podrido de literatura. No se compone nada más que de plegarias al sol, cuadros a la manera antigua, sin hablar del famoso retorno a la Naturaleza. Esta expresión ecotésica parece implicar un renunciamiento total a todo progreso de civilización. En este sentido, el sabio indio que se sienta un buen día en el hueco de un árbol y pasa allí el resto de su vida sin moverse, a tal punto que casi se convierte en el mismo árbol y que los pájaros hacen sus nidos en sus cabellos, podría decir, si no hubiera perdido el uso de la palabra, que ha retornado a la Naturaleza.

(Pasa a la Pág. 54.)

La JAURIA del CRIMEN

CAPITULO IV

UNA EXTRAÑA
INTERRUPCIÓN

(Jueves 11 de octubre a las 10 de la mañana.)

La única persona en la habitación que no fué zarandeada por tan inesperada noticia, fué Vance.

—¿Interesantísima situación, eh?— murmuró—. En realidad, Markham, no es lo más corriente que un hombre se dispare después de muerto.

—Pero, ¿y la puerta con el cerrojo corrido?

—Un hombre muerto tampoco es corriente que le ponga la cerradura a la puerta de su habitación.

Markham se volvió con ojos ofuscados hacia Doremus.

—¿Puede usted determinar qué fué lo que lo mató, doctor?

—Si me dan tiempo.

—Yo pregunto, doctor—enunció Vance arrastrando las palabras—¿cuál es el estado de rigor mortis en nuestra víctima?

—Está bastante avanzado. La muerte data de ocho a doce horas.

—¿Podría usted aproximarse un poco más que eso?—preguntó Heath con acritud.

—Deme la oportunidad para hacerlo. El médico forense se iba ercolerizando.

—Voy a dar una ojeada más escrupulosa a este tipo, antes de marcharme. Deme una mano, Sargento.

—Un momentito, doctor—dijo Vance perentoriamente—. Hágame el favor de mirar la mano que descansa sobre el escritorio. ¿Empuña el revólver apretándolo o no?

Doremus le lanzó una colérica mirada, vaciló un instante y luego volviéndose hacia el cadáver de Coe, empezó a palparle los dedos de la mano. Empuña el revólver extraordinariamente apretado—dijo—. Con gran dificultad movió los dedos de Coe y quitó el revólver de entre ellos, teniendo extraordinario cuidado de no dejar huellas digitales.

Heath se adelantó y examinó escrupulosamente el arma. Luego la envolvió en un gran pañuelo de bolsillo, que traía.

—¿Y dígame, doctor—prosiguió Vance— estaba el dedo de Coe apriñando el gatillo?

—¡Yep!—fué la concisa respuesta de Doremus.

—Corresponden el calibre del revólver y el de la bala?—volvió a preguntar Markham.

—Yo aseguraría que sí. El revólver es de calibre treinta y ocho y la bala parece ser de esa misma dimensión.

—Y—añadió Heath— una cámara del revólver ha sido disparada.

SINOPSIS DE LO ANTERIORMENTE PUBLICADO:

El millonario y coleccionista de antigüedades, Archie Coe, apareció una mañana muerto en una habitación. Todavía sus apariencias eran de un suicidio; la habitación cerrada con llave por dentro, el hombre con el revólver homicida en la mano, etc.

Frente al criterio del Fiscal del Distrito Markham, el detective Philo Vance sostuvo la tesis de un crimen extraordinario. El hombre con los zapatos puestos, una carta a medio escribir, unas citas que el coleccionista tenía concertada para ese día con el propio Vance, para mostrarle unas joyas artísticas recién adquiridas y otras tantas circunstancias más, inclinaban al émulo de Sherlock Holmes a pensar en un extraordinario asesinato, a pesar de la puerta cerrojada que el mismo no podía explicarse.

Vrede, íntimo amigo del muerto, y el Signori Grassi, representante de un Museo de Milán, despertaron las sospechas del detective, precisamente por su oficiosidad.

En estas circunstancias entra en escena Hilda Lake, sobrina del millonario muerto, que en su propósito de convencer a la policía de que aquéllo no es suicidio, sostiene la posibilidad de que ella misma, que estaba bajo la tutela del desaparecido, tuviera interés en su desaparición. Y a razón de esto señala la posibilidad de que chinos pertenecientes a familias propietarias de las tumbas y cementerios profanados por Coe, puedan ser sus matadores. Y termina señalando que el millonario tenía más enemigos que amigos, por su exagerado egoísmo. El desentado de esta muchacha, indigna a la policía.

El doctor Doremus, forense, al reconocer el cadáver, pretende seguir el criterio superficial de la policía. Pero Vance lo obliga a prestar atención a la herida de la sien del cadáver y a la boca del mismo, haciéndolo llegar a la desconcertante conclusión de que había muchas cosas que aquel hombre había muerto, cuando le fué disparado el tiro en la sien. Además, el forense encuentra, en la sien opuesta a la herida, un rasguño producido en el cuero cabelludo y precisamente en la línea de nacimiento del cabello.

Markham movió la cabeza y volviendo a mirar al forense, dijo:

—Si pudiéramos probar que es verdad, doctor que el revólver que estaba en la mano de Coe fué el que disparó el tiro que tiene en la cabeza, entonces podríamos presumir—no podríamos hacerlo?—que el revólver fué colocado en la mano del muerto antes de que se hubiera producido el rigor mortis?

—Desde luego, que se podría, Doremus había refrenado su irritación. —Nadie podría haber forzado el revólver en su mano, para hacerlo aparecer naturalmente apretado después del rigor mortis.

Aunque los ojos de Vance se movían ociosamente por toda la habitación, él estaba escuchando atentamente esta conversación:

—Hay, además, otra posibilidad—afirmó con voz lenta—. Se han conocido a muchos hombres que después de muertos han hecho cosas estrambóticas.

Todos nos volvimos hacia él con curioso asombro.

—No nos meta en el campo del espiritismo, Vance—estalló Markham. —¿Qué quiere usted decir con que los hombres muertos pueden hacer cosas estrambóticas?

—Han existido casos de suicidas que se han disparado y después han arrojado el arma a más de treinta pies de distancia.

—Pero eso difícilmente se adapta aquí.

—¡Nooo!—Vance chupó largamente su cigarrillo—. Se ajusta totalmente. Markham estudió a Vance un momento y luego se volvió a Doremus: —¿Murió Coe del golpe que recibió en la cabeza?

El forense volvió a hacer otro examen de la cabeza de Coe. Enderezándose, miró a Markham fijamente a los ojos.

—Aquí sucede algo extraño—dijo—. Ha habido una hemorragia interna que debe ser consecuencia de un fuerte golpe en la cabeza. La sangre en la boca y todo eso, lo viene a confirmar. Pero, Mr. Markham—Doremus habló concienzudamente—ese golpe en el frontal izquierdo no es lo suficiente poderoso para matar a un hombre.

—Y si él no murió del tiro de revólver—añadió Vance—. ¿Lo más alucinador! ¿Y entonces, de qué murió el individuo?

Doremus le dió un golpecito a Heath: —Venga, Sargento—dijo.

El y Heath levantaron el cuerpo de Coe y lo transportaron a la cama. Entre ambos le quitaron la ropa al cadáver, colgándola en una silla junto a la misma, y Doremus empezó su examen.

—La quinta costilla rota—anunció— y una indudable magulladura.

—¿Ocurridas ambas cosas, antes o después de la muerte?—preguntó Markham.

—Antes. De otro modo no tendría decoloración epidérmica.

—¿Y ese golpe en la cabeza, fué también producido antes de la muerte.

—Desde luego que sí.

—Quizás—sugirió Vance—si el golpe de la cabeza y la costilla rota tienen conexión. Puede que él hubiera sido aturdido y en la caída se haya roto la costilla al darse contra algún objeto.

—Es posible—afirmó Doremus. —Fué el golpe en la cabeza lo bastante poderoso para haberlo dejado inconsciente?—preguntó Vance mientras miraba hacia todos los rincones de la habitación, buscando las distintas piezas del mobiliario.



—¡Oh, sí!—contestó Doremus. La mirada de Vance fué a descansar en una arca de teca situada próxima a la ventana del Este y yendo hacia ella, levantó la tapa y miró el interior.

—Pero no es eso lo que me desconcierta a mí—continuó Doremus—. Hay una multitud de pequeñas raspaduras en el interior de los dedos de la mano derecha y un pequeño corte en un anillo.

—Casi me atrevería a asegurar que tenía levantado un objeto que al partirse le cayó en la cabeza. Y, por otra parte, sus ropas están perfectamente nítidas—sin señales de haber sido estropeadas—y su cabello está cuidadosamente peinado.

—Sí, y tenía un revólver en la mano y estaba sentado cómodamente y con apariencia de suma tranquilidad—añadió Heath con desaliento dorado—. Alguien debe haberlo transformado en una vistosa muñeca, después de la batalla.

Vance miró indulgentemente al Sargento, por un momento.

—¿Por qué tenía nadie que desvestir a una persona que acaba de agolpear y dejar inconsciente, y después peinarlo? Es el suyo un pensamiento muy amable, Sargento, pero convenga conmigo en que ese no es el procedimiento más usual. No, me temo que vamos a tener que tomar en cuenta el tocado y el sartorio de Coe, desde otros puntos de vista.

Heath estudió a Vance rígidamente.

—¿Usted quiere decir que él se cambió de ropas y se

peinó después que su cabeza fué golpeada?

—No es del todo imposible—dijo Vance. —En ese caso—preguntó Markham—¿por qué no se cambió también los zapatos?

—Porque algo intervino y se lo impidió. Durante esta especulación, Doremus había vuelto al cadáver de Coe, de manera que ahora descansaba sobre el rostro. Le vi que de pronto se inclinó hacia adelante. —¡Ahá, ya lo tengo!—dijo—. Su exclamación nos atrajo a todos.

por
S.S. Van Dine

—¡Apunaleado!—anunció con gran excitación.

Todos nos aproximamos a la cama. Justamente por debajo de la paleta derecha de Coe y cerca de la columna vertebral, había una herida en forma de rombo de una media pulgada de diámetro. Era una profunda herida ribeteada de negro y con sangre coagulada. Aparentemente no se había desangrado. Este detalle, me chocó por lo poco corriente, y Markham debe haber sufrido la misma impresión, porque después de un momento, le pregunté a Doremus acerca de él.

—Todas las heridas no producen derrames externos—explicó Doremus—. Este es verdaderamente el tipo de la puñalada limpia, que penetra rápidamente a través de los tejidos delicados y llega hasta las vísceras. Cerebralmente producen poca sangre. Son como una contusión. La hemorragia es interna. Esta herida se cerró inmediatamente y los labios de la carne se volvieron a adherir.

—¡Bueno—comentó Markham— ya sabemos lo que le detuvo en mitad de su faena de cambiarse la ropa.

—¡Estoy maravillado!—dijo Vance levantando la bata de seda que Coe tenía puesta cuando le encontramos. —Aproximó a la luz y la observó minuciosamente. No había ningún corte ni rasgadura, en ninguna de sus partes.

—No, Markham—dijo Vance volviendo a poner la bata sobre la pata de la cama—. Coe no tenía puesta esta bata cuando fué herido.

—Con eso y con todo—arguyó Heath—el individuo podía haber tenido las manos por debajo de la bata, cuando se la puso.

Vance movió la cabeza tristemente. —Usted olvida, Sargento, que la bata estaba cuidadosamente abotonada y que el cinturón estaba pulcramente atado en la cintura de Coe. Pero vamos a ver si podemos comprobar el asunto.

Se encaminó presuroso al closet de la ropa, situado en la pared oeste y penetró en él. Un momento después reapareció con un perchero del que colgaban una levita y un chaleco del mismo color obscuro grisáceo y de la misma tela del pantalón que Coe tenía puesto.

Vance pasó sus dedos por sobre la levita, en las proximidades del hombro derecho, y entonces se reveló un rasgón en la levita, de las mismas dimensiones de la herida que Coe tenía en la espalda. También había otra per-

...una nueva obra
didáctica
ELEMENTOS DE TENEDURIA DE LIBROS.

PRIMERA UNIDAD

POR

S. FARIÁS PUMAR

CATEDRÁTICO DE LA ESCUELA DE COMERCIO
DE LA HABANA

"Esta obra ha sustituido al viejo y rutinario libro de enseñanza, por otro que se ajusta a los cánones de la "Escuela Nueva", en la que se practica el aprendizaje por medio de un trabajo activo y productivo."

PARA INFORMES DIRIJASE A LA EDITORIAL

STANDARD

TELF. M-5656 CALZADA DEL MONTE NO. 497
HABANA

JARDIN
EL CLAVEL

OFRENDA

Nada consueia más que dedicar flores naturales a los muertos que viven inmortales en nuestro afecto.

Nuestra especialidad en Coronas, Sudarios, Cojines, Cruces, Corazones y Ramos, nos permiten hacer los más artísticos y mejores trabajos.

Los precios económicos y nuestro exacto cumplimiento están al alcance de todos.

Su consulta u orden puede hacerla por teléfono.

ARMAND Y HNO.
MARIANO.
TELF. 70-7029. 70-7238.
70-7937. 7-3587.

foración similar en la parte posterior del chaleco.

—Ya no hay dudas—dijo—de que Coe estaba completamente vestido cuando lo hirieron—dijo Vance tornando la percha al closet.

Unos segundos después, Markham expresó el pensamiento que flotaba en la mente de todos nosotros—. Siendo así el asunto, Vance, entonces el criminal debe haberle quitado la levita y el chaleco a Coe, los debe haber colgado en el closet y haberle puesto en sustitución la bata de seda.

—¿Y por qué el asesino?—rechazó Vance—. Todo indica que alguien vino aquí después que Coe estuvo muerto y le disparó un tiro por la cabeza. No pudo ser esta otra persona hipotética la que le haya hecho el cambio de la vestimenta del cadáver?

—¿Y nos auxilia esa teoría en algo?—preguntó Markham áspidamente.

—En nada absolutamente—admitió Vance animoso—a menos que fuera verdad.

Doremus se estaba sintiendo molesto. La técnica criminal no estaba dentro de sus conocimientos. Dió un bostezo cavernoso y tomó su sombrero.

—Bueno, con ésto, creo que ya he terminado.—Echó una sábana sobre la postrada figura que yacía sobre la cama y extendió una autorización para poder mover el cadáver—. Llévelo al necrocomio para la autopsia, tan pronto sea posible. Se despidió dando estrechones de manos a todo el mundo y se marchó rápidamente.

Markham estuvo mirando disgustadamente hacia el piso, durante un rato.—Finalmente hizo un gesto imperativo a Heath—. Lo mejor que usted hace es avisarle a los muchachos, Sargento. Que venga el dactiloscopio y el fotógrafo.

Antes de que Markham terminara de hablar, ya estaba el Sargento cumplimentando la orden desde la extensión del teléfono que estaba instalada en un tamborilete junto al escritorio. Un minuto después estaba en contacto con el Bureau Telegráfico de la Central de Policía. Después de dictar un breve reporte para que fuera transmitido a los distintos departamentos y estaciones, ordenó que se avisara al Departamento de Salud Pública para que enviara inmediatamente por el cadáver de Coe.

Vance se había sentado en una silla de bajo respaldar, cerca de la ventana, y estaba fumando tranquilamente,



con la vista fija en el cielo raso. Ahora habló:

—Vamos a hacer un sumario para fijar los acontecimientos con claridad, antes de proceder al interrogatorio a familiares y amigos... Primero: Coe fué golpeado en la cabeza y probablemente tirado inconsciente. Los, probablemente fué a dar contra algún objeto duro y se partió la quinta costilla. Todo ésto, evidentemente que fué producido por alguna clase de *contratiempo* físico. Coe estaba vestido, según podemos presumir, con su ropa de calle, cuando ésto sucedía. Un poco más tarde, fué herido a través de su levita y su chaleco con un fino instrumento perforante, muriendo de la hemorragia interna.

—En algún momento subsiguiente a su herida, le fueron quitadas la levita y el chaleco, que fueron cuidadosamente colgados en el closet de la ropa. Le fué puesta la bata de seda, que fué cuidadosamente abotonada y su cinturón primorosamente atado en torno a la cintura. Además, su pelo fué cuidadosamente peinado. *Pero sus zapatos de calle no fueron sustituidos por las chinelas.* Además, le hemos encontrado sentado en una confortable actitud, en una poltrona y en una posición en la cual él no podía materialmente estar, cuando fué herido. Su costilla rota, indica claramente que hubo un momento en que él estuvo postrado sobre algún objeto extremadamente duro.

Después, como si todo ésto no fuera ya bastante complicado, hemos sabido que después que él fué muerto por la herida en la espalda y antes de que el *rigor mortis* se hubiera iniciado, fué herido de un tiro en la sien derecha. El revólver del que se presume que la bala fué disparada, estaba fuertemente aprisionado por su mano derecha, tan fuertemente, que el forense tuvo dificultad para despegarlo de allí. Y no debemos olvidar la serena expresión del rostro de Coe; no era la expresión de un hombre que ha tenido discusión y lucha con un antagonista que lo ha tirado inconsciente con un fuerte golpe en la cabeza. Y este hecho, Markham, constituye una de las más extraordinarias y desconcertantes fases del caso.

Coe tenía una dulce y pacífica expresión, un estado de satisfacción mental por lo menos, cuando fué muerto. Vance echó otra bocanada de humo de su cigarrillo.

Esa es la actual situación, tal como se desprende de cuanto se colige en presencia del cuerpo de Coe y de las hipotéticas posibilidades que han presidido su muerte. Ahora bien, existen otros elementos del caso que son dignos de ser tomados en consideración. Por ejemplo, lo hemos encontrado en una habitación segura y fuertemente cerrada con llave por la parte interior y sin ningún otro medio de entrada o salida en la misma. Todas las ventanas estaban cerradas por dentro y los visillos corridos. La luz eléctrica estaba encendida y en la cama había señales

de que no se había dormido en ella. Lo que sucedió aquí anoche, en consecuencia, debe haber tenido lugar antes de la hora en que habitualmente Coe acostumbraba retirarse. Además, yo me siento inclinado a pensar que también debemos tomar en cuenta el hecho implícito, de que antes de morir, él se disponía a escribir una carta o a hacer un memorándum...

En este punto las deducciones de Vance, pudimos escuchar apresurados pasos que ascendían la escalera y al siguiente momento Gamble se precipitó por la puerta.

—Mr. Markham—tartamudeó—perdone la interrupción, señor, pero... pero sucede algo extraño... muy extraño... abajo... en la puerta del salón.

*
CAPITULO V

EL TERRIER ESCOCES HERIDO

(Jueves, 11 de octubre, a las 10 y 30 de la mañana.)

La actitud del sirviente era más de asombro que de temor.

—Bueno, ¿qué es lo que hay en el salón?—gruñó Markham.

—Un perro herido, señor.

Antes de Markham pudiera contestar, Vance se había puesto de pie.

—Éso es lo que he estado esperando!—dijo Vance con una incontinente expresión de excitación en su voz—. ¡Un perro herido! ¡Dios mío! Y mientras se encaminaba con ligereza hasta el piso bajo, llamó: —Venga pronto, Gamble.

Todos le seguimos con un asombroso silencio.

—¿Dónde está?—demandó Vance tan pronto llegó al pasillo que conducía al salón.

Gamble se paró junto a la pesada cortina que estaba a la derecha de la puerta de entrada y levantó una de sus hojas.—Oí un ruido extraño ahora mismo,—explicó—algo así como un ajejeje. Me impresioné terriblemente. Y cuando en la búsqueda de lo que pudiera haberlo producido, levanté esta cortina, me encontré con este perro.

Como Gamble seguía sosteniendo la cortina levantada, pudimos ver un pequeño terrier escocés, ligeramente mojado, que descansaba de lado con sus cuatro patitas extendidas. Sobre el oído izquierdo tenía una herida con sangre coagulada; y sobre el piso, había una mancha oscura de sangre derramada



El ojo herido estaba cerrado por la inflamación, pero el otro, de color averdado, nos miraba con una desesperada expresión de trágica apariencia.

Ya Vance estaba arrodillado junto al animalito.—Estás bien, mozo!—estaba murmurando. Tomó el perro suavemente en sus brazos y se paró.—¿Qué calle es ésta,—pregunto sin dirigirse a ninguno en particular—. ¿La setenta y una? Bueno... Abreme la puerta, Gamble.

El criado se apresuró a obedecer.

Vance marchó hacia el vestíbulo, con el perro fuertemente estrechado contra su pecho. Voy a ver al Dr. Blaney (3)—anunció—. El vive muy próximo, en esta misma calle. En seguida estaré de vuelta. Y se marchó apresuradamente.

Markham se quedó con la mirada fija en la puerta del frente, por la cual Vance acababa de marcharse, mascando nerviosamente su cigarrillo. Después se dirigió perentoriamente a Gamble, con expresión contrariada: —¿No había usted visto ese animal antes?

—No señor. El hombre se había puesto obsequioso de nuevo. Nunca, señor. En esta casa nunca ha habido perros.

—¿Nadie estaba aquí interesado en los perros?

—Nadie, señor. Precisamente eso es lo más misterioso.

Wrede y Grassi se habían aproximado a la puerta del salón.

Markham que los había visto, se dirigió a Mr. Wrede.

—¿Sabe usted, Mr. Wrede, algo acerca de un perrito negro y lanudo, que debe haber tenido acceso a esta casa.

Wrede miró perplejo.

—No, señor,—contestó—, nadie aquí se ha preocupado nunca por los perros. Estoy enterado de que ambos hermanos, Archer y Brisbane, detestan los animales amamantados y Miss Lake, que yo sepa, no siente atracción por los perros.

Markham frunció el entrecejo.

—Bueno, pues acaban de encontrar un perro detrás de esas cortinas.

—Eso es muy importante.—Wrede parecía verdaderamente asombrado—. Es indudable que debe haber seguido a alguien a esta casa.

Markham no contestó y Heath, quitándose el cigarro de la boca, se adelantó, participando en la conversación.

—¿Pero a usted si le gustan los perros?—preguntó.

FOSFATINA FALIERES

LA HARINA ALIMENTICIA INCOMPARABLE A LA CUAL MILLONES DE NIÑOS DEBEN LA FUERZA Y LA SALUD.



FACILITA LA DENTICIÓN Y EL DESARROLLO ÓSEO. CONVIENE A LOS ANÉMICOS ANCIANOS Y CONVALECENTES EXIGIR SIEMPRE LA MARCA DE GARANTIA FOSFATINA FALIERES REPUTADA EN EL MUNDO ENTERO Y RECHAZAR TODAS LAS IMITACIONES. DE VENTA EN TODAS PARTES - PARIS



Wrede se echó para atrás por la inesperada y repentina agresividad del Sargento.

—¿Por qué me pregunta usted eso? Yo he sido muy amigo de ellos. Siempre tuve uno hasta que me mudé al departamento que está en la próxima puerta.

—¿Qué clase de perro era la que usted prefería?

—Un doberman pinscher—le contestó Wrede y se volvió hacia Markham—. Yo no comprendo exactamente las preguntas de este hombre, señor Markham.

—Estamos un poco exaltados—excusó Markham—. Cosas muy peculiares han sucedido en esta casa la pasada noche. Coe no se ha suicidado, Coe fué asesinado.

Grassi lanzó una exclamación gutural y penetró en el salón.

—¿Asesinado?—repitió—. ¿Mr. Coe fué asesinado?—Su cara estaba extraordinariamente pálida y sus ojos oscuros se fijaban en Markham con aterrorado asombro—. Yo había entendido que él mismo se había quitado la vida con un revólver.

—Tenía una herida en la espalda—les informó Markham—. La bala que le hirió en la cabeza fué disparada después que ya el hombre estaba muerto.

El italiano volvió a dejar escapar su curiosa exclamación gutural y se apoyó pesadamente contra la puerta del salón.

Markham dió unos pasos hacia adelante: —Ustedes, caballeros, van a tener que esperar en el salón, un rato,—dijo—. Y tengan la bondad de conservar la puerta cerrada.

Con estas palabras, Hennessey empujó suavemente a los dos hombres hacia el interior del salón y tiró de las correderas que dejaban la puerta completamente cerrada.

—Venga, Sargento—dijo Markham.—Es conveniente que hagamos una revisión del cuarto de Coe, antes de que vengan a recoger su cadáver.

Durante los siguientes cinco minutos o algo así, Markham y el Sargento anduvieron de uno a otro lado por la habitación de Coe, haciendo una minuciosa inspección.

—Aquí hay algo curioso, señor. Todas las ventanas están herméticamente cerradas, pero eso no es todo. Todas están cerradas con llave. Y estando esta habitación situada en el segundo piso, donde nadie de fuera puede entrar, ¿a qué se deben todas estas precauciones?

—Archer Coe era un hombre muy peculiar, Sargento—replicó Markham.—El siempre estaba temeroso de los ladrones y rateros.

—¿Y quién iba a desear cargar con hierros viejos—gruñó escépticamente. Ahora estaba parado en medio de la habitación, contemplándola con desazón. Es forzoso que nadie pueda entrar o salir de esta casa de ídolos chinos, como no sea por la puerta de la calle. Esto me desconcierta.

(Pasa a la Pág. 56.)

Actualidad



MARUJA CANAL, LA ARTISTA DEL "NACIONAL", HA REAPARECIDO.—La foto la muestra en compañía de la Sra. Fermina Rodríguez, nombrada depositaria de la menor por el juez Dr. Morales del Castillo, hasta tanto se resuelva la acusación de que ésta hace objeto a su padre y madrastra.



LOS MEDICOS ELIGEN DELEGADOS.—Como paso preparatorio para la junta comicial de Sancti Spiritus, los médicos de la Habana han verificado elecciones para designar 80 delegados. La foto muestra el instante en que el Dr. Indalecio depositaba su voto, a presencia de los Dots. Rucio, Brzaly y otros.



LA "PAN AMERICAN AIRWAY" CELEBRA EL ANIVERSARIO DEL TRAFICO ANTILLANO.—La foto muestra el instante en que ante numeroso público y funcionarios de la empresa aérea, la anciana de cien años de edad, se aproximaba a dar su primer vuelo.



Procedente de México y rumbo a New York, fué huésped de nuestra ciudad durante varias horas Alexander D'Alekin, Campeón Mundial de Ajedrez y eterno creador de dificultades para la cristalización de la revancha prometida a nuestro Capablanca.



LOS FASCISTAS DE LA HABANA CONMEMORAN EL DECIMO ANIVERSARIO DE LA MARCHA SOBRE ROMA.—La foto muestra la mesa presidencial del acto celebrado con tal motivo, bajo la presidencia del Ministro de Italia Raffaele del Nobile, Brascaelli y el prof. Guido Campelli, Secretario del Fascio en esta capital.



LA PLAGA DEL DDA.—Pasquines y más pasquines ofreciendo mariposas al electorado, no respetaron ni siquiera los monumentos históricos. Un día apareció el Toronado de San Lázaro vestido con pasquines de Obregón, haciendo trabajar a los hombres que lo limpian; al día siguiente estaba cubierto de pasquines de Ruiz. ¿De haber durado un poco más el período electoral, no sabemos cuántas efigies más hubieran desfilado por su curva superior.

LA GAÏARSINE DUCATTE

aleja la grippe

PARIS

Colgate embellece los dientes, Purifica el aliento



¡Con qué confianza luce ella esa sonrisa cautivadora! Es la confianza que le inspira el uso de Colgate, el dentífrico moderno que limpia y embellece los dientes y además combate los olores ofensivos de la boca. El sabor delicioso, agradable, de Colgate deja la boca fresca, el aliento puro y perfumado. Cepílese la dentadura, por la mañana y por la noche, con Colgate. Obténalo hoy mismo.



Mal Aliento

Lo causan a veces los residuos alimenticios entre los dientes. Colgate corrige esta condición.

Colgate contiene más que los otros de igual precio. Uselo con el cepillo mojado.



ADC32125

En **ANEMIA**
DEBILIDAD AGOTAMIENTO
los Médicos los más eminentes recetan
VINO Y JARABE **DESCHIENS**
o la Hemoglobina **PARIS**

PENSAMIENTOS

El amor a la familia es la única semilla del amor a la patria y de todas las virtudes sociales.—*Funch-Breitano.*

Cuesta más alimentar un vicio que alimentar dos hijos.—*Franklin.*

A veces las mujeres que parecen más frías no son sino las más tímidas.—*Labouise*

(Viene de la Pág. 7.)

trecientos francos; no había nada. Los otros dos hombres no habían tenido tiempo de volver y registrar a su compañero. Uno de los enfermeros replico en seguida:

—Viejo, cuando un tipo de buena posición cae muerto, siempre hay a su lado un buen compañero que registra sus bolsillos para que pese menos al ser transportado por los camilleros.

Todos se enararon a reír, hasta el mayor incómodamente. Sentí deseos de nabiar del juego de cartas, de un juego de cartas que nunca tuvo contacto con la cartera. Aubertin no me dió tiempo. Se apresuró a contestar:

—Eso no sucede siempre. Pero debe acontecer de cuando en cuando. Es cierto. En todo caso, yo me lavo las manos.

Y cogiendo un paquete de cigarros que había pertenecido a Fraut, agregó:

—Un paquete de cigarros... No vale la pena enviar ésto a su familia... ¿No lo cree usted, mayor? Es un recuerdo. Divídalo entre todos.

Yo no quise participar de aquellos cigarrillos. Pero ocho días más tarde, en Vraincourt, donde estábamos en descanso, no pude abstenerme cuando Aubertin resolvió obsequiar a todo el equipo sanitario —unos veinte hombres— con cinco botellas de vino espumoso de tres francos.

Nos dijo que un viejo amigo de su familia le había enviado aquejas botellas, rogándole que invitara a sus camaradas. Agradecemos al cabo enfermero que cumpliera tan bien el encargo. Pero en la manera con la cual explicó aquella generosidad del amigo, en el retrato tan impersonal como impreciso que nos trazó del hombre, comprendí que era Fraut quien nos pagaba el vino por última vez... Sí, los trescientos francos de Fraut.

Por mi parte puedo decir que durante aquel período de descanso en Vraincourt estuve constantemente inquieto y atormentado por el robo de los trescientos francos.

Me acusé a mi mismo por no haber contado escrupulosamente a Aubertin el incidente del juego de cartas y la existencia de los trescientos francos en la cartera.

Después, bruscamente, comprendí la situación delicada en que me hallaba si alguien hablaba de los billetes. Bastaría para eso que la mala suerte reuniera en el mismo lugar a los dos compañeros de Fraut y a algún camillero o enfermero testigo del inventario; que la conversación recayera sobre Fraut, sus prodigalidades, su riqueza. Luego, como Aubertin repetiría toda inculpación al ser interrogado, las sospechas caerían sobre mí, a pesar de todas mis protestas.

Por suerte, ocupábamos una granja a la salida de Vraincourt, y la compañía a la cual había pertenecido Fraut se alojaba en el otro extremo del pueblo. Bendije la lluvia y el frío que no dejaban salir a nadie. Bendije también a nuestro coronel, que imponía a su regimiento todo un programa de ejercicios por compañía, pues así alejaba en el campo, durante toda la mañana, a los dos hombres que hubieran podido comprometerme.

Nada de lo que yo temía sucedió. El enemigo bombardeó el pueblo y no nos dió tiempo para hablar ni para visitarnos. El ajeteo de la lucha alejó de mi memoria el asunto de la cartera cuando quince días más tarde, los dos compañeros de Fraut fueron sepultados con casi toda su división, por una mina alemana que explotó en el sector donde se encontraban. Afortunadamente, fué posible salvar a casi toda la gente. Después de una noche de tra-

(Pasa a la Pág. 62.)

Porteñas



Donald McLaughlin, distinguida escritora americana, perteneciente al staff del "Saturday Evening Post", visita nuestra ciudad acompañada por su esposo y su hija Berta. El Sr. McLaughlin tiene sujeto por una cuerda a su terrier escocés. La niña, al costado, sujeta su muñeca.



El joven estudiante Silvio CUETO, partió para los Estados Unidos, siendo despedido por sus padres, Enrique Cueto y Estrella Muñoz, sus hermanas Estrella y Adela y varios amigos.



La Sr. Emérica SOMMANO de Guinand partió rumbo a Miami, donde establecerá su residencia durante algún tiempo.



El Ministro de Honduras en Costa Rica y editor-propietario del "Diario de Costa Rica" viaja rumbo a New Orleans, habiendo sido recibido por el Cónsul de su nación en Cuba, Dr. José M. Echevarría.



Armando MARCELL y Florentino SUAREZ, comerciantes de esta plaza, a su regreso de Estados Unidos, en compañía del Sr. Domingo Esasi, Sub-Gerente del "National City Bank".



Demetrio Castillo Pokorny, ex-Srio. de O. Públicas durante el gobierno del Dr. Zayas, ha regresado a Cuba, después de una larga temporada en Norte América.

Richard R. ADAMS, Vicepresidente de la "Grace S. S. Line", ha estado breves horas en nuestra puertos.

FOUJITA en la Habana

por
**Armando
Maribona**



FOUJITA, una de las grandes atracciones del París artístico, es huésped de nuestra ciudad y ha posado especialmente para BOHEMIA, dedicándonos la fotografía: "Pour BOHEMIA amigablement, Fougjita." (Para BOHEMIA, amigablemente, Fougjita.)

LEGAMOS al Hotel "Plaza", Fougjita, su esposa y el repórter de BOHEMIA que suscribe, luego de haber visitado el Mercado, los viveros de bahía y las calles coloniales de la Habana vieja. Unos muchachos "soneros" y otros, vendedores de maracas, se montan al estribo del automóvil. Con el desparpajo habitual del criollo, dice uno de ellos:

—¡Eh, é'te e el japonés pintor que ha salio en los periódicos!

Fougjita y su mujer rien encantados. Esa muestra de popularidad a los dos días de su llegada, les resulta deliciosa.

En el "lobby" del hotel, espera una repórter norteamericana, el fotógrafo Vaies, un mensajero de don Gabriel Camps con libros de regalo y varias personas más.

La llegada a Cuba del japonés Fougjita, uno de los artistas más famosos del mundo, ha causado un revuelo en los círculos intelectuales y una gran curiosidad en el público, ávido siempre de temas nuevos.

Fougjita, además de japonés y de artista, es pintoresco. Tiene tatuado en la muñeca un reloj-pulsera que marca siempre la hora-última y la hora-comienzo: las doce. Además se ha hecho tatuar una cabeza de león en el antebrazo y una sortija en el anular y un punto en cada mano. Su peinado es "pararrayo" de todos los mirones de Montparnasse y sus pyjamas de colores tanto en el boulevard como en cualquier playa chic, dan una nota exótica y ligera. En ningún momento él pretende que lo tomen demasiado en serio: lo importante son los cuadros, no su persona.

En Buenos Aires, en Río de Janeiro, en Chicago, en Berlín, en la Habana, cientos de personas le conocen por las fotografías suyas publicadas en diarios y revistas, y al pasar, dicen:

—Ahí va Fougjita.

Sus cuadros también tienen carácter y personalidad definidos. En cualquier Museo Moderno de cualquier ciudad civilizada, o en cualquier exposición de pinturas donde se pretenda estén representadas las más importantes firmas.



El "roof" del Hotel "Plaza" es un lugar ideal para la entrevista confidencial. Y Maribona lo aprovecha para escuchar las confesiones artísticas del gran Fougjita y de su bella esposa.

desde cierta distancia la albur, la claridad, la nitidez de sus cuadros se destacan. Ya más de cerca, la línea segura y finísima, las sombras y los colores extendidos con una delicadeza puramente oriental denuncian la presencia de Fougjita... o de algún imitador.

—¿Le plagian a menudo?—inquirimos para iniciar de algún modo la entrevista.

—Plagiar, realmente, no. Pero sí le confieso existen en París muchos artistas que toman de otros sus orientaciones, su gusto, su técnica... La primera vez que expuse en París, Picasso estuvo tres horas en mi exposición y delante de una sola tela se pasó media hora.

—¿Le copió algo?

—No me atrevo a afirmarlo. Picasso tiene tanta fuerza, tanta habilidad mecánica, conoce tan a fondo el "métier", sabe pintar de tal modo y de tantos modos, que si alguna vez he visto una sombra extendida, esfumada, como yo amo extender las sombras, dudo si es uno de sus modos, una nueva fase, de su inquietud, o un eco de mi técnica. Por otra parte siempre sería un honor para mí...

Ahora bien, cuando él o Modigliani o Vlaminck o cualquier otro visitan mi estudio, yo escondo las telas que voy a exponer. Que las vean terminadas en la exposición y al mismo tiempo que las vean los críticos y el público, no antes; es conveniente no correr riesgos. Yo cambio poco de estilo. Opino que al artista no debe interesarle la forma que tienen los objetos, sino su espíritu, sus características, y en eso insistir para no incurrir en el defecto de la fotografía que reproduce lo mejor iluminado y a veces a todo le da la misma importancia... Yo expreso mis ideas con mi técnica habitual, ya sean dibujos, ya pinturas.

—¿Qué va usted a hacer con sus apuntes y observaciones de la América? ¿Cuadros? ¿Dibujos? ¿Composiciones por países, por regiones, por razas?

—No, no, nada de clasificaciones. Cierto que aun no tengo plan definido de lo que voy a hacer; pero sé lo que no deseo hacer, y es clasificar. Lo más probable será que haga paneles enormes "Mi viaje a la América Latina", con muchas figuras, muchos animales, flores, pájaros... En el Bra-



Un apunte a la pluma: FOUJITA visto por Caravia.



Fougjita posa para un grupo de artistas del patio y su esposa, la bella parisina, curiose, los apuntes de Horstman, Caravia, Maribona y otros.

sil hay pájaros maravillosos... Dígame, ¿hay en la Habana un acuario?

—Uno, pequeño, particular, el de las hermanas Masnata.

—Ah, deseo verlo, hacer apuntes... Estoy seguro que en Cuba hay especies maravillosas... Además, deseo ver una "saceterie" (ingenio de azúcar) y una fábrica de tabacos, y un cultivo de tabacos. Me han dicho que los campos cañeros los cubren de telas y bajo de ellas se sienten un aroma magnífico, embriagador...

El grupo se va aumentando. Ahora vienen Valdés Rodríguez, de "El Mundo", Fernández de Castro, "el malo", del Diccionario, los dibujantes Horstman, Caravia y Pérez de la Riva—este último, además, es Consul de Rumania—y Fresnedra, Comensal del "Diario de Cuba".

—"Santiago de Cuba, Santiago de Cuba", ¡qué nombre tan hermoso!—dice Fougjita en castellano. Y añade: —Recomiendo la América Latina se da uno cuenta que España ha creado un mundo.

—¿Cuál será el próximo país que usted visite?

—América Central, la parte de mayor interés indio. Luego a California y de allí al Japón. (Pasa a la Pág. 44.)

El Pabellón

de baños medicinales especiales, cuya instalación es enteramente igual a la de los baños generales.

Todos los aparatos funcionan con precisión y exactitud matemáticas. Más del noventa por ciento de las imperfecciones físicas que existen por fractura, contusiones, luxaciones, etc., desaparecen rápidamente con el tratamiento de los aparatos "Zander", así como los padecimientos por artritis, reumatismo articular y muscular, torticolitis, arterio-esclerosis y varios más. Los obesos están de plácemes también, puesto que en pocas sesiones podrán disminuir gran número de libras; y hasta podrán transformar también la mayor parte de los Rigolettos, en un tiempo relativamente breve, en apuestos y gentiles caballeros. En América no hay ningún establecimiento igual y en Europa no habrá probablemente ninguno que lo supere.

El costo de los edificios—Hidroterápico y Zander—con las instalaciones y aparatos de que constan, exceden de doscientos mil pesos. Ocupan más de dos mil metros de superficie.

Los baños diversos, especialmente Baños Rusos, como es de todos sabido, realizan una transformación en la salud, reducen la grasa y desarrollan la belleza individual de acuerdo con su plan metódico que en nuestro Pabellón se sigue.

El Secretario General de la "Asociación de Dependientes del Comercio" dió a este pabellón el nombre de Palacio del Agua, de la Electricidad y del Sol.



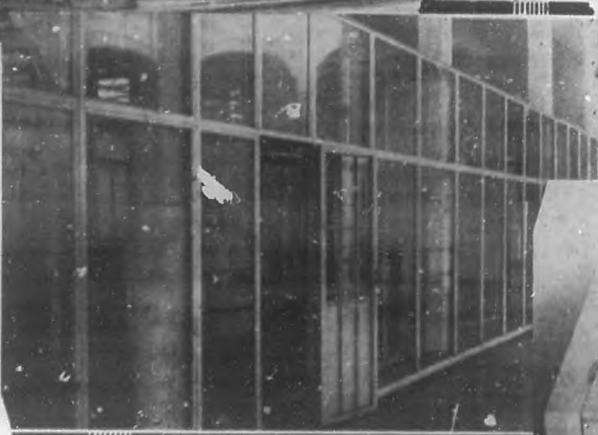
Aspecto exterior del pabellón "Dr. Bernardo Moas", a que se refiere esta información.

Es un gran edificio de severas líneas y cuyo aspecto exterior se asemeja un tanto al Paternón de Atenas.

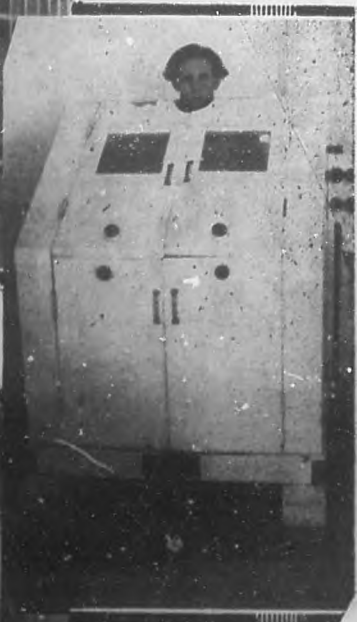
A la derecha, lo primero que se encuentra, es la gran piscina de natación. Tiene unos 18 metros de largo por 8 de ancho y de uno y medio de fondo. Lo confesamos ingenuamente: convida desde el primer momento a lanzarse a ella. A la derecha de la piscina se encuentran los baños rusos, verdaderos laberintos de cristal y acero, provistos de duchas circulares ascendentes y descendentes para vapor y agua, cámaras templadas, etc. Al fondo de este departamento están los baños turcos, con sus correspondientes aparatos de masaje, bañaderas; duchas escocesas, baños de tronco; de pitón y otros.

Estos cuartos están siempre colocados unos a continuación de otros. Tiene además, el Pabellón, los cuartos destinados a la limpieza y el masaje o "ablutorium" y "aliptorium". Después de salir del baño de vapor y una vez obtenida la transpiración, el bañista es sometido a las operaciones de golpeo, limpieza, masaje, ducha, piscina, secado y descanso. Los socios de la "Asociación de Dependientes del Comercio" pueden sentirse legitimamente orgullosos.

Al final de estos dos grandes locales, se halla el departamento



La sección completa de los baños romanos y los baños rusos, maravillas de salubridad.



La electricidad es aplicada al tratamiento de la gota y el reumatismo. Baño de calor producido por centenares de bombillos de gran número de bujías.

Departamento de Hidroterapia; Vista parcial de las distintas secciones de los más variados baños higiénicos y medicinales.

Dr. Bernardo Moas

Radioterapia profunda.

En 1921, cuatro años después de la instalación original y de conjunto, instaló la "Asociación de Dependientes del Comercio" el primer servicio de radioterapia profunda en este país. Este departamento ha funcionado desde entonces con regularidad, habiéndose tratado en él un número considerable de neoplasias de todas clases, fibromas uterinos, bocios, etc.

En el tratamiento de los fibromas y hemorragias uterinas, la estadística resulta halagadora. Lo mismo puede decirse con respecto al bocio exoftálmico con hipertirodismo.

En la lucha contra el cáncer, se han asociado la cirugía y la electro coagulación a la radioterapia, en todos los casos posibles, obteniendo en general buenos resultados.

Luz Ultra-violeta.

Así mismo tiene instalado un servicio de "Luz Ultra-Violeta", con lámparas enfriadas por aire y por agua. Las primeras, para aplicaciones generales o regionales; las segundas para el tratamiento de los focos infecciosos de las cavidades naturales y usos dermatológicos, especialmente para el tratamiento del lupus eritematoso.

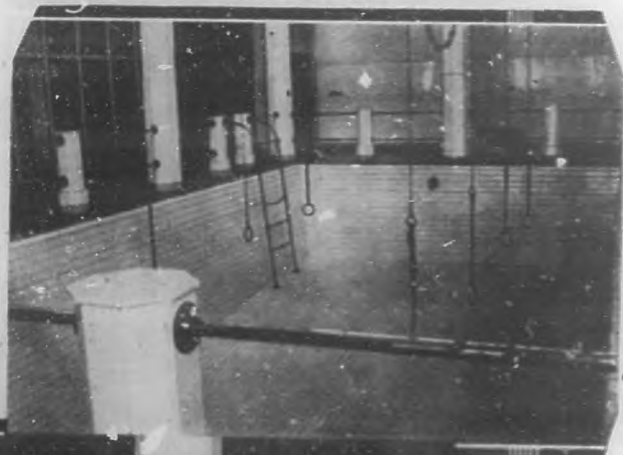
Los socios pacientes de cáncer y de tuberculosis pulmonar, reciben aplicaciones de luz ultra-violeta para aumentar su metabolismo y mejorar sus condiciones de defensa.

En las artritis tuberculosas y otras formas de artritis crónicas y en numerosas otras afecciones, los rayos ultra-violeta han dado muy buenos resultados.

Diatermia.

Se dedica una especial atención al servicio de Diatermia, en sus aspectos médico y quirúrgico.

En la diatermia médica se obtienen brillantes resultados en el tratamiento



La piscina, de la que con mucha razón dice el Dr. Martí que produce deseros de sabiduría.



Sección de baños simples y medicinales.

mente trastornos del sistema nervioso, muscular y circulatorio, afecciones de la piel, etc.

Sistema Bergonie.

Además, con aparatos sistema Bergonie para el tratamiento de la obesidad, a la que ha dedicado una atención especial en virtud de la frecuencia de tal afección entre nosotros, sobre todo en las mujeres, y las enormes dificultades para el éxito de su tratamiento. Generalmente se asocian a las aplicaciones de Bergonie los baños rusos, turcos o de luz, según las necesidades de cada caso, habiendo obtenido ventajas positivas.

Mecanoterapia.

El servicio de Mecanoterapia no tiene nada que envidiar a los más completos. Dispone de personal competente para el masaje manual, en sus aspectos de movimientos activos o pasivos y para los tratamientos ortopédicos, los cuales se realizan bajo la vigilancia del médico.

De todos son conocidos los excelentes resultados que pueden obtenerse de la Mecanoterapia bien aplicada y cuán numerosas son sus indicaciones: Reumatismo articular o muscular, de carácter agudo o crónico; Traumatismos; Luxaciones; Anquilosis, Cicatrices defectuosas, anquilosantes, que pueden suavizarse con un tratamiento de masaje científico, recobrando el paciente la extensión y la elasticidad en los movimientos.

La sala de Mecanoterapia de la Quinta de Dependientes cuenta con más de ochenta aparatos, de los cuales setenta y cuatro representan la serie completa de Zander, única en Cuba. Dentro de esta serie se cuentan entre otros, 14 aparatos para movimientos activos de los brazos; 14 para movimientos activos de las piernas; 9 para movimientos activos del tronco; 3 para rotación del tronco y de la pelvis; 7 para movimientos pasivos de los miembros y dilatación del tórax; 2 para vibraciones generales y parciales; 11 para masajes de todas las regiones y 14 para enderezamiento de la columna vertebral. Todos son aparatos de admirable precisión y de alta concepción científica, cuya acción no puede



Un aspecto de la Sección de aparatos Zander, exclusividad de la "Asociación de Dependientes del Comercio de la Habana."

de los dolores anginosos, en la colecistitis, en las artritis dolorosas y, sobre todo, en los casos de neumonía.

Las aplicaciones quirúrgicas de la diatermia son numerosas: Papilomas de la piel y de las mucosas, Hemorroides, Ulceras crónicas, Tumores malignos, especialmente de la boca y naso-faringe; ciertos Tumores inoperables; Lunares, Acné, Pecas, etc., etc.

Electroterapia.

Cuenta la Quinta de Dependientes con un buen servicio de "Electro-Terapia, para el tratamiento de numerosas afecciones, especial-

ser igualada siquiera por las manipulaciones más hábiles y experimentadas. Sus resultados pueden caracterizarse por las dos consideraciones siguientes: Ejercen una influencia profunda sobre las cuatro grandes funciones de la economía: circulación, respiración, nutrición, innervación. Dosifican el movimiento de manera que hacen posible y útil el ejercicio en los niños, los fatigados y los enfermos.

Aparatos Bier.

La sección referente a aparatos Bier es completa. Como se sabe, estos aparatos producen calor seco que puede ser soportado por el enfermo a grados mucho más altos que con calor de vapor o agua caliente. La hiperemia venosa que se produce con la práctica del método de Bier es principalmente, como se sabe, una terapéutica de los estados agudos inflamatorios, en cuyo sentido



Un paciente se da su buen baño ruso en la cámara calorífica.

había de pensarse "a priori" que, en un departamento de fisioterapia, no podía faltar en lugar preferente una buena gaitera. (Pasa a la Pág. 45.)



En el Solarium. Mucho sol, mucha luz, mucho calor, para renovar los elementos vitales del individuo.

tiene numerosas aplicaciones, entre las que pueden señalarse muy especialmente, el tratamiento de las heridas y úlceras infectadas y las artritis agudas de naturaleza infecciosa; en esta última afección el tratamiento por los aparatos Bier, actuando sobre el dolor, permiten una movilización rápida y previene las anquilosis.

Fototerapia.

Como elementos de Fototerapia, complementarios de los ya anunciados al referirnos a Rayos X, luz ultra-violeta, etc., figuran también en este departamento cámaras Dousing, de calor radiante luminoso y un magnífico Solarium.

Sobre el hombre, sano o enfermo, la luz produce un efecto indefinible pero evidente: es "un excitador de la vida", tanto por su acción física o calorífica, como por la acción vivificante debida a los rayos químicos del espectro.

Aparatos Dousing.

En los aparatos Dousing se emplean a voluntad, general o parcialmente, las radiaciones térmicas y luminosas, en conjunto o aisladamente, pudiendo llegarse en sus aplicaciones a temperaturas de 150 grados y locales de 200 grados.

Solarium.

En cuanto al Solarium, naturalmente



En la sección de aparatos Zander. Un paciente se trata el tronco mediante los ingeniosos movimientos de que está dotado el caballito.



Descanso y masaje, es lo que se puede obtener en esta confortable habitación.



Equilibrio

(Foto SOBOL, París.)



Los estados escritos en el mapa con letra negra, son aquéllos donde existe un partido nacional fascista o racista.

El Peligro del Fascismo y del Racismo

por L. Leontin

A pesar de su carácter esencialmente nacional, el fascismo y el nacional-socialismo, son dos doctrinas que sobrepasan las fronteras de sus países respectivos y están próximas a convertirse en doctrinas internacionales, gracias a su dinamismo.

Mussolini ha declarado recientemente:

—Yo afirmo que el fascismo, como idea, doctrina y realización, es universal. Podemos asegurar que pronto tendremos una Europa fascista, una Europa inspirada en sus iniciativas por las doctrinas de la política fascista.

Entre el fascismo y el nacional-socialismo se han establecido puntos de contacto y, manifiestamente, una comunión de ideas: el mismo desprecio de la democracia, de la Revolución Francesa, del pacifismo y de la Sociedad de las Naciones. Nos basta leer la prensa italiana para darnos cuenta en seguida de la simpatía que le inspira Hitler. En recompensa, las ideas de este retrógrado político

tudesco están íntimamente emparentadas con el régimen del carnicero italiano.

Así como Moscú se ha convertido en la Meca del comunismo, hacia la cual extienden las antenas de sus miradas los hombres sedientos de renovaciones políticas y sociales, Roma aparece ante los ojos de todos los partidarios de una dictadura, como una fuente proveedora de energías para la seguridad del Poder.

Nadie ignora que tanto el fascismo como el racional-socialismo son condenados por toda conciencia estructurada en el adelantamiento político y social de los pueblos. En cambio, el nacional-socialismo, principalmente, atrae en la actualidad la atención de todos los que ven en el ruido de las botas la salvación de su país.

Dieciséis Estados poseen ya un partido fascista o racista que abrevan sus inspiraciones en Roma o en Munich. Y todos forman una Internacional invisible, cuyas tropas están dispuestas a marchar sobre el cuerpo de la "Diosa Libertad", lanzando gritos guerreros.

HAMBRE Y MISERIA EN ALEMANIA



Una madre hambrienta con su hijo. Aunque ella luce ser de mediana edad, no tiene más de una veintena de ellos. El hijo, como lo denota sus descarnadas manecitas, sufre los efectos del hambre que han hecho de él y de otros cientos de pequeños, fáciles víctimas de la tuberculosis.

Una visión familiar en las desoladas aldeas de Turingia. El retorno al hogar, después de un día de brega, en busca de un pedazo de pan.



Nada se puede obtener de los desolados campos de Turingia. Sólo algunas plantaciones de papas son las que quedan y la mayoría de ellas en la más completa decadencia.



La extraordinaria miseria existente en el distrito de Turingia (Alemania), ha hecho que los habitantes soliciten asociación para viajar de una a otra ciudad, pidiendo limosnas. La foto muestra dos ancianas con sus licencias en la mano y con las cestas en que piensan poner los auxilios que reciben.



En la plática malhebra. Aunque sus rostros sonrientes distancian otra cosa, estas ancianas del distrito rural de Turingia, se aprestan a lanzarse por calles y caminos, en busca de un pedazo de pan.

Jóvenes y viejos de Turingia, acuden al Mercado de la ciudad en busca de las limosnas que les permitan deambular pidiendo la caridad humana, en un último esfuerzo para no morir de hambre.

EL ORO de la ATLANTIDA

SAX ROHMER

HA habido un gran deslizamiento de tierra en el interior de la isla Madera, recientemente. Esta es la historia de ese deslizamiento... Un numeroso e impaciente grupo representativo estaba reunido fuera del "Golden Gate": gente del pueblo, cuyo hábito era reunirse allí antes del almuerzo, visitantes de los hoteles, un grupo de viajeros "en tránsito" de algún paquebot de los que dan la vuelta al mundo y en una mesa alejada de la calle en declive, y justamente donde la marquesina terminaba, estaban Guy Forder, su esposa y Jack Maclean.

La mañana era cálida y silenciosa. Fuera, en la bahía de Funchal y perfectamente visible de donde ellos estaban sentados, un buque de la línea de Booth que había entrado procedente del Amazonas, echaba el ancla.

—Bueno, a beber!—dijo Forder levantando su vaso—. Me alegre verle tan conforme, Maclean.

Pero no existía alegría alguna que pudiera leerse en sus fríos ojos grises. Eran los suyos unos ojos agudos, penetrantes, escrutadores.

—Forder—pensó Maclean—debe estar cerca de los cincuenta años; aunque sus oscuros cabellos estaban sólo ligeramente teñidos de gris y aunque sus rasgos fisonómicos y la tersura de su piel parecían haber pertenecido a un hombre que tuviera la mitad de sus años. El tenía una espléndida figura de soldado y manos pequeñas, nerviosas y fuertes. Sus trajes siempre le sentaban admirablemente. Pero esos extraños y fríos ojos y las cárdenas ojeras

que los circundaban, enviaban un mensaje que Maclean nunca había sido capaz de leer.

—¡Gracias!—dijo Maclean con rápida y amable sonrisa, que reveló su dentadura extraordinariamente blanca. A eso pudo replicar que ustedes dos parecen llevarse muy bien. Miró rápidamente a Betty Forder.

Los Forders, de regreso a su casa del Brasil, habían interrumpido su viaje a virtud de un radiograma que habían recibido de Jack Maclean.

La señora Forder hablaba sin levantar la vista. Maclean siempre había amado su voz. Pero de algún modo parecía haber cambiado, o por lo menos, así lo imaginaba él.

—¿Está usted parando en casa de Reid Jack?—preguntó ella—. Todo nuestro equipaje ha ido para allí en una lancha.

—¡No me gusta, Betty!—dijo él—. No me agrada el hotel de Reid. Tengo una habitación en la ciudad—siempre limpia y respetable—y hago la mayor parte de mis comidas aquí.

El mayor Forder le estaba vigilando secretamente. Jack había decidido que no le resultaba agradable del todo la actitud de Forder. Había algo de conjura en ella; como si el hombre guardara algún oscuro y tenebroso secreto y tuviera temor de ser descubierto en algún momento. Jack volvió a mirar a Betty mientras ella tomaba una cigarrera de su saco de mano.

Ella también había cambiado. Todavía lucía lo bastante joven para parecer la hija de Forder, y sus rizados cabellos, rebeldes como siempre, rehusaban doblegarse a la demanda de un pequeño sombrero de última moda que ella usaba. Pero si el Amazonas había vuelto a Forder del color de un ladrillo rojo, había también disminuido los saludables colores de Betty. Ella estaba anormalmente pálida, pensó Maclean, y definitivamente—no podía ser ciego frente a la realidad—definitivamente infeliz.

Sax Rohmer es el autor de "La Máscara de Fu-Manchú", la sensacional novela policíaca que publicó BOHEMIA recientemente. Entre los modernos escritores norteamericanos, la figura de Sax Rohmer es una de las más prestigiosas. Por su poderosa imaginación, por su habilidad constructiva, por la diáfandad de su estilo, este escritor ha conquistado justamente un amplio renombre en todo el mundo. Este cuento, que hemos traducido para nuestros lectores, es un diamante más que se agrega a su rica guirnalda de éxitos.

—Aquí estará el "Castillo de la Unión", el jueves—dijo Forder con su voz casi ronca—. ¿Cree usted que podremos hacer nuestra exploración para entonces?

—Es sumamente fácil—le aseguró Maclean—. Yo le puedo mostrar los mapas y planos en cualquier momento. No hay ninguna razón para que no podamos emprender viaje mañana mismo, por la mañana. No quiero ocultar el hecho, Forder, de que los fondos están bajando considerablemente. Y éste puede ser un trabajo largo. Pero está justamente en su camino y yo mantengo la esperanza de convencerle de que vale la pena sufrir sus naturales molestias.

—Sus esperanzas son razonables—dijo Forder lanzando una de sus rápidas miradas a su esposa—. El trabajo en el Amazonas era en una zona demasiado húmeda, en un país imposible para una mujer y Betty no debía venir. Tenía que volver. Supongamos que usted nos reúne para tomar el lunch y nosotros conjuramos el mal después.

—¡Bien! Es una apuesta. Me apresuraré a ir a recoger mis apuntes. Y podría hacer arreglos para que Pedro fuera en casa de Reid y se nos reuniera más tarde. ¿Qué le parece?

—Pedro es el hombre de quien usted nos estuvo hablando? El sujeto que le dió los planos?

—Sí.

—¿Y usted cree que él es un superviviente de una raza extinguida?

—Uno de los muy pocos supervivientes. Esa es mi opinión; pero esta tarde usted formará la suya.

En uno de los más tranquilos rincones de los jardines se reunió el grupo después de haber tomado el lunch.

—Usted siempre ha tenido una idea, Forder—dijo Maclean—de que una raza blanca subsiste en el corazón del Brasil?

Forder le lanzó una de sus brillantes miradas a la persona que hablaba:

—Así es—convino—pero este último viaje con Betty me ha convencido de que se necesitaría una jornada costosa y cuajada de peligros por una región poco saludable, para probar mi teoría.

—No importa—persistió Maclean—¿pero usted tiene tal teoría? Y yo pienso que esa raza, si pudiera ser encontrada—probaría estar ligada con un tipo muy raro que incidentalmente encontré aquí, en el grupo de las Canarias y entre los herbéricos blancos de la

tierra continental. El desierto de Sahara empieza a extenderse desde allí—y aún más lejos, desde las llanas tierras del Egipto. En un tiempo fué mar, y un cataclismo hubo de romper las barreras naturales de aquel mar, lanzándolo en el lecho de lo que es hoy el Atlántico y dando origen a la leyenda del Diluvio.

—La primera vez que yo ví el Pico de Tenerife, reconocí en él la Montaña del Refugio, que fué donde el Arca quedó varada.

—Aceptando la teoría de antemano—dijo Forder—no se ha podido encontrar alguna evidencia en que apoyarla.

Betty Forder miró rápidamente a Maclean. Su entusiasmo era contagioso. Pero mirando su vehemente rostro de niño, le parecía difícil de creer que ya él se hubiera hecho una autoridad en Arqueología, que era, sin embargo, reconocido como un hombre de porvenir cuyo nombre se paragonaría algún día con los de Petrie, Howard Carter y otros grandes descubridores de la historia del pasado.

—Yo creo—dijo Maclean tranquilamente, pero con un relámpago de excitación en sus ojos—yo creo que tengo esa evidencia.

—¿Qué!—dijo Forder con un bufido de sorpresa.

—Yo creo que esta isla sea parte del continente de la Atlántida. Y si usted viene a hacer el trabajo conmigo, tengo grandes esperanzas de encontrar un sepultado templo de aquella civilización.

—¡Hum! Forder miró duramente a su interlocutor y dulcemente a su mujer. Usted sugiere—dijo—que la legendaria raza blanca de la América Central representa a los supervivientes de la Atlántida, y que este sujeto Pedro, es descendiente de la misma agrupación étnica?

—Sí. Y creo que los grandes tesoros y documentos históricos fueron ocultados cuando el desmoronamiento de la barrera natural, probablemente una gran cordillera de montañas, fué sumergida en el Atlántico, dando aviso de la gran catástrofe.

Y ahora, pensó Betty, no era tan difícil, oyendo el timbre de su voz y observando sus mejillas sonrosadas, aceptar que una venerable sociedad hubiera admitido a Juan Maclean entre sus miembros. Forder encendió un cigarrillo y se inclinó sobre la mesa de cañas hendidas, sobre la que había un gran número de notas, un mapa de gran escala y un descolorido pergamino montado en un estuche de piel.

—¿De manera que usted cree haber descifrado esta cuestión?

—Esa es mi versión de ella, Forder. Pero si subsiste alguna duda hay un mapa—no en nuestra presencia, no aceptable en su totalidad, pero de todos modos un mapa. Es imposible sofocar mi deseo de investigación como no sea mediante una explotación.

—¿Y nadie sabe de qué materia es esto? Me parece como si fuera papiro.

—No es papiro—dijo Maclean con rápida vehemencia—. Lo hice analizar. Es de origen vegetal, pero prácticamente indestructible y compuesto de sustancias no conocidas de los modernos botánicos. Ahora, escuche—agregó desmenuzando un dedo sobre el mapa de gran escala—es la quinta de Ben Rabes conocida como la Casa de las Cavernas. Las cavernas están situadas al Este de la edificación,

justamente en el mismo lugar donde yo he hecho algunas excavaciones por li mi neres...

Se oyó un ruido de pasos en el próximo sendero arenoso. Maclean miró y dijo:

—Aquí está, Pedro. Ahora oírás usted el principio de la historia.

El hombre dió tres pasos más y se unió al grupo. Usaba pantalones de franela gris y zapatos de lana, así como una camisa blanca con el cuello abierto. Un jubón de color vivo cubría sus hombros y tenía la cabeza descubierta. De pequeña constitución, era perfectamente proporcionado con la sola excepción de que había algo afeminado en las líneas de su cuerpo. Hacía recordar las antiguas esculturas de los griegos. Y aunque era triguero como un árabe, tenía los ojos azules.

—Observen su pelo—cuchicheó Maclean aparte.

Era verdaderamente digno de observación, resultando extrañamente fuera de lugar el remate de aquel atezado rostro. Sus cabellos eran tiesos y de dos colores distintos; singularmente de un tinte castaño rojizo bastante deslustrado y un amarillo también deslustrado; cuyos colores, alternándose, formaban una perfecta

(Pasa a la Pág. 46.)



Desde
Correspondencia
 por Madame
 (Especial

Paris
de la Moda
 Andrée Bizet
 para BOHEMIA)



Fig. núm. 1.—Toilette de noche, de gran etiqueta en terciopelo blanco, de Molyneux, con capita de tórrido blanco.

(Foto INTRAN.—París.)



Fig. núm. 2.—Traje para jovencita, con mangas de alas de mariposa, con bordados de terciopelo sobre el tul (Foto INTRAN.—París.)



Fig. núm. 3.—Lluvia de avestruz, sobre traje bordado de Strass, creación de Molyneux. (Foto INTRAN.—París.)



Fig. núm. 4.—Traje de calle, en lana negra, con manga de nutria, muy anchas. (Foto INTRAN.—París.)



Fig. núm. 5.—Abrigo de terciopelo, imitación cebra, creación exclusiva de Molyneux y verdadera novedad. (Foto INTRAN.—París.)



Fig. núm. 6.—Traje de estado, para la hora del té, en maticos oscuros.

(Foto INTRAN.—París.)

ESTA crónica, que ha de publicarse en la Habana cuando ya el verano haya sido enterrado, será una de las primeras que yo escriba para reseñar a mis lectoras de BOHEMIA sobre las primeras sensaciones de invierno. Como veis, las estaciones se suceden, para los acontecimientos de la Moda, con una rapidez digna de la época en que vivimos. Una estación no ha muerto aún cuando ya la otra la está sustituyendo en el corazón de las mujeres. A rey muerto...

Según lo que hasta ahora he visto en los grandes ateliers, la Moda se anuncia variada, rica en detalles inéditos. Cada mujer podrá escoger a su gusto particular lo que más le convenga.

Las rubias encontrarán, con Lanvin, por ejemplo, trajes vaporosos de tules y muselinas transparentes, para adornar sus gracias naturales con la ciencia y el encanto infinito de Lanvin. Otras, chez Auguste Bernard, separarán los trajes cuyo color y cuyo estilo convienen a su tipo trigueño.

naldas de muselinas fruncidas encontrarán en casa de Molyneux. Boas de plumas de avestruz, gruesas guirpara las rubias. Para las trigueñas, "caídas" de plumas de gallo, blancas, que dan un cachet de severidad, en casa de Heim.

Un ancho velillo de tul negro, bordado de lunares blancos, pondrá a la inversa de la costumbre musulmana. Veréis cómo. Entre nosotras, el velo esconde el brillo de los ojos para dejar estallar la granada de la boca. Entre las musulmanas, para seguir la ley de Mahomet, la mujer muestra los ojos cargados de khol... y esconde la boca. Las que este año adopten la costumbre, pues, tendrán a su disposi-

ción la tentación y el misterio... Hay un momento en la vida de la mujer cuyos gustos se concentran en el interior, en el *dome*, que dicen los ingleses. Entre los costureros parisienses Molyneux es uno de los que con más entusiasmo y arte se dedica a satisfacer los gustos de este momento de la vida de la mujer.

En su colección para el próximo invierno, he visto muchos modelos de pijamas y de trajes de casa verdaderamente encantadores. Los trajes de casa de Molyneux muestran a veces una suntuosidad digna de las *toilettes* de salón. Molyneux piensa, y con razón, que una elegante que cena en la intimidad con algunas amigas debe

mostrar, junto con un granito de independencia casera, una estética preocupada por su *toilette* de interior.

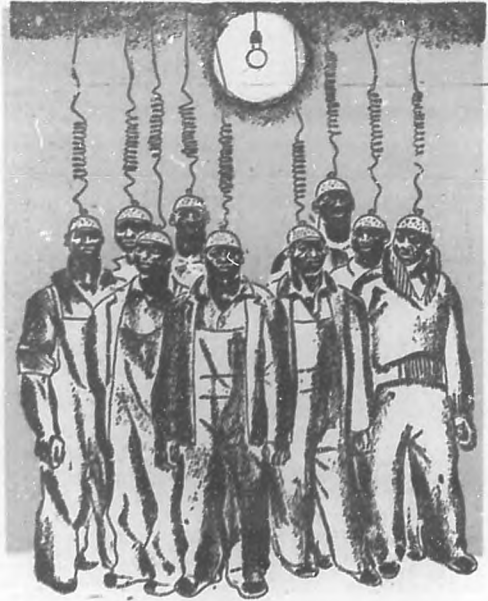
Es así que puede admirar, junto a pijamas confeccionados en piel de pantera (con pantalón mexicano) trajes de cola larga que parecían los trajes suntuosos del Renacimiento. Casi siempre el rojo vivo aliado a la pantera o al negro. Entre otras cosas también noté en casa de Molyneux una capa de armijo sobre la cual corre y se enrolla un zorro plateado, excepcionalmente bello.

Mas vosotras veréis, lectoras mías, en la fotografías que acompaña esta semana, la prueba del tema.

La figura número 1 os muestra una *toilette* de noche, de gran etiqueta, confeccionada en terciopelo blanco. El cuerpo está escotado en cuadro y la falda es siempre muy larga. La capita de zorro blanco muestra que la *toilette* no es para el alto invierno, sino para los comienzos nada más.

EL PROCESO YOKINEN

POR MANUEL MARSAL



una demostración brillante para tres hombres de la raza negra.

Augusto Yokinen, oriundo de Finlandia, afiliado al Partido Comunista, fué el personaje central de este intenso drama, al que asistieron como espectadores mil quinientos individuos. En el Club de Obreros Finlandeses, enclavado en el propio Harlem, se desarrolló el primer episodio de este penoso incidente que costó a Yokinen, la expulsión de las filas del Partido en el que militaba.

Cierta noche—según se desprende del texto del proceso—tres obreros negros se presentaron en el salón de baile del Club de Obreros Finlandeses, que celebraba una fiesta. Su aparición dió lugar a numerosas protestas, que determinaron a los mal recibidos visitantes, a retirarse para evitar mayor escándalo. El hecho, no tardó en ser pasto de los comentarios y como los tres jóvenes negros militaban en el Partido Comunista, el ejecutivo del Partido, estimó oportuno realizar una investigación. El informe que se le dió con este motivo, hizo conocer que en el momento de efectuarse las protestas se encontraban en el salón cinco miembros del Partido que nada hicieron en demanda de sus camaradas. Cinco de estos individuos se arrepintieron públicamente de su actitud. Augusto Yokinen, empero, se negó a dar satisfacciones. De su boca salieron todos los razonamientos que abundan los mantenedores del mito de la superioridad racial. El Ejecutivo del Partido, en consecuencia, actuó con la mayor energía, provocando la reunión de un Tribunal y el procesamiento del acusado.

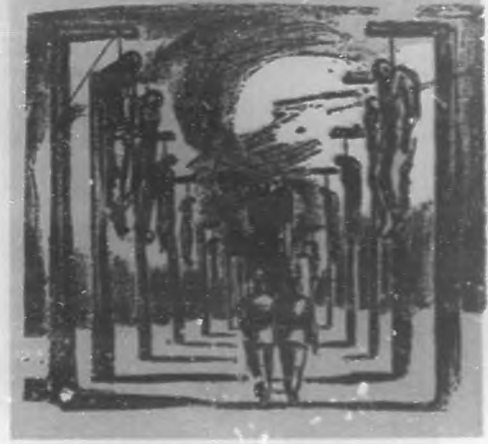
“El Grupo de Combate, nuestra divisa, igualdad de derechos para los negros—dijo la mesa ejecutiva—necesita ser apoyado por la acción de todos, ya que, no debemos olvidar que la igualdad de

derechos para el negro, es una de las conquistas más necesarias para el proletariado de Estados Unidos. Por tanto, en esta lucha, el obrero blanco tiene el deber de marchar a la vanguardia, debe ser el primero en descargar los golpes que abrirán la muralla levantada por las leyes Crow”.

El juicio contra Yokinen, en consecuencia, comenzó con la elección de un jurado interracial, integrado por siete obreros negros y otros tantos blancos. A Hathaway actuó como acusador, estando la defensa a cargo de Richard B. Moore. En la vista de la causa estuvieron representadas 11 delegados, 113 organizaciones.

Luego de establecer la verdad de los hechos aportando pruebas irrefutables, la acusación pasó a combatir la teoría de la superioridad racial, demostrando que es la capa con la que se pretende disimular ambiciones innobles, que se traducen en utilidades fabulosas para las clases opresoras. Hace poco tiempo—dijo la acusación—llegó hasta la dirección del “Daily Worker” una circular firmada por William Randolph Hearts, de la que se habían repartido copias a todos los redactores y reportérs de sus publicaciones, en la que se les ordenaba consignaran en todas las informaciones de crímenes, actos de violencia o de cualquier otra naturaleza, contrarios a las leyes, la nacionalidad del autor, siempre que éste fuera obrero extranjero. En cuanto a los negros, la circular agregaba a la advertencia transcripta este comentario: “el público, a fuerza de ver asociada la palabra negro, con las de violación, homicidio, robo y otros crímenes, concluye por odiar a la raza inferior.”

“Párrafos siguieron a los párrafos, páginas sucedieron a las páginas, sin que los razonamientos del acusador flaquearan, sin que, tampoco, la atención del auditorio se debilitase. El alegato concluyó por fin con estas palabras que toma-



mos de la versión inglesa de J. Allen:

“Y ahora camaradas, especialmente en una época en que el capitalismo y los propietarios de la tierra persiguen con más saña que nunca a los trabajadores; en una época en que las grandes masas de obreros—blancos y negros—se ven lanzados a la miseria; en una época que asiste a la preparación de guerras imperialistas, la batalla contra el chauvinismo blanco debe ser más enérgica de hora en hora.”

“Nosotros, desde luego, pedimos que Augusto Yokinen sea declarado culpable de actos perjudiciales a los intereses de la clase obrera; pedimos que se le declare culpable de sustentar puntos de vista benéficos para los intereses de las clases explotadoras, toda vez que tienden a tomentar la desconfianza y la desunión entre los trabajadores de razas diferentes; pedimos por último, que se declare culpable de violación teórica y práctica de las leyes fundamentales de nuestro Partido.”

Muy poco pudo brillar la replica de la defensa. Augusto Yokinen no tardó en admitir su culpabilidad, en seguida anunció su arrepentimiento. El proceso, empero, continuó hasta que fué dictada la sentencia, cuyos extremos fueron:

expulsión inmediata del procesado, del seno del Partido, obligación de convocar a una asamblea en el Club de O. Finlandeses y hablar en ella contra la teoría de la supremacía de la raza blanca; obligación de sumarse a la Liga Pro-Derechos del Negro; obligación de vender mensualmente determinada cantidad de ejemplares del “Liberator”, órgano de defensa de la raza negra; Yokinen podrá reingresar en el Partido, tan pronto como éste, por medio de sus agentes de información, haya comprobado que ha cumplido fielmente las disposiciones de la sentencia y se estime que toda equivocada ideología tiene en él un sincero impugnador.”

Augusto Yokinen, empero, víctima de una de las últimas expresiones del fascismo norteamericano, no pudo probar su arrepentimiento. Detenido en una de las frecuentes redadas policíacas entre los elementos extranjeros, que creyeron encontrar al abrigo de la bandera de las barras y las estrellas, respecto a su derecho y garantía para expresar libremente su pensamiento, fué deportado por las autoridades de inmigración “por pertenecer a organizaciones radicales.”

A respuesta brutal e inhumana, dada por do miembros del Congreso de los Estados Unidos a las alumnas del “Wellesley College”, que acudieron al Capitolio de Washington en demanda de auxilio para los jóvenes negros a los que una sentencia inicua parece llamada a costarles la vida, quedará para siempre como un baldón en la historia de las luchas raciales, para la gran República nórdica.

¡Cómo debieron estremecerse de indignación las rubias cabezas de las peticionarias, al escuchar de labios de los senadores demócratas, Black, de Alabama y Copeland, de New York, la negativa terminante, envuelta en una frase morosa, despectiva, impropia de la alta investidura que han alcanzado con el favor popular! Mas, a los que venimos observando el desarrollo de los acontecimientos en la vecina nación, a los que seguimos con interés las vicisitudes mil de la lucha de clase en la República washingtoniana, a los que estamos atentos a la agonia de la democracia norteamericana, esta respuesta no nos ha sorprendido. Lo que sí nos sorprendió y muy gratamente por cierto, fué el noble gesto de las alumnas del Wellesley, cuya actitud

declamación humana coincide con los pasos dados por los estudiantes de las universidades de Columbia y de New York, en favor de los atropellados mineros de Kentucky: pasos que señalan un despertar no por más tardío, menos alentador, de la conciencia del estudiantado norteamericano, que hasta este momento se había mostrado indiferente ante los trascendentales problemas sociales que conturban a su país.

Si la juventud estudiantil se había mantenido ajena a los graves conflictos que entenebrece el horizonte de Estados Unidos, otra juventud, en cambio, ha dado ya señales inequívocas de su participación en las luchas de clase y de su afán de liquidar los prejuicios raciales, que con harta frecuencia se exteriorizan de manera sangrante.

Fué en Harlem, en la entraña misma del famoso barrio neoyorkino, que para muchos, para los que viven superficialmente no es más que un lugar de placer poblado de cabarets y de teatros alegres, pero que guarda en su fondo doscientas mil almas agobiadas por la miseria, heridas por los prejuicios, donde tuvo lugar el extraordinario evento, provocado por



El Centenario de Walter Scott

por
Maurice Bourdet

TODA Escocia ha celebrado el centenario de la muerte de Walter Scott, que murió el 21 de septiembre de 1832.

Fue un espléndido día de verano cuando se extinguió la vida del gran novelista, habían abierto todas las grandes ventanas de la habitación donde descansaba, para que el murmurio del Tweed, el río que canta armoniosamente, arrullara su agonía.

Escocia no olvida nunca el recuerdo de Scott, no porque lo considere como su hijo más ilustre, sino como el hijo que supo amarla mejor. Y es que, exaltando su tierra natal a través de su obra, Walter Scott había el camino a una literatura nacional y al mismo tiempo regionalista.

Walter Scott es de esos autores cuyas personas se transparentan en sus libros. En mis doce años, cuando mis padres me autorizaban para leer *Ivanhoe* o *Quentin Durward*, yo veía, detrás de tantos héroes empenachados, de tantas armaduras, de tantos acontecimientos irremediables, un hombre afable y alegre, que se divertía haciendo vivir a toda aquella gente, como se divierte

recorriendo la *Comedia Humana*, que está inspirada en ella, seguramente, pero donde Balzac, desechando deliberadamente la ilusión, descarnaba el alma del hombre para sorprenderla en sus estremecimientos más íntimos.

Los personajes de Walter Scott componen una curiosa galería donde, sin duda, encontramos rasgos de Shakespeare pero en los cuales la psicología escocesa se expresa de una manera inimitable. Para los aficionados a las historias chistosas, los escoceses son equivalentes, en cierto punto, a los judíos y a los marseleses. Y en todo el mundo se refieren anécdotas sobre ellos, pero en rea-



WALTER SCOTT y su familia.

lidad, los protagonistas de esas anécdotas son los escoceses ricos. Si esa característica escocesa divulgada burlescamente estuviera arraigada en la masa del pueblo, la hallaríamos en los libros de Walter Scott. Y el humor de este novelista, que ha tenido tanta influencia en los escritores ingleses—Dickens, por ejemplo—se expresa siempre en el verdadero senti-



SIR WALTER SCOTT
Escocia ha conmemorado recientemente el centenario de la muerte de su gran novelista.

do popular, es decir, sin rebuscamientos, con una admirable percepción de los hombres y de las cosas observados en su atmósfera. Ese humor le sirve al escritor de preciso contrapeso en los asuntos demasiado patéticos. Aquí está precisamente el secreto del extraordinario éxito de Scott.

Fue un personaje interesante este abogado de Edimburgo que abandonó el ejercicio de su profesión por seguir el camino de su vocación verdadera. Era como su contemporáneo Byron y le gustaba conversar con todo el mundo, sin despreciar un buen vaso de cerveza o de whiskey. Más tarde, se complacía en recibir a sus amigos, con un fausto y una elegancia que muchos grandes señores ingleses le podían envidiar.

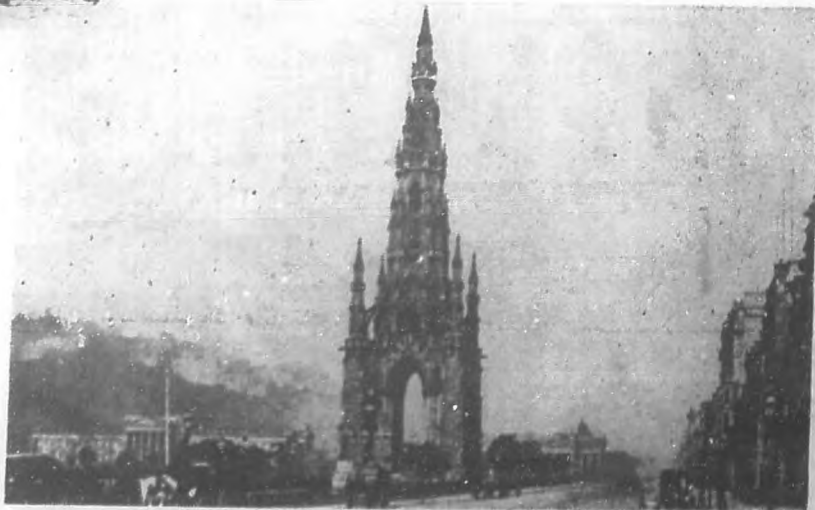
(Pasa a la Pág. 63.)



El castillo de Abbotsford, antigua residencia de Walter Scott.

un niño organizando catástrofes de ferrocarril.

Balzac, que le consagró una parte importante de su prólogo de la *Comedia Humana*, ve en él al "trovero que imprimía un carácter gigantesco a un género injustamente llamado secundario". Y dice: "El elevaba al valor filosófico de la historia, la novela, esta mezcla que, de siglo en siglo, incrusta inmortales diamantes en la corona del país donde se cultivan estas letras." Tal vez el tiempo no haya ratificado ese juicio, en su integridad. Toda la parte romántica de la obra de Walter Scott—todo ese museo—donde las convenciones de la intriga y de los personajes se mezclan con las licencias a que recurría la imaginación del escritor cuando la realidad de los hechos no le satisfacía, todo eso desapare-



El monumento de WALTER SCOTT, en Edimburgo.

En Hungría Reviven Costumbres de la Edad Media



Las ofensas y agravios son vengados con pesadas espadas de Caballería. La foto muestra una escena de preparación para el duelo.



También es interesante para nuestros duelistas y maestros de armas, ver como el médico desinfecta las espadas antes de los fieros lances en que solucionan sus querrelas los habitantes de las planicies de la Europa Central.



Después del tercer tiempo del duelo, uno de los contendientes resulta herido y recibe atención médica. El nombre de los combatientes se guarda con mucha reserva, porque los duelistas son duramente penados por las leyes húngaras.

Y antes de iniciarse el duelo, uno de los jinetes, con la adecuada solemnidad, da lectura a las condiciones en que éste se ha de desenvolver.



ferentes por su lado. No reconocen en aquel tipo mohino el simpático y gracioso Chevalier que han conocido en "El Desfile del Amor", en "El Teniente Sonriente", "Una hora contigo", y "Amame esta noche".

Estas cosas han sido tomadas en cuenta y discutidas repetidas veces. Los misteriosos personajes que son ambos Chevalier, han sido ampliamente discutidos haciéndose una profunda disección de característica. Pero ningún misterio existe, cuando uno sabe lo que sabe Chevalier, que su sentencia de muerte está firmada y sellada con metralla.

Los ataques dirigidos contra su hábito de sentarse solo, de evitar las multitudes, de evadir entrar en el espíritu de las cosas de Hollywood, como participar en fiestas y reuniones de amigos; y los cargos que se le hacen haciéndole aparecer como un moderno mercenario, un egoísta y falto de espíritu de alegría, no producen en Chevalier más que encogimiento de hombros. Aún cuando por una casualidad yo descubri este secreto, él, con deprecaciones, trató de evitar las preguntas.

—La guerra hace mucho tiempo que pasó—me dijo—. Ya no hay nada que decir acerca de ella que ya no haya dicho.

—Pero hay aún, M. Chevalier, muchísimo que decir. Digale al mundo el lugar exacto en que está incrustada esa pieza de metralla que tiene usted en el cuerpo. No le reste importancia a la gravedad de su lesión diciendo—que todo lo ha dicho ya antes—que yo sé, sin embargo, que está alojada en su pulmón.

Digale a esos que han olvidado ya lo que aprendieron de anatomía en la escuela, que el corazón humano es un vital órgano que está situado en el tórax y entre los dos pulmones, que está protegido por un resistente saco membranosos llamado el pericardio y que el trozo de metralla está aprisionado tan cerca de este saco que su remoción podría hacer estallar el corazón por el punto más débil.

Admita que usted no puede incurrir en ejercicios demasiado violentos, que usted evita volver el cuerpo rápidamente por la cintura, que una amigdalita palmada en la espalda pudiera terminarlo todo para usted.

Digale al público esas cosas. Usted está cometiendo una injusticia con usted mismo, silenciando estas co-

Hay tantos "no puede hacer" y tan pocos "puede hacer". Y Chevalier se sonrió con una de sus agradables sonrisas de la pantalla.

—Algunas veces me olvido—añadió. —Pero ella nunca se olvida. Noto como un relámpago y las cosas se oscurecen delante de mis ojos. Ese relámpago raras veces dura mucho tiempo, pero es lo bastante para que me sienta mal unos cuantos días.

La reticencia de Chevalier para tratar de su lesión es paralela a su disgusto para hablar de la Guerra, aún tratándose de generalidades.

—Yo estuve en el servicio corto tiempo—dijo. Y después, recurriendo a su método predilecto de evasión, agregó:—No hay nada que decir.

—Voy a tener que reír nuevamente con usted, Monsieur. El hombre que ha estado en el campo de batalla luchando por su patria, que ha sido prisionero del enemigo e internado durante 26 meses en un campo de prisioneros de donde sólo se podía escapar con una gran exposición, que fué premiado con la Cruz de Guerra por su valentía, el hombre, en fin, que ha sufrido tales experiencias, seguramente tiene mucho que decir.

Es verdad que sus servicios como soldado fueron muy breves desde el punto de vista del tiempo. Francia le declaró la guerra a Alemania en 3 de agosto de 1914. Usted fué de los primeros en ir al frente. Diecinueve días después de la declaración de guerra, fué usted a dar a un hospital detrás de las líneas alemanas, gravemente herido.

Usted fué tratado por los médicos enemigos. No se ha quejado del tratamiento que recibió, pero con toda seguridad, si hubiera caído en manos más irreflexivas, no llevaría el trozo de metralla que hoy se aloja en su pecho, poniendo en peligro su vida.

Es posible que ellos hayan hecho lo mejor que pudieron por usted, lo mejor, teniendo en cuenta que usted era uno de los cientos de heridos, la mayoría de los cuales eran alemanes y no franceses.

Cicatrizada la superficie de su herida, Chevalier fué enviado a un campo de prisioneros alemanes. Lejos de estar restablecido, la rígida disciplina y las condiciones poco sanitarias de aquel campamento, retardaron su retorno a la salud. Fueron días de tortura mental para él, mucho más dañinos que cualquier lesión física.



—Desde la guerra, he estado viviendo tiempo prestado. Algún día el préstamo será solicitado. Y entonces...

Así ha hablado Maurice Chevalier al referirse a las lesiones sufridas en la guerra que durante años han puesto en peligro su vida, con la muerte repentina que él lleva muy cerca de su corazón tan peligrosamente cerca, que los médicos no se atreven a operar.

Resmas enteras de papel se han escrito con el propósito de resolver el problema del misterio de Chevalier... Se han hecho numerosas conjeturas en torno a su aparente dual personalidad. En la pantalla un parlero y romántico tipo; fuera de la pantalla, un hombre sombrío y solemne.

No hay duda alguna de que el Chevalier que ustedes conocen dista mucho de ser el auténtico Chevalier. Su alegría se manifiesta a se oculta según se hace o se quita el make-up. Los labios pierden su sonrisa, los ojos su brillo, cuando el hombre no está frente a la cámara. En el hombre produce una extraordinaria transformación cuando empieza a co-

POR QUE CHEVALIER POR JACK

... Usted no será acusado de pretender inspirar piedad, ni de tratar de ganar compasivas simpatías. Pero, por lo menos, le permitirán sentarse, sin molestarle.

—Es verdad—dijo Chevalier—que este recuerdo de la Guerra es más molesto y peligroso de lo que yo quiero aceptar. Yo no hablo de esto porque el hablar me hace pensar. Y el pensar no hace bien, cuando no queda nada por hacer. Los médicos me han dicho que no piense en ello. Tan a menudo como es posible, hago que me vean donde está el fragmento de metralla. Puede ser que algún día se mueva y entonces me pueda operar. Pero puede ser también que se incline al lado opuesto. ¿Quién sabe?

Los médicos han temido siempre un absceso, que en caso de producirse sería difícil para el artista poderse ocupar de él. Ellos le han prescrito mucho reposo y tranquilidad y una completa abstinencia de ejercicios.

—Puedo beber solamente un poquito, fumar un poquito también. No debo ni puedo incomodarme. No puedo hacer esto o aquello.

SE SIENTA SOLO GRANT

Como prisionero de guerra fué como Chevalier aprendió por primera vez a sentarse solo.

La mayoría de sus compañeros eran ingleses y rusos. El no conocía aquellos idiomas y la conversación entre ellos tenía que producirse por medio de intérprete. El hábito de Chevalier de sentarse solo en medio de una muchedumbre, creció en tales circunstancias.

Lentamente iba viendo Chevalier cómo los meses sucedían a los meses y cómo el segundo y monótono año se aproximaba a su fin.

Los prisioneros de la Cruz Roja iban a ser cambiados por Francia y Alemania. Chevalier decidió tomar un desesperado partido. Falsificó sus papeles haciéndose aparecer como un miembro de la Cruz Roja y logró que su nombre fuera incluido en la lista de prisioneros a cambiar.

La penalidad de tal acción era corte marcial y probablemente la sentencia de muerte. Lo menos que él podía esperar si era descubierto, era el confinamiento y la incomunicación.

sus limitados conocimientos de cirugía y ciencia médica. Pero cualquiera que fuese el precio, él estaba resuelto a escapar o a empeorar.

Al cumplirse los veintiséis meses de prisión, Chevalier fué llamado ante el Comité de la Cruz Roja alemana. Sintió todo el odio y el antagonismo de aquellos hombres, al mirarlo sus inquisidores.

—¿Es usted miembro de la Cruz Roja?—le preguntó el oficial alemán.

—Sí—contestó Chevalier.

—Vamos a ver—dijo el alemán, abriendo la lista de preguntas. Pero algo que Chevalier aún hoy no sabe que fuera, distrajo su atención. El se sentó distraídamente golpeando el papel con los dedos. De pronto, el hombre que estaba abstraído delante de él, volvió a la realidad.

—¿Por qué no te has ido?—le preguntó con impaciencia.—Tú has pasado. Venga el próximo hombre.

Chevalier no pudo contener un salto de alegría.

(Pasa a la Pág. 63.)

Radiófilas



Nati FERNÁNDEZ, bella soprano de excelentes cualidades artísticas que deleita a los radiooyentes de la C. M. X. con exquisitas selecciones de Lecours.



Leticia REINA, celebrada cantante que tomó parte en el Concierto del pasado día 30, dedicado por la C. M. X. a las naciones hispano-americanas.



Carlos G. LAVÍN, anunciador de la C. M. X., que ha conquistado las simpatías de los radio-escuchas nacionales.



María del Carmen RUIZ, bella soprano que también brinda su concurso para deleite de los oyentes de las transmisiones de radio.



Lupita RANGÉ y J. ROBLES, que interpretaron en el Concierto de la C. M. X., dedicado a las naciones hispano-americanas, los aires típicos de México.



José A. QUINTANA, valioso maestro del bell arte, que coopera en las transmisiones de la C. M. X. y dirige la parte musical de la "Hora BOHEMIA".



Lolita BERRIO no triunfa en las tablas solamente. También colabora en las transmisiones de radio de la Casa Lavín y en otras, llegando a constituir una de las más interesantes atracciones.

Los "Jóvenes del Cayo" también constituyen uno de los más interesantes atractivos de las transmisiones de la Casa Lavín.

De Hispano América



Sr. Rafael RIOS, experto en finanzas y Jefe del Negociado de Comercio e Industria de Puerto Rico, quien, en misión especial, se halla actualmente en Chicago realizando importantes gestiones relacionadas con la Exposición del año de 1933 en esa ciudad y el progreso comercial de su Isla.



Sr. J. D. ANGUIZOLA, diputado panameño y editor de "Ecos del Valle", en la ciudad de David, acompañado de la Srta. Cora, distinguida redactora, quienes presencian una importante entrevista entre dos gobernadores rivales de las Sierras de la República de Panamá.



Una feliz pareja de la mejor sociedad de la Cuba, Hincapias, que contrajeron matrimonio recientemente. Son ellos, Salvador Lobo e Isabel López Villa.



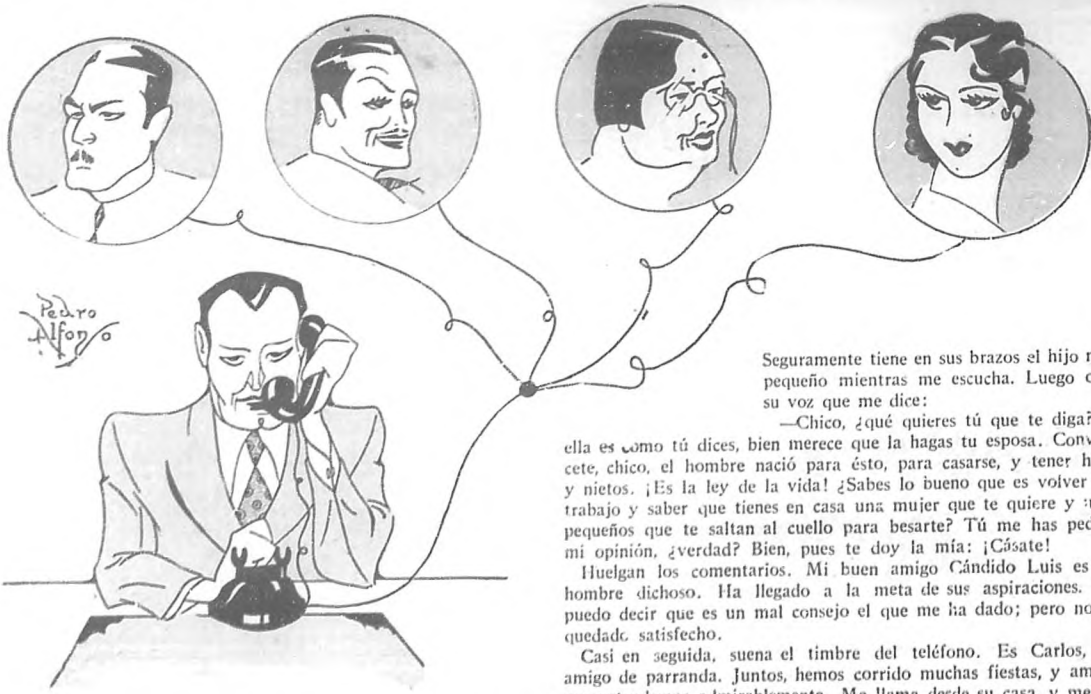
Srta. de la villa de Dritas, cercana a las célebres ruinas de Chichen Itza, en Yucatán, que mereció el honor de haber sido elegida Reina Maya, en los pasados Carnavales, quien luce un típico traje de reina, diseñado especialmente por los arqueólogos de la Institución "Carnegie".

Srta. Bessie ARZE, de la buena sociedad de la ciudad de Panamá, luciendo el típico y vistoso traje panameño "la Pollera". (Foto Laureña.)



Gloria y Mario VILCHEZ, dos simpáticos hermanos aficionados al teatro, oriundos de Cuba y que hacen las delicias de la colonia cubana de Tampa. Recientemente actuaron con gran éxito en el Centro Español de West Tampa y en el Coliseo de esa ciudad de la Florida.





ESTO sentado ante mi escritorio. La ventana da sobre el Prado, y por ella penetran el ruido y las luces del paseo. Tengo ante mí un retrato de ella. Hace rato la contemplo complacido. No sé si será verdaderamente hermosa, pero para mí es la más bella de las mujeres. Aprecio esta cartulina que me reproduce su imagen. Ella me sonríe con dulzura, y es precisamente esta sonrisa la que me tiene fascinado.

¿Es que acaso estoy enamorado de su sonrisa? ¿Por qué no? Yo sé de un hombre que amaba con pasión las orejas de su esposa, y no ocultaba sus sentimientos respecto a los queridos órganos auditivos de su cónyuge. ¿Es que las orejas no pueden inspirar amor? Este señor de marras, seguramente depositó tantas palabras de amor en aquellos receptores naturales, que aprendió a amarlos apasionadamente.

Pues bien, sí, yo la amo; pero la amo más cuando ella sonríe. Somos novios a hurtadillas, y hay que ver con qué habilidad burlamos la vigilancia de la buena mamá. Mi novia es dulce, apacible, y cuando habla me da un vuelco el corazón. Yo le digo muchas cosas que, luego, analizándolas, me parecen tonterías. Por ésto es precisamente por lo que he notado que estoy enamorado, pues los enamorados son siempre tontos.

Ayer le dije que pronto nos casaríamos. Era sincero al decirle ésto; pero luego me alarmé. ¿Casarme yo? ¡Imposible! He jurado que nunca cometería esa tontería. Bueno, después de todo, si los enamorados, como dije antes, son hombres tontos, no es difícil que cometan la más grande de las tonterías: el matrimonio. ¿Qué he de hacer?

Cavilo. Mi porvenir merece este honor. De pronto recuerdo; Cándido Luis, mi buen amigo, él, que es un esposo modelo y un padre ejemplar, puede ayudarme. Tomo el teléfono, y me comunico con él. Le explico mi asunto. Él me escucha hasta el final, y me parece que le estoy viendo a través de los hilos,

Seguramente tiene en sus brazos el hijo más pequeño mientras me escucha. Luego oigo su voz que me dice:

—Chico, ¿qué quieres tú que te diga? Si ella es como tú dices, bien merece que la hagas tu esposa. Convéncete, chico, el hombre nació para ésto, para casarse, y tener hijos y nietos. ¡Es la ley de la vida! ¿Sabes lo bueno que es volver del trabajo y saber que tienes en casa una mujer que te quiere y unos pequeños que te saltan al cuello para besarte? Tú me has pedido mi opinión. ¿verdad? Bien, pues te doy la mía: ¡Cósate!

Huelgan los comentarios. Mi buen amigo Cándido Luis es un hombre dichoso. Ha llegado a la meta de sus aspiraciones. No puedo decir que es un mal consejo el que me ha dado; pero no he quedado satisfecho.

Casi en seguida, suena el timbre del teléfono. Es Carlos, mi amigo de parranda. Juntos, hemos corrido muchas fiestas, y ambos nos entendemos admirablemente. Me llama desde su casa, y me invita a un "party" en no sé qué cabaret. Pero me niego. Pregunto si estoy enfermo. Yo le cuento cuanto me sucede, y le pido consejo. Carlos, como esperaba, pone el grito en el cielo.

—¿Qué estás diciendo, desgraciado! Aguarda, no te vayas de casa, que voy a mandar la ambulancia a recogerte, para que te metan en Mazorra. Pero ¿eres tú quien dice esas cosas? Oyeme, si me lo cuenta otro no lo creo. ¡Hay que ver que las mujeres le hacen a uno perder el juicio y hasta la vergüenza! Pues, chico, haz lo que tú quieras. Yo estoy encantado con mi vida de soltero, y aprecio las libertades que ella me proporciona. Si tú quieres perderlas, allá tú; pero ten en cuenta que siempre te he aconsejado lo contrario.

Carlos ha venido a enredar la cosa. Él es radical en estas cuestiones de matrimonio, y hasta hace poco compartíamos la misma opinión. Debo pedir consejo a un miembro de la familia que no sea de los viejos ni de los hermanos. Me acuerdo de la tía Regina, que tiene cerca de aquí una casa de modas. Yo soy su sobrino preferido, y la tía Regina es discreta como raras veces lo son las mujeres. Esta cualidad me convence.

La llamo. Viene al teléfono de prisa, y le digo cuanto me pasa. En seguida comprendo el efecto que causan en mi tía mis palabras. Me dice:

—Ya se lo contaste a tu madre, ¿no? Pues has hecho mal. A ella es la primera que has debido llamar; pero, en fin, te agradezco que te hayas acordado de mí en este momento. Tú sabes cómo pienso yo sobre ésto. Siempre he tenido a mal tu soltería con tanta muchacha sin marido que tenemos aquí. ¡Sí, sí, pilló, decidete! Acabo de recibir unas revistas de moda de Francia donde vienen modelos divinos, y tengo uno que lo reservaré para tu bella desposada, porque de seguro que es bella, y con este traje ha de quedar divina. Las chicas que asistan a tu boda sentirán envi- (Pasa a la Pág. 54.)

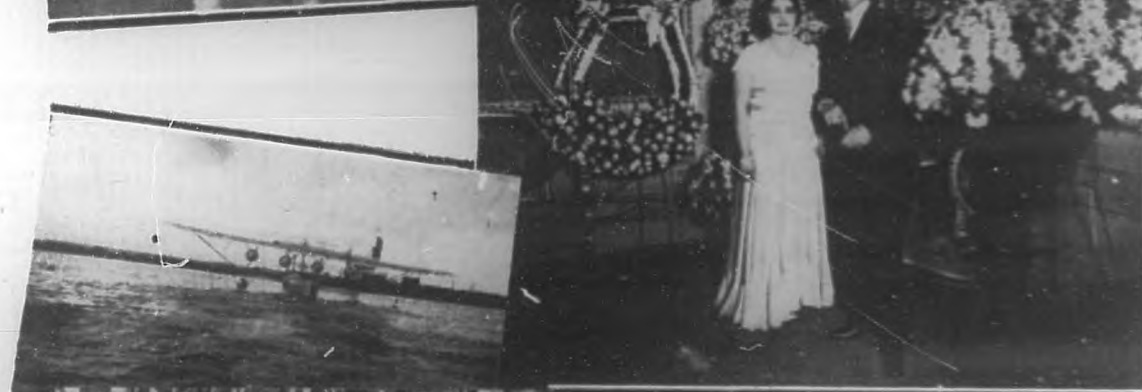
EL JUICIO AJENO

por
Guillermo
San Martín

Gráficas



Dos aspectos de la alegre y distinguida concurrencia que participó del baile de "Mamarachos" organizado por la sociedad de Marianas. Pueden verse los grupos participantes en las distintas comparsas.



PULIDO Y DALIA RIGUEZ TRIUNFAN EN MARACAIBO.—Esta foto, enviada especialmente para BOHEMIA por estos amigos, muestra al Sr. Rafael Gutiérrez, Ministro de Cuba en Venezuela, en el camerino de la lírica en el Teatro Nacional de Caracas, durante su presentación que culminó en un rotundo éxito, como acausan las noticias ofrecidas sucesas.



ALUMNAS PREMIADAS DEL CONSERVATORIO "FEBRE-RIADE"—Clara Dalgado e Hilda Ortiz obtuvieron Medalla de Honor; Amelia Jurado obtuvo la Medalla de Oro; Silvia Jimenez también obtuvo Medalla de Honor y el joven Miguel González obtuvo la Medalla de Plata.

DE LOS FESTEJOS DE LA "PAN AMERICAN AIRWAY".—La original competencia entre un rápido avión de los que hacen el servicio entre la Habana y Miami y una desvencijada carreta antigua, fué uno de los números más interesantes y sensacionales de la fiesta. (Arriba) El avión listo a partir, para llegar a Miami antes que la carreta al Puente de Miramar. (Debajo.) La carreta, que a pesar de la pericia del carretero y del esfuerzo de la yunta, perdió la apuesta con su veloz competidor.

Los Campeonatos Mundiales de Boxeo deben Decidirse por Knock Out



Jack SHARKEY, vencedor a los puntos sobre Max Schmelling en un combate que el público repudió el veredicto, acompañado de su protegido Ernie Schaaf, quien sufrió las consecuencias de un jurado que determinó su derrota frente a "Unknown" Winston, recientemente. Ambos pugiles resultan ejemplos admirables de lo que en este artículo se expresa.

COMO quiera que el límite de la credulidad romántica de un aficionado al boxeo no se ha alcanzado todavía, y no creemos que se alcanzará nunca, pues mientras más interesantes resulten los combates, en mayor grado se aumentará entre los simpatizadores de uno y otro contendiente las razones que los asisten de pensar que su favorito ha obtenido el triunfo, llegamos a la conclusión que en peleas de la importancia que suponen los Campeonatos Mundiales deben decidirse las victorias por knock-out o abandono del ring, si es que quiere procederse con la mayor equidad y justicia, impidiéndole al viril deporte de los puños las imprescindibles máculas que le irroga un veredicto impopular.

Los boxeadores tratan, por todos los medios, de conquistar sus victorias por knock-out, única forma que no pueden ser despojados del triunfo, aún en casos que actúen en sus peleas los peores jueces del mundo. Para ellos, lo mismo que para el público y jurados imparciales, las peleas por puntos no deciden el éxito de una manera definitiva, ya que, observando el bout, desde distintos ángulos, nadie puede apreciar, con verdadera certeza, la labor de un competidor frente al otro. En muchos casos, los jueces, y una gran parte del público, no pueden precisar si los golpes han sido desembarcados plenamente o sólo han rozado la piel de los boxeadores por encontrarse ocupando lugares que con relación al ring la persona del Arbitro, uno de los pilares del cuadrilátero, o el más leve e inesperado suceso, les impide ver con la justeza debida algunos gol-

Puede confiarse en que el sentido del honor y la responsabilidad de un Jurado neutralice todos sus demás efectos, pero no asegurarse que resistirá el influjo del público ante el cual pronuncia su veredicto.

por
A d o l f o
F o n t

pes efectivos que durante el transcurso del bout se conectan los pugilistas.

Es cierto que los progresos comerciales del boxeo profesional, y las conveniencias particulares de los boxeadores han hecho que los límites de duración de los combates en la actualidad, resulten muy reducidos en comparación con los que en épocas pretéritas se celebraban, pero no lo es menos que en la forma que se pelea hoy, los triunfos a los puntos, en su mayoría, resultan faltos de coloridos, imprecisos, a pesar de que se ha acortado el límite de la caída a diez segundos en lugar de los veinte o treinta de los tiempos que los pugilistas combatían hasta que uno de los competidores caía exánime sobre la lona.

Los progresos comerciales y las conveniencias particulares de los boxeadores, y no el afán de humanizar el boxeo, como muchos han dicho, es lo que ha hecho que las asociaciones del deporte recomienden fronteras, aunque no se oponen a que se efectúen combates sin limitación alguna.

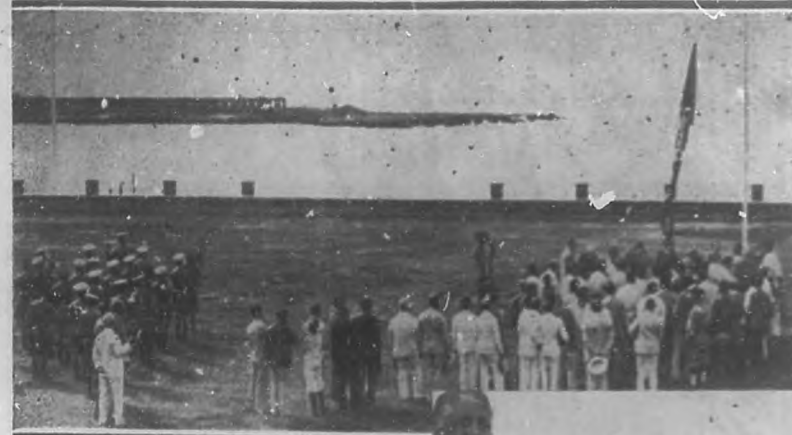
Esos quince asaltos que se fijan para los Campeonatos mundiales resultan, en muchos casos, insuficientes para determinar la victoria y por ello, con ejemplos bien precisos y recientes, podríamos citar algunos combates en que la afición dividió sus pareceres y la crítica también.

Porque, aún cuando aceptemos de que al designar un juez se puede confiar en que su sentido del honor y la responsabilidad neutralice todos sus demás defectos, no puede darse por seguro que resista el influjo del público ante el cual tiene que pronunciar su veredicto. Hace falta, además, una gran fuerza de espíritu para pronunciar un fallo impopular y, esa fuerza de espíritu no siempre va asociada a la persona designada y, por consiguiente, la concurrencia aprovecha esa duda judicial para convertirse en jurado y el combatiente más popular gana el veredicto.

Y, ¿cómo se gana ese veredicto en la mayoría de los casos? Pues bien, lo logra el ídolo local contra el extranjero, o el boxeador que quizás con menos ciencia pero con más determinación, lucha y ataca incesantemente a su contrario, aunque no pegue los golpes ni más limpios ni más fuertes, pero que sí "mete mucho ruido".

Por esto vemos que los boxeadores del tipo de Dempsey, Petrolle, Jack Kid Berg, Canzoneri, etc., lucen victorias cuando no por knock-outs, ganadas decisivamente para la mayor parte de la concurrencia, y los "puntistas", como lo fué Gene Tunney, y ahora lo son Kid Chocolate, Al Brown y muchos otros, son despojados de legítimos triunfos a los puntos.

Nadie duda que los triunfos por knock-outs, sin embargo, dejan la duda prendida en el ánimo, las victorias a los puntos, máxime en estos tiempos que los managers y promotores no se cuidan mucho de realizar cualquier patraña tendiente a brindarles mayores utilidades económicas.



Instante en que el señor Abel Du Breuil, decano de la crónica deportiva local, izaba la bandera del Club "Almendares", Campeón de 1931 en el asta de los terrenos del Vedado.



Los managers Adolfo Luque, Miguel Angel González y Merito Acosta, del "Almendares", "Habana" y "Mariano", respectivamente, que luchan por la victoria en la contienda que acaba de inaugurarse.



Los componentes del team "Almendares", entre los que se encuentran los conocidos jugadores: Manolo Cueto, Manolo, los hermanos Fernández, Adolfo Luque, Salazar, "Sofía" Valdés, Lorenzo, Veitia, Montero, Acosta, Silvio García, Etchegoyen y el manager Adolfo Luque.

Team del club "Habana" formado por Cueto, Wilson, Robinson, Cundo Gálvez, Estrella, Miralón, Oms, Estrada, Morales, Correa, Sotolongo, Estrada y Nélce González, manager.

Brillante Inauguración del Campeonato de la Liga General de Profesionales

El Mayor de la Habana, Sr. Tino Mesa, en los instantes de lanzar la primera bola, inaugural del Campeonato de 1932.

DIRECTORIO PROFESIONAL

Servicio de "Quinta Médica" a toda la familia Instituto Clínico de la Habana

Cooperativa Médica. — Clínica Privada. — Clínica Fortún-Souza.

TELEFONOS: U-1218 — U-4522 — U-8260.

Dr. HORACIO FERRER.
OCULISTA.

Consultas de 3 a 5.

Av. Wilson y L. Teléfono F-4831.

Dr. PEDRO A. CASTILLO
MEDICINA GENERAL.

De 2 a 5.

Perseverancia 52. A-6574.

Dr. ANTONIO RECASENS

ODONTOLOGO.

Neptuno 70. Telf. M-9667.

Dr. CANDIDO B. TOLEDO
LARINGOLOGO.

Consultas de 4 a 7.

Lealtad N° 12.

Dr. J. A. HERNANDEZ IBAÑEZ
VIAS URINARIAS.

Consultas de 11 a 1 y de 4 a 7.

Neptuno 111, altos.

Dr. M. GONZALEZ ALVAREZ
CIRUGIA GENERAL.

De 1 a 3.

Campanario 36. Telf. U-2763.



Antes de entregarse a las ocupaciones diarias

Para esos pequeños cuidados cutáneos que tanto importan para el resto del día, use

"NIEVE"
(Marca de Fábrica)
"HAZELINE"
"HAZELINE" SNOW
(Trade Mark)

Suaviza y refresca. Sin grasas. Inmejorable como base para los polvos.

Tubos para el bolso, frascos de cristal para el tocador, de venta en todas las Farmacias y Droguerías

BURROUGHS WELLCOME Y Cía
LONDRES
Bd. P. 2145

COPYRIGHT

EL ORO DE LA ATLANTIDA

(Viene de la Pág. 29.)

imitación de la crin de un leopardo, excepto en ciertas huellas de rayas que tema. —Mirándolo por delante—musitó Forder—tiene aspecto morisco, de todos modos.

Pedro se adelantó e hizo una grave reverencia.

—Este es Pedro Gómez—explicó Maclean—. Yo deseo, Pedro que usted les hable al Mayor y a la señora Forder, de este pergamino.

Pedro volvió a inclinarse.

—Ustedes ven, señora y caballero—dijo, hablando con toda claridad en inglés, pero con una monótona entonación—yo poseo uno de esos pequeños barquitos que ustedes ven navegando a lo largo de la costa, a los cuales nosotros llamamos barcas del Norte. Mi padre poseyó uno antes que yo, exactamente igual que su padre y, así sucesivamente; todos nuestros ascendientes han sido marineros. Mi madre murió cuando yo era muy pequeño y mi abuela fué el último de mis ascendientes.

—Ella era una mujer muy sabia. Vino del distrito montañoso, muy lejos de aquí y en medio de la isla. Acostumbraba hacerme relatos de las Cavernas del Sol—así las llamaba siempre—situadas entre el mar y la extremidad de las montañas. Antes de ella morir, me mandó a buscar y me dió una caja de metal muy gastada por el tiempo. Me dijo que contenía algo mágico que me traería muy buena fortuna. Me aconsejó que debía conservarla muy cuidadosamente, porque yo era un hijo del sol—eso es lo que dijo, señor—un hijo del sol...

—¿Y qué es lo que esta caja contiene?—preguntó Forder.

—Ese trozo de escritura, señor—dijo Pedro señalando al enmarcado pergamino nada más. El señor Maclean supo—no sé dónde—lo que yo tenía y vino a verme donde yo vivo.

Dejó de hablar mirando de uno al otro rostro; y los ojos de Guy Forder se estre-

charon de curiosidad. Lanzó una de sus rápidas miradas a Maclean.

—¿Tiene usted esa caja?—dijo. Maclean le observó y se rio.

—Sí, la conservo como una especie de argumento final.

Del fondo del bolsillo de su bien cortada casaca, extrajo un estropeado cofrecillo, enteramente desprovisto de adornos y de un desvahlido color gris. Era rectangular y la tapa no tenía bisagras, pero estaba hecha para ajustar a la caja a la manera de la tapa de un caldero. Tan estropeado estaba el cofrecillo que no sería posible volverlo a cerrar, Maclean dejó caer la caja y la tapa sobre la mesa de cañas. —¿De qué cree usted que está hecha?—preguntó.

Forder la tomó en sus manos, la observó cuidadosamente. Raspó la superficie del metal con las uñas de sus dedos y golpeó la caja con los nudillos. Después se volvió repentinamente mirando a los otros. Su mujer le vigilaba atentamente.

—¿Tengo razón, Maclean?—preguntó.

—Absoluta razón. ¡Es de oro puro!

—Yo quería hablar unas palabras con usted a solas, Jack—dijo Betty Forder.

Su voz temblaba nerviosamente. Aún en aquel remoto rincón de los jardines, el sonido de la orquesta del hotel llegaba hasta sus oídos.

—Si hay algo en que yo la pueda servir, Betty, dígame inmediatamente esas palabras. Se ve claramente y con toda evidencia, que usted no es felíz.

—¡Oh, no es eso! Yo no le he pedido a usted que se me reuniera aquí para hablar de mí. Es ese asunto de mañana el que me asusta.

—¿Le asusta?

—Sí. Usted debe haberse dado cuenta de que Guy se refiere a mí en cierta forma... Bueno, él casi sugiere que yo he sido la causante de que haya tenido que volver del Brasil, porque si yo no hubiera estado con él...

(Pasa a la Pág. 47.)

EL ORO DE LA ATLANTIDA

(Viene de la Pág. 46.)

—Ya sé lo que usted me quiere decir, me he dado cuenta de ello.

—En realidad, creo que no debía hablar de eso. Pero quiero tratar de hacerle comprender a usted por qué estoy asustada. No le puedo dejar, Jack. Él bebe enormemente. Nunca se pone ebrio; no lo demuestra en ninguna forma, excepto en que se pone—se excitó al decirlo—extraordinariamente "pengroso". Ha estado bebiendo constantemente en todo el viaje y hay ciertos rasgos en su naturaleza que yo nunca había sospechado. ¡Una terrible avaricia! ¿Notó usted su expresión cuando estaba palpando la caja de oro?

—Sí. —Bueno, esa mala característica llega al extremo en determinados momentos. Quiero significarle, que si usted en realidad ha descifrado esa extraña escritura y hay un tesoro de alguna importancia oculto en las montañas quisiera que no se confiara en Guy! Esa es la verdad. El es mi marido y supongo que sea indigno que yo hable así. Pero nosotros nos conocemos desde que éramos unos muchachos y... por eso es que lo hago.

—¿Querida y pequeña Betty!—murmuró Maclean.

Y la suave y repentina ternura de su voz fué tanta que la muchacha, que no otra cosa era ella, se levantó suavemente y se volvió hacia el hotel.

—¡Pero, Betty!—dijo él siguiéndola—yo no puedo hacérselo saber a él. ¿Y qué puedo hacer?

—Nada—contestó ella torpemente—. Volveré. Nos reuniremos en la antesala dentro de cinco minutos.

Jack Maclean se quedó parado en la alameda de palmas viendo la delicada figura que vagaba de la luz de la luna a la sombra, siguiendo la senda hacia el hospedaje. Él se extrañaba de por qué su corazón estaba latiendo tan violentamente...

El primer tramo del viaje fué hecho en automóvil y el segundo a lomo de ponies de montaña. La mayoría de los caminos eran estrechos arrecifes que bordeaban en espirales tórricos farallones volcánicos, donde el más ligero nabo en falso hubiera enviado al viajero a la eternidad.

Pasaron la primera noche del viaje en la casa de la montaña en que la abuela de Pedro—la misma que le había dado el cofre de metal—había nacido. Un miembro de la familia residía allí aún y fué el encargado de dar la bienvenida a los viajeros. Las habitaciones no eran lujosas, pero estaban limpias; y como los exploradores habían traído abundancia de provisiones, se confeccionó una comida aceptable.

Maclean y Forder fumaban una pipa después de la comida, en el pequeño pórtico. La tranquilidad era extraordinaria. De pronto, Forder habló.

—Ha notado usted algo extraño en Betty?—preguntó abruptamente. Me parece como si no se sintiera satisfecha, vamos, como si no fuera feliz.

Su voz roncaba no le traicionó, pero aún en la obscuridad que reinaba en el pórtico, Jack Maclean pudo percibir el resplandor de sus ojos húmedos y fríos, que le vigilaban. Él sonrió inquietamente.

—Quizás si es que está sintiéndose extraña en esta vida aventurera—dijo él tratando de hablar despreocupadamente—. Quiero decir que es probable que se hubiera formado de ella un juicio más atrayente que lo que es en la práctica.

—¡Hum!—musitó Forder y se sirvió otro trago. ¿Tomamos el último, Maclean?

—No, gracias.

—Es igual. Pero antes de que nos marchemos de aquí vamos a aclarar bien los extremos de la labor. Este tipo Ben Ra-

Calidad, siempre Calidad



Cuando la mujer hacendosa compra tela para un vestido, siempre elige la de mejor CALIDAD.

Si para lo que hemos de ponernos por fuera exigimos calidad, ¿cómo no vamos a exigirla cuando se trate de lo que ha de recibir nuestro organismo! Por eso, contra el dolor de cabeza, muelas, oídos, neuralgias, resfrios o reuma, exigimos CafiAspirina, el producto de calidad que alivia el dolor y es absolutamente inofensivo.



¡Rechace las imitaciones!

CAFIASPIRINA el producto de confianza

bes—su nombre suena a morisco—prácticamente es propietario, según he comprendido, del lugar en que esas cavernas están localizadas?

—Así es. —¿Está emparentado en alguna forma con Pedro?

—No. Pero pertenece a la misma raza. —¡Hum! Está bien. ¿Qué arreglo ha hecho usted con ese Ben Rabes?

—Ninguno. A solicitud de Pedro, me ha permitido hacer algunas excavaciones preliminares. Eso es todo.

—Comprendo. Pero ¿qué voy ganando en todo esto, Maclean? Suponiendo que usted tenga razón, ¿dónde estamos nosotros?

—¿Qué dónde estamos?—Maclean repitió como un eco y con bastante excitación—. Estamos limitados a la situación en que cualquier arqueólogo de Europa o América estaría situado. Ello puede tomar tiempo y puede costar dinero. Pero piense lo que significaría desenterrar aunque fuera una sola inscripción de los Atlantes.

—Sí, es un programa atractivo. Pero nosotros habremos empleado tiempo y dinero como usted dice, para beneficio de quién? Para beneficio de Ben Rabes y del Gobierno portugués. ¿No es eso?

—¡Bien! Maclean se rió lentamente. ¡Me siento tan infernalmente vemente con el asunto, que no me he detenido a pensar en eso!

—Es el lado más práctico, ¿no es eso? No sería conveniente hacer un convenio con Ben Rabes y Pedro, para llevarnos nuestra parte de cualquier cosa que pudie-

ramos encontrar, antes de ponerlo en conocimiento del gobierno local? ¿Qué diablos han hecho ellos en el asunto, para que tengamos los beneficios de nuestras empresas?

Hubo una pausa: —No—dijo Maclean tranquilamente—. Su argumento es bastante lógico y un tanto pirático.

—¡Práctico y maldito!—gruñó Forder—si ello significa dinero y tiempo, yo quiero saber en qué condiciones vamos...

La tercera jornada del viaje, fué la peor. Fueron conducidos en hamacas atadas a unas pértigas a través de senderos de cañas entre las crestas grises de los farallones.

Cuando la jornada se aproximaba a su fin y un desalentado y frío airecillo les dijo que esos riscos y taludes hacían frente a la costa africana, Maclean lanzó un suspiro de alivio. Media hora después arribaban a la quinta de Ben Rabes. Una puerta en la alta pared de mampostería, muy fuerte y asegurada con clavos de hierro, se abrió mostrando un semacero de madera aserrada, al fondo del cual estaba la blanca casita con sus paredes materialmente cubiertas de flores.

Ben Rabes estaba de pie en el sendero, esperándoles para darles la bienvenida. La suya era una fina figura de hombre, usando pantalones de montar. Las curiosas estrías de sus brillantes cabellos eran escasamente perceptibles, por la razón de que su pelo era de color gris hierro. Usaba unos bigonillos cortos y un pequeño resto de barba por debajo de su labio inferior.

(Pasa a la Pág. 48.)

Una maternal ama de llaves portuguesa se hizo cargo de Betty Forder, mientras Ben Rabes se ponía el mismo y ponía su casa a disposición de los visitantes. En gran parte, la quinta era muy vieja y mala, y estaba grandemente necesitada de reparaciones.

—Ustedes ven—dijo el huésped sonriendo casi con tristeza,— en un tiempo esta casa estaba situada en medio de la más grande plantación de cochinita de las Maderas—Encogió los hombros—. Y todo eso se ha acabado. Pero nuestras uvas son buenas y estamos orgullosos de nuestro vino.

Levantó su vaso en señal de salutación y todos nos pusimos de pie porque regresaba Betty. Forder estaba espionando a Ben Rabes solapadamente. Él estaba evidentemente perplejo. Y Maclean comprendió y se daba cuenta del por qué. El propósito del cual Forder había hablado la noche anterior, no era tan fácil de serle presentado a este digno y político caballero.

Más y más se lamentaba Maclean de haber puesto su confianza en Forder. La ayuda financiera era admitida como una cosa indispensable y la experiencia del hombre tampoco era despreciable. Pero aún así, él debió haber buscado alguna otra persona...

El mismo se sorprendió de verse admirando los delicados contornos de Betty. Sí, él también debía ser honrado consigo mismo.

Los caballos fueron puestos a su disposición un poco después, al atardecer. Betty había pretextado un fuerte dolor de cabeza y se había retirado a descansar; por tanto, Maclean y Forder partieron solos en compañía de Pedro. Se apresuraron a marchar a las montañas, cuya ascensión en espiral se hacía cada vez más difícil. Al fin, una revuelta del camino les permitió ver su término.

En una especie de bahía situada en la ladera de la montaña, había un jardín y en éste estaba enclavado un blanco y modesto bungalow.

—He tenido que hacer varios tiros para alcanzar la cima—dijo Maclean señalando.—Pero es inescalable sin aparejos. Es una pirámide natural y no ofrece punto de apoyo alguno.

—¿Para qué incomodarnos?—dijo Forder mirando fijamente hacia la extraña y desolada región.

—Porque se producen muy raras explosiones que proceden de alguna parte de la cúspide. Yo las he visto.

—¿Algún depósito de mineral?

—Puede ser, es muy posible. Pero no estoy satisfecho. De todos modos, debo explicarle, Forder, que la única entrada a las cavernas, hasta ahora conocida, está muy próxima a la casa de Ben Rabes. Yo partí desde allí como una cosa lógica, pero resultó que me fué imposible penetrar más allá de unas cien yardas o cosa así. Pero estudiando el viejo mapa, llegué a la conclusión de que existe otra entrada aquí, y unas pequeñas excavaciones preliminares vienen a demostrar que tengo razón. Sus ojos fulguraban de excitación: el entusiasmo de su ciencia volvía a manifestarse en toda su plenitud.

—¡Mire!—dijo Maclean en tono triunfante.

Había un estrecho y bajo túnel por uno de los dos lados, apuntalado con una armazón de madera y en cuya dirección occidental descendía una escalera de piedra picada.

—Este enorme block de piedra que estaba en el rincón—dijo Maclean señalando—tuvo que ser trasladado. Fue un trabajo de todos los demonios... Avache la cabeza aquí. Este túnel es en parte natural y en parte artificial. Se inclina hacia

arriba en dirección a alguna entrada desconocida y hacia abajo en una gran distancia. El aire, sin embargo, es bastante bueno.

Al cabo de mucho descender, llegaron a una cámara circular cuya techumbre estaba tan elevada que la luz de las linternas no llegaban a iluminarla.

Forder avanzó.

—Note los hoyos que hay en la cara de las piedras—indicó Maclean—. En algún tiempo se han remachado planchas de metal sobre ellas. Y aquí—dijo dejando caer el rayo de luz de su linterna—ha quedado un fragmento de una que se rompió de algún modo cuando el lugar fué desmantelado.

Forder se arrodilló en el barro, mirando cuidadosamente un trozo de tres pulgadas de metal mellado. Miró luego por encima de los hombros.

—¡Oro!—silbó—. ¡Oro!

—Ya lo sé—dijo Maclean en un tono de voz bajo y sin excitación—. Yo recordé al verlo la descripción que usted hizo, en la conferencia leída ante la Real Sociedad hace cinco años, del templo de los Mayas en Yucatán. Este no es un templo propiamente...

—No—interrumpió Forder—. Es la antecámara. Tiene que haber algún camino a través de este escondrijo. El altar está al otro lado.

Hablaba con extraordinaria rapidez y con la voz más enronquecida que habitualmente.



¿Cabellos revolucionarios?

Si posee usted una cabellera rebelde, indomable y agresiva que ni una aplanadora sería capaz de dominar, no adélgate, preocupado y contrito, no vierta una lágrima aunque sea furtiva... use Stacomb.

Stacomb deja el pelo suave, brillante, distinguido. Y así, en ese envidiable estado, lo conserva todo el día.

Ah, conque duda ¿ch? Pues pruebe mañana mismo al peinarse,



—Bueno, si usted está de acuerdo, demos salir mañana para iniciar una excavación que nos sirva de camino. Creo que podríamos usar por lo menos seis hombres.

—¿Seis hombres?—murmuró Forder.— Betty Forder, con un abrigo echado sobre su vestido de noche, agareció como una perturbadora pero perturbada figura, en el pasillo iluminado por la luz de la luna.

—¡Betty!

—¡Sostégate, Jack! No hables tan alto. Escucha, escucha. Guy está bebiendo allá arriba, en su cuarto.

Ella se le aproximó, y él tembló, castañeteando sus dientes. Si alguna vez hubiera dudado, ahora sabía que era completamente imposible, que no había otra mujer en el mundo entero que fuera tan apetecible como la mujer de Guy Forder...

—Yo no confío en él, Jack—silbó ella.— ¡Oh, Dios mío! Me tengo odio a mí misma, pero no puedo confiar en él. Mucha veces es un mal hombre, frío y peligrosamente malo.

—Pero, no quieres decir que te tienes miedo...

—No, no es eso. Yo no sé a qué le tengo miedo. Pero...—(se echó para atrás; él tenía su brazo en derredor de sus hombros)—ten cuidado de tí, Jack!

Estaba muy próxima al llanto. Volviéndose abruptamente, envuelta en el abrigo, salió huyendo.

Jack Maclean apretó los dientes, mirando la tenue figura hasta que se perdió de vista. Entonces se puso de pie y volvió a la ventana iluminada. Cuando al cabo se marchó a dormir, la lámpara de Forder estaba ardiendo.

—¿Qué fué eso?

Maclean se vistió apresuradamente; entonces, calzando unos zapatos de suelas de goma y conociendo el camino íntimamente, lo siguió...

Abajo se perfilaba un escarpado contorno por encima de la bahía interior, según Maclean se aproximaba a la talanquera del bungalow. Oculto bajo la sombra de un cactus, vio a Forder escalarla; y cuando un ruido sordo seguido de pasos precipitados le dijo que el hombre había salido, él avanzó.

Había traído las llaves. Abrió silenciosamente. Entonces, deslizándose por los costados del bungalow, vigiló. Forder había tirado una caja de embalaje por debajo de la primera ventana de la choza de madera. Parándose encima de ella, rompió una de las hojas de cristal de la ventana, rompió la agarradera y se trepó al interior. Maclean esperó hasta que la luz de la linterna de Forder se hizo invisible.

Estaba amaneciendo. Pronto, las primeras luces de los rayos del sol inundarían aquellos riscos. Silenciosamente, abrió la puerta de la choza y entró. Se mantuvo un rato esperando.

Forder estaba abajo, en el túnel...

Pero Maclean se mantuvo de pie y quieto para escuchar. Quizás si fuera su imaginación, pero le pareció escuchar ruido de pasos distantes.

El sonido no se repitió y entonces él se volvió para seguir al intruso. La opaca luz en movimiento se alejaba y se alejaba, hasta que inclinándose por el pasaje inferior, pudo ver al hombre en la cámara abovedada. Vió que llevaba en la mano una pequeña barra de acero, un instrumento conocido por la policía con el nombre de pata de cabra; probablemente lo tenía entre su equipaje.

La luz de la linterna dió sobre un arrefice, proyectando su haz de luz contra la parte posterior del escondrijo o nicho. Forder empezó a golpear la en apariencia sólida pared. De pronto empezó a reír—

(Pasa a la Pág. 51.)

estaban en una gaveta de su bureau. Se me asignó ese trabajo, precisamente por un conocimiento de la topografía, y fui a realizarlo. Pero también fracasé. Cuando estuve en el despacho tropecé con un mueble. El Embajador se despertó y fué a cerciorarse del origen del ruido hecho por el mueble. ¡Qué momento aquel! Al percibir sus pasos precipitados, solamente me acordé del monstruo de mi jefe. Tendría que comparecer ante él, confesarle mi nuevo fracaso y él me reprocharía que ni siquiera había estado en el edificio, como en otras ocasiones había hecho. Entonces, pense que podía probarle lo contrario; es decir, que el sello oficial que estaba sobre el bureau y que yo veía por la claridad de un foco del jarlín cuya luz entraba por la ventana, me sobraría. ¿Cómo? Imprimiéndolo en mi brazo derecho, porque era zurda.

Mientras discurría rápidamente, se acercaba el Embajador. Cuando sentí el rumor de sus pisadas cerca de la puerta del despacho, tomé el sello y oprimí mi carne con él. Era feliz. Aquella marca era la señal evidente de que había estado en el despacho; de que no había razón para suponerme engañando a aquel hombre que me horrorizaba con sus miradas siniestras, mezcla de amor y de odio.

Yo, pues, me hice la marca en el brazo; marca que comprobaría mi lealtad a mis compañeros de la delincuencia, haciéndoles una demostración lo bastante gráfica para que no dudaran de que había estado en el despacho; toda vez que un sello de esa clase, no se saca de un recinto diplomático para que lo utilice una ladrona en sus asuntos privados.

PENSAMIENTOS

La vida no es un día de fiesta ni un día de luto: es un día de trabajo.—Vinet.

Puede decirse que, generalmente, la salud no es el derecho del más fuerte, sino el premio del más sabio.—A. Riant.

No mirés jamás ninguna porción de tiempo como muy corta para ser empleada.—Chesterfiel.

El necio teme la muerte y huye de ella; el loco a busca; el sabio la espera.—Charrón.

La tumba cierra un ciclo para abrir otro.—Sully Prudhomme.

El hombre tiene el amor por ella, y por su deseo.—Victor Hugo.

La vida tiene un hermoso defecto de Milton.

RÉPIDE

Estación C. M. C. N., (Buen Retiro.) 1270 Kylociclos.

LUNES, MIÉRCOLES Y VIERNES

De 8 a 9 de la noche.



DIRECTOR: **RECAREDO RÉPIDE F.** PROGRAMAS SELECTOS. — MAGNÍFICOS CANTANTES. — RECITACION DE POESIAS "TODO POR LA MUJER Y PARA LA MUJER".



Si vuestras orinas se espesan, enrojecen o enturbian, es que tenéis mucho ácido úrico; recurrid sin tardanza a la **PIPERAZINA MIDY**

LA PIPERAZINA MIDY

depura la sangre (expulsando el ácido úrico que contiene), limpia los riñones, clarifica las orinas espesas o turbias y activa las funciones digestivas

Su empleo se impone en todos los artríticos, gotosos, afectados de jaquecas, en los grandes comedores y en los inactivos o sedentarios.

Fragante,
refrescante,
vigorizante
y siempre
en boga.

Etiqueta Azul y Oro.

4711

Genuina
Agua de
Colonia

Un Cutis de Blancura sin Igual

El medio natural de hermostrar la piel y conservar el cutis limpio, terso y fresco es el uso diario de Cera Mercolizada pura. Aplíquese ligeramente en la cara, cuello y brazos todas las noches como si fuese una crema de noche. La Cera Mercolizada limpia el cutis de imperfecciones como palidez, brillo de la grasa y poros dilatados. Siempre que para cuidar la piel use Cera Mercolizada se conservará blanca, sin manchas y fresca. La Cera Mercolizada ayuda a descubrir la belleza oculta. En todas las boticas y droguerías.

SISTEMA NERVIOSO

NEUROSINE PRUNIER

RECONSTITUYENTE ENÉRGICO

8, Rue de la Tacherie, PARIS 6 Pharmacies.

HEVIA Y ESTEFANI

ABOGADOS-NOTARIOS

DIVORCIOS

CONSULADO 52, altos—HABANA.

MALTINA TIVOLI VITAMINADA

VIGOR NUTRICION BELLEZA

PEDIDOS:

Recomiendo a la mujer que empieza a perder su belleza natural a la Pág. 51.

(Viene de la Pág. 5.)

siempre la llave. Eso no puede ser. Cuando los huéspedes salen, tienen que colgar la llave en la tabla. Además, tengo que advertirle otra cosa: no permito que nadie cocine en las habitaciones. Ya sucedió aquí una vez un caso peligroso: la cocina de una inquilina explotó y estuvimos expuestos a que se incendiara toda la casa. Por otra parte, el olor molesta a los demás huéspedes. Eso no puede ser.

Cristiana asintió sin discutir y salió. ¿Qué le importaba aquella advertencia? René estaba decidido a abandonar el hotel aquella misma noche.

Se encaminó por la calle Blanche hasta la Trinidad. La noche había caído completamente. Por la calle de Antín, llegó a los bulevares. Varios saludos amistosos la acogieron, a los cuales ella respondió distraídamente. Aneba como un autómata. Pero la angustia acentuaba el desastre de su rostro.

Siguió, como de costumbre, el camino de Montmartre. Pero a medida que se acercaba a su barrio, una inquietud creciente se apoderaba de ella. Pasó por delante de la puerta del hotel, siguió hasta el extremo de la calle, inspeccionó minuciosamente los alrededores y volvió después sobre sus pasos. Lanzó una última mirada a la calle desierta y tocó.

Ella dijo inmediatamente:

—No hay nadie... He mirado por todas partes... No he visto a nadie.

El pareció reflexionar un momento; luego respondió a media voz:

—En fin, ya veremos...

Se levantó y se puso el saco. Ella lo miraba con ojos tristes, dominándose para no arrojarle a sus pies y suplicarle que renunciara a su decisión.

—Mira—dijo él sencillamente, señalando hacia la calle con el mentón.

Ella obedeció y se dirigió a la ventana. La abrió para ver mejor. La calle continuaba desierta y silenciosa. La mujer observó atentamente.

—No hay nadie—dijo en voz baja.

El se acercó a ella, la abrazó y la besó con aquel ímpetu salvaje que le era habitual. Después salió.

Ella permaneció atolondrada un momento. Después, volviendo a la realidad, se precipitó hacia la ventana.

Evidentemente, bastaba que el hombre pudiera abandonar el hotel sin dificultad. Cien metros apenas separaban la calle tranquila y silenciosa de la populosa plaza Blanche. Si él lograba franquear aquel corto espacio, estaba salvado.

El timbre anunciando que alguien abría la puerta del hotel resonó brutalmente. El crujido seco del batiente al cerrarse interrumpió el sonido del timbre; y Cristiana adivinó en la sombra la silueta de su amante. Durante un momento, él permaneció inmóvil espiando los movimientos en la oscuridad. El silencio y la calma de la calle lo tranquilizaron. Con las manos crispadas sobre la barra de apoyo de la ventana, la mujer seguía sus gestos.

Y, de súbito, bajo sus ojos estúpidos de asombro, de las sombras de las puertas cocheras surgieron cuatro siluetas. La muchacha no pronunció una palabra: la fatalidad o la sumisión la habían aniquilado; pero sus pupilas dilatadas, en un supremo esfuerzo, trataban de arrancar a las tinieblas de la noche los detalles del drama que iba a desarrollarse.

El hombre había oído a los otros; y no tuvo idea de huir; retrocedió buscando un refugio. Una voz resonó:

—No te defiendas... No vale la pena.

Un silencio amenazante acogió esta invitación. Y a pesar de su angustia, la mujer sintió el orgullo de aquel desprecio mudo. Todo el odio que la vida había acumulado en ella le subió a los labios en un insulto innoble.

Allá, indecisa, la jauría policíaca se había inmovilizado. Un detalle irrumpió bruta y repentinamente en la memoria de Cristiana: ella le había aconsejado que saliera sin armas, pues sabía que las usaría si lo sorprendían. ¿No es preferible el presidio al patíbulo? La mujer esperó con impaciencia que el hombre se defendiera. Tenía la seguridad de que iba a disparar antes que la policía.

—¡Arriba las patas!—ordenó un inspector.

Dos detonaciones contestaron; uno de los policías cayó al suelo. Los otros se lanzaron sobre René. Una lucha salvaje, atrozmente silenciosa, se desarrolló sobre la acera. Resonaron otras dos detonaciones; otros dos hombres se desplomaron y cesó la lucha.

En el suelo, uno de los heridos agonizaba. Un silbido estridente repercutió en las calles, pero ya los agentes ciclistas llegaban.

Cristiana trataba de comprender la realidad de la escena. Sus dudas no tardaron en desvanecerse: su hombre estaba muerto.

Algunos transeúntes se acercaban prudentemente; las ventanas se entreabrían; un auto se detuvo. Un ruido confuso e indistinto brotó de la calle.

Después, el auto se marchó lentamente y poco a poco la muchedumbre dejó la calle hundida en su silencio. Entonces Cristiana se separó de la ventana y se tiró sobre la cama sollozando dolorosamente.

El día siguiente, los periódicos relataban el drama:

“Cuatro inspectores de policía, encargados de atrapar a un peligroso expresidario, abatieron finalmente al bandido, después que dos de ellos cayeron bajo sus balas.”

MODA

(Viene de la Pág. 31.)

La figura número dos os enseña el verdadero traje que Molyneux ha confeccionado para las jovencitas, todo vaporoso, con manguitas de alas de mariposa, corpiño castamente abierto en redondo y las aplicaciones de tul—flores de terciopelo del mismo color—realzan la belleza.

La figura número 3 os muestra una “lluvia” de avestruz, rosada, sobre un traje bordado de strass, lo que constituye una bella innovación. La mujer así se diría un lindo pájaro de leyenda oriental. El traje es bien ceñido al cuerpo, y la parte baja en pliegues anchos y pesados hasta tierra.

La figura número 4 os presenta un conjunto de calle, confeccionado en lana negra. Molyneux piensa que este traje sea usado para el invierno propiamente dicho, es un particular que os hay que olvidar. Un cuello de nutria se alarga sobre el pecho hasta la cintura. Las mangas bastante anchas, también en nutria. Y el sombrero de fieltro, muy simple, última palabra del chic.

La figura número 5 os presenta—asi mismo de Molyneux—un lindo abrigo de noche, cortado en terciopelo ligero, suave y brillante, guarnecido de un cuello ancho de zorro negro. Parece a simple vista que este abrigo ha sido confeccionado en una sola piel de cebra, ¿no es cierto? Es una imitación de cebra, en efecto. Pero sólo una imitación. ¡Y una novedad!

La figura número 6, por fin, nos muestra como Molyneux ha querido mostrar que, si dedica sus entusiasmos creadores a las toilettes de interior, también se conserva un verdadero maestro para los trajes de calle. Este es un traje para la tarde, para la hora del té precisamente. Está confeccionado en marrocaín negro. Sus mangas son cortas, pero parecen venir al encuentro de los guantes, negros también. La faja que cierra la cintura es blanco y negro combinados. El sombrero es negro y blanco también, como la faja. Un velillo tiembla delante del rostro...

No quiero terminar esta crónica sin decir que parece definitivo el retorno de los adornos que habían desaparecido por completo: plumas, cintas, vueltos, tules volantes. Molyneux, cuya fórmula sigue siendo “hacer la silueta femenina cada día más delgada y más joven”, emplea estos adornos con tacto supremo. Y un detalle último: Molyneux emplea el tejido imitación de cebra, que es invención suya, exclusividad suya, expresamente fabricado para él, lo que constituye una fórmula nueva, en la vida de los grandes costureros.

(Viene de la Pág. 48.)

con una risa corta y ronca—y tomando el instrumento de acero empezó a trabajar con el febrilmente.

Según lo observaba, Maclean recordaba sus palabras: “Seis hombres... pero uno solo podría hacerlo.”

¡Y uno solo lo estaba haciendo!

Un ruido sordo y sostenido vibró por toda la cripta... ¡Y donde habían habido rocas, apareció una cavidad!

Lanzando un largo silbido de triunfo, Forder se detuvo, empuñó su linterna y desapareció por el boquete. Maclean, literalmente conteniendo su respiración, se adelantó hacia abajo. Y asomándose, vio algo que quizás ningún ojo humano hubiera visto desde que el Diluvio transformó el mundo; algo que le hizo olvidar la maldad del hombre que mantenía la luz en sus trémulas manos, que le hizo olvidarse de todo, aún de él mismo. El arqueólogo, el estudiante inominado estaba por encima de todo.

Vió una amplia sala, gigantesca reproducción de la antecámara; y enormes cavernas en el corazón de la montaña, milagrosamente atravesada por una luz opaca! Todo el frente que los rayos de la linterna de Forder iluminaban, estaba formado por un alto altar cuadrado. Su color era engañoso, pero Maclean no podía dudar de que era del más puro oro. La luz de la linterna le arrojaba maravillosos reflejos brillantes. ¡Parecía vestido de joyas!

Forder se adelantó y lanzó un grito ahogado. El increíble resplandor que parecía venir de muy lejos se hizo más brillante. Forder había llegado al altar. Examinaba las joyas que estaban en su parte delantera y luego dirigió la luz de la linterna hacia arriba. Ascendió tres escalones de oro y luego se arrodilló a examinar algo que Maclean no podía ver.

Este último se había estado acercando sigilosamente. Y ahora se había parado. Hasta las últimas fibras de su corazón parecían haber paralizado...

El había escuchado—o por lo menos, creyó haber escuchado—una voz muy lejos por detrás de él... una voz de mujer.

Luces extrañas saltaban de uno a otro lado, y como Maclean titubeara—escuchando, escuchando atentamente—Forder sacó un revólver de gran calibre de su bolsillo, lo apuntó a una de las grietas de la parte superior del altar y apretó el gatillo...

Lo que siguió fue algo increíble—una escena de horror tan gigantesca, que la imaginación de Maclean fue impotente para comprender...

Desde la distancia, por una de las varias aberturas que parecían contener cristal verde, un rayo cegador—un trazo de fue-

CALAMBRES?
La mano que dolores musculares los remedia de inmediato el
LINIMENTO
de ENO'S FRUIT SALT
- Mata dolores

go—descendió como una flecha. Con un ensordecedor rugido, el frente del altar osciló hacia adelante y hacia atrás. Donde estaban los escalones se abrió un profundo agujero!

—¡Forder!...
—¡Gran Dios!—rugió Maclean y se tapó los ojos con sus brazos. Vio una especie de gigantesco espejo ustorió, construido a la manera de los trabajos de los Druidas, que con ellos tomaban los primeros rayos del sol saliente, los del medio día y los del anochecer. Esto parecían reflejar la luz del sol en el cement...

El disparo de Forder había desprendido las palancas antiguas que en un tiempo habían estado controladas por los sacerdotes de la Atlantida... Y era la hora de la salida del sol... Forder se había sacrificado al mismo Dios Sol de los antiguos...

Una densa columna de humo se levantó. El sólido piso de rocas se estremeció bajo los pies de Maclean. El se volvió... ¡Betty Forder y Pedro acababan de entrar!

—¡Atrás!—rugió él y se echó a correr... ¡Vayan para atrás! Una roca inmensa descendió del techo con atroz ruido. Ese último sacrificio había destruido el templo antiguo, como quizás astutos cerebros se habían antepensado habían planeado...

Sacaron a Betty Forder. La escalera era una pesada obra, pero Maclean y Pedro la manejaron entre los dedos.

Pedro abrió el bungalow y acostaron a la mujer en una cama de campaña. Toda la región fue sacudida por violentos temblores de tierra.

Pedro se quedó mirando a Maclean —Ella no lo vió—dijo él—. Yo estaba delante. Y no necesita saberlo nunca.
(Versión de L. G. del C.)

Al viajar, proteja usted su salud contra los trastornos causados por cambios de clima, comidas a deshoras y alimentos extraños, tomando en ayunas un vaso de "Sal de Fruta" Eno.

Al despertar
"SAL DE FRUTA"
REHUSE TODA IMITACIÓN
ENO'S FRUIT SALT



LAMPARAS
 CREACIONES ARTISTICAS DE
"LAMPARAS QUESADA"
 Nuestras reproducciones son famosas por su gran
BELLEZA Y DURABILIDAD
 Planta Electroquímica y Fundición.
 Preciosos modelos en Plata, Oro Viejo, Bronce Antiguo y otros.
30 Y 36 MESES DE PLAZO PARA PAGARLAS!
¡INSTALACION GRATIS!
CAMBIAMOS SU LAMPARA VIEJA POR UNA NUEVA FUNDIDA EN BRONCE.
 Pagamos más dinero que nadie por ella.

ACEPTAMOS ORDENES DE VENTA PARA CENTRO AMERICA.

Escribáenos cuanto antes.

¡ VISITENOS !

Llene y Corte este CUPON y recibirá el Catálogo General en Colores.
 Gran Exhibición en Infanta y San Lázaro.—Telf. U-8196.

CUPON LAMPARAS QUESADA Apartado 1630
 Habana.

Ruego envíen a mi dirección su Catálogo General.

Sr
 Calle y número
 Ciudad o pueblo

EL JUICIO AJENO

(Viene de la Pág. 40)

dia al verla, créemelo. Y tú te sentirás el hombre más dichoso de la tierra. ¡Si, si, no me digas que adelanto los acontecimientos! No pierdas esta oportunidad. Llámame mañana, y lo dejaremos todo arreglado; pero te aconsejo que se lo cuentes todo a tu madre.

Suspiro. La tía Regina es siempre la misma. No puede entablar una conversación sin mezclar los trapos. Menos mal que no me nombró docena y media de modistos que ella dice que son famosos, y que yo no he oído nombrar nunca. Pero con todo, la tía Regina es buena y quiere que sea feliz; pero ella conoce la felicidad a través de sus gafas de modista.

Con todo, estoy como antes. Mi error consiste en haber acudido a cómo diríamos? ¿Incapacitados? Me parece la palabra algo dura; pero me parece que empleo este término con toda propiedad. Debo hablar a alguien cuya cultura de estos asuntos lo haya puesto en un nivel superior al nuestro. Pienso, y me decido por Gisela. Gisela es una chica de veinte y ocho veranos, fuerte, atlética, escritora y feminista de las más avanzadas. Tiene en su haber un título de abogada y ha escrito además uno o dos libros sobre la mujer y sus derechos, libros que yo no he leído, y que son el orgullo de su autora.

Me cuesta gran trabajo localizar a Gisela, pues es una muchacha muy inquieta, y a cualquier hora puede encontrarse en cualquier lugar de la ciudad. Al fin doy con ella en la casa de un abogado amigo suyo. Al saber que la solicito, se apresura a acudir al teléfono.

—¿Qué te pasa?—me dice.—¿Has recibido alguna herencia o vas a entablar algún pleito?

Le explico. Con ella tengo que ser más cuidadoso escogiendo mis palabras.

—¿Que te vas a casar? ¿Que estás enamorado? Perdóname, pero te compadezco. A los hombres enamorados los compadezco, aunque siempre los trato con la punta del pie. No hay nada más ridículo que un enamorado. ¿me oyes? Yo los he tenido a millares; pero ya nadie me hace proposiciones, pues todos conocen mis métodos para alejarlos. ¿Me pides un consejo? Pues bien, no te cases. No hagas desgraciada a esa mujer que te ha puesto el cerebro al revés. Déjala libre como el viento, que se busque su porvenir, porque estamos en el siglo de la mujer. Si no me haces caso, y te cases, asistiré a tu boda; pero, créeme, que asistiré con más gusto a tu divorcio. Y es más: para que veas que te estimo de veras, correré los trámites sin cobrarte un centavo. Yo siempre hago los divorcios con placer. Soy el hada buena que devuelve la libertad a la mujer, siempre engañada, sacrificada y menospreciada por ustedes los hombres.

Con tal discurso, debían de estar incandescentes los hilos del teléfono. Hubiera sido cu, reunir a esta encantadora feminista con, la tía Regina. (¿por qué no con Carlos y con Cándido Luis?) :Con qué gusto los hubiera escuchado deliberando sobre mi porvenir, cada uno aportando pruebas irrefutables sobre la veracidad de la parte defendida, y hablando como personas a quienes apoya la razón. En verdad, los cuatro han sido sinceros; pero me han hablado desde su punto de vista, sin pensar que yo soy otro infeliz mortal, que tengo mi vida distinta, que pienso de distinta manera, y que la vida me presenta problemas diferentes, como una matemática caprichosa. ¡No hemos llegado a nada mis buenos amigos y yo! ¡Así son los consejos! Ahora tengo otro concepto del juicio ajeno.

EL NUDISMO Y EL CINE

(Viene de la Pág. 9.)

Realmente, nos quedamos confundidos ante esas muchachas de la película alemana, que pretenden retornar a la Naturaleza, desnudándose y bailando agarradas de las manos frente al mar, creyéndose jóvenes griegas de la mejor época. ¡Que error! Las bellas atenienses, bañadas en sus piscinas de mármol, frotadas de ungüentos, pintadas de cerusa y de antimonio, con sus peinados complicados y sus vestidos exquisitos, hubieran despreciado seriamente a estas jovencitas hirsutas.

*

Cada cual tiene derecho a escoger entre el arte y la Naturaleza. Pero es verdaderamente pueril mezclar estas dos cosas, y practicar sobre la arena unos pasos de danza que no son más que reminiscencias coreográficas, mal digeridas por algún profesor local, deslumbrado por la gloria de Mary Wigman y por el recuerdo de Isadora Duncan. Los resultados son bastante entristecedores, pues el arte no tolera las imitaciones grotescas. Pavlova, con sus escarpines de atén, sus velos vaporosos, sus 'das y arlatana, ante un telón pintado idamente y entre los acentos de una música mediocre, se transformaba por milagro en cisne, en mariposa, en crisantemo deshojado por el viento. Pero la joven nudista que, con los pies en el agua, baile el poema del mar a su manera, no parece sino una cocinera en vacaciones que quisiera demostrar sus actitudes artísticas.

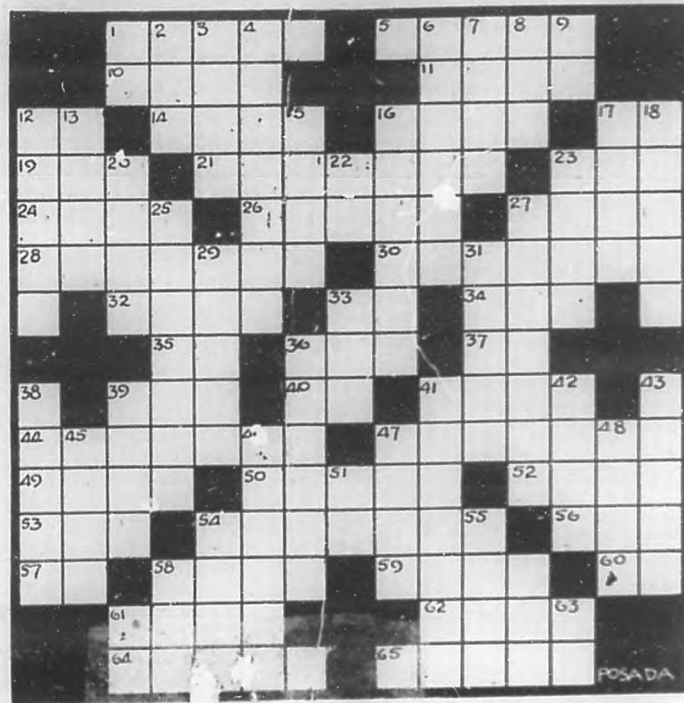
*

Y si se acepta el arte, es preciso aceptar también los artificios. ¿Por qué, entonces, esos cabellos tiesos, desordenados, esa piel luciente, esos pelos superfluos, esas uñas recortadas y esos dedos callosos? ¿Por qué esa carencia insostenible de coquetería, esa promiscuidad absurda que mata el deseo y aleja el amor? ¿Por qué privarse del adorno, cuando hasta las mujeres salvajes se atavían con huesos y tonchas y con los diseños pintorescos y complicados de los tatuajes? ¿A qué conducen todos esos fríos simulacros, esas poses plásticas, esas cabriolas, esos brazos extendidos hacia el cielo, toda esa vana gimnástica que parece una perpetua parodia? Sin embargo, sabemos que todo el mundo no tendrá nuestra misma opinión. No dudamos que otras personas consideren el nudismo de manera diferente y se encanten contemplando la película a que nos referimos.

*

Estamos seguros que esos jóvenes, cuando regresan del campamento nudista hacia las "ciudades tentaculares", se olvidan de sus feas compañeras sin misterio y se meten en el cine más próximo a admirar a Marlene Dietrich, a contemplar su cuerpo exquisito, tentadoramente envuelto en sus trajes marñíficos...

CRUCIGRAMA



HORIZONTALES

- 1.—Barrera para taladrar metales.
- 5.—Instrumento de labranza.
- 10.—Dios de los vientos.
- 11.—Anillo (pl.).
- 12.—Moneda de cobre de los romanos.
- 14.—Del verbo ser.
- 16.—Próximo, contiguo.
- 17.—Voz que se usa para asustar a los niños.
- 19.—Dios supremo de los Babilonios, correspondiente al Zeus de los griegos y al Baal de los fenicios.
- 21.—Nombre de mujer.
- 23.—Río de Suiza.
- 24.—Una de las cinco partes del Mundo.
- 26.—Persona que produce una obra científica, literaria o artística.
- 27.—Río de la Isla de Luzón (Filipinas).
- 28.—Embarcación ligera, parecida a la fragata.
- 30.—Nombre de varón.
- 32.—Especie de buitre de las Antillas.
- 33.—Exclamación que significa comprensión.
- 34.—Punto cardinal.
- 35.—Apellido muy corriente en China.
- 36.—Percebir un sonido.
- 37.—Letra del alfabeto griego.
- 39.—Apócope de dicen o dicese.
- 40.—Del verbo ir.
- 41.—Comunicale.
- 44.—Enfermedad de los ojos.
- 47.—Ignorante, torpe, lerdo.
- 49.—Extensión de agua rodeada de tierra.
- 50.—La primera luz del día.
- 52.—Labor en hueco hecha en metal precioso y rellena con esmalte.
- 53.—Agarradera.
- 54.—Empujar.
- 56.—Línea recta que pasa por el centro de un cuerpo.
- 57.—Prefijo que se usa con ciertos adjetivos despectivos.
- 58.—Percebir un olor.
- 59.—Partes del ave.
- 60.—Preposición inseparable.
- 61.—Harto, satisfecho.
- 62.—Novillo menor de dos años.
- 64.—Valuar, estimar.

65.—Dícese del caballo de pelo mezclado con los colores blanco, gris y bayo.

VERTICALES

- 1.—Nombre de letra.
- 2.—Gorra militar.
- 3.—Aceite.
- 4.—Complemento de vestuario masculino.
- 6.—Piedra preciosa.
- 7.—Composición poética para cantar una sola voz.
- 8.—Río de Rusia que desagua en el Mar Azof.
- 9.—Carta.
- 12.—Piedra llana que va sobre el capitel de la columna.
- 13.—Masa cerebral.
- 15.—Ciudad de Abisinia.
- 16.—Hospedar, cobijar.
- 17.—Ciudad de Italia.
- 18.—Planeta.
- 20.—Instrumento musical de cuerda.
- 22.—La nota musical de antiguamente.
- 23.—Adios.
- 25.—Que carece de voluntad.
- 27.—Viento violento del Norte.
- 29.—Mamífero roedor cuyo cuerpo está cubierto de púas.
- 31.—Especie de vibora muy venenosa.
- 33.—Parentesco.
- 36.—Dar forma de óvalo.
- 38.—Colección de mapas geográficos.
- 39.—Espada antigua de hoja corta.
- 41.—Ciudad de Asia Menor (Frigia) a orillas del Timbris, donde fueron derrotados los turcos por Godofredo de Bullen en 1097.
- 42.—Lago de América al S. E. de Canadá.
- 43.—Polvillo fecundante de las flores.
- 45.—Clase de tela.
- 46.—Espesura formada por matorrales.
- 47.—Uso o costumbre temporal o pasajera.
- 48.—Red formada por barras metálicas para cerrar un hueco.
- 51.—Banco Nacional (Inic.).
- 54.—Nombre masculino.
- 55.—Extraña.
- 58.—Constelación.
- 59½.—Apócope de Santo.
- 61.—Preposición Inglesa.
- 63.—Artículo.

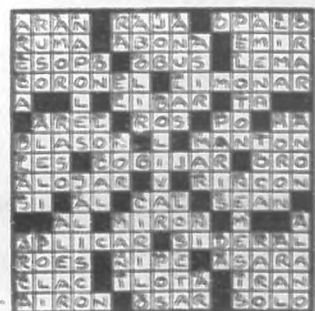
EL PROCESO YOKINEN
 (Viene de la Pág. 33.)

El proceso Yokinen, concluido de una triste manera para su protagonista, arrojado de su país de adopción con el mismo desprecio que merecería una alimaña, ha tenido sin embargo, la virtud de llevar hasta los rincones más ignorados de la Nación, una palabra de aliento, una voz de esperanza, tanto más valiosa cuanto que se produce en una misma en que el negro, desilusionado por completo, volvió las espaldas a los partidos militantes, cansado de servir de comparista a la tragicomedia democrático-republicano-socialista; en que el negro, en fin, al meditar en las respuestas indignantes de los senadores Copeland y Black, encontrará un alivio a la dolorosa desgarradura de su espíritu, recordando que en un rincón de New York, en aquel mismo donde más se advierte su miseria, unos hombres blancos le hicieron justicia.

CUENTO JUDIO

Samuel se halla acostado al lado de su mujer. Pero no obstante estar ya avanzada la noche, no duerme. Sara, que tampoco duerme, se intranquiliza.
 —Pero, ¿qué te pasa que das tantas vueltas, Samuel? ¿Estás preocupado?
 —No, no estoy preocupado.
 —Entonces, ¿por qué no duerme?
 —Te digo que no me pasa nada.
 —Dime, ¿qué es lo que te preocupa?
 —Pues, si ¿yamos? ¿Que mañana es...
 —Bueno, mañana es el 27 ¿y qué?
 —Que mañana es el vencimiento.
 —¿En efecto, ¿y qué?
 —Que tengo que devolverle mañana los cinco mil pesos que me ha prestado.
 —¿Y qué?
 —¿Cómo "y qué"? ¿Pues que no tengo más un centavo?
 —¿Y por eso no duermes?
 —Sara se levanta, abre la ventana y llama a Mayer, éste aparece prontamente y le dice:
 —¿Qué sucede, Sara? ¿Está enfermo Samuel?
 —No.
 —¿Se le ha incendiado la casa?
 —No, no, Mayer, no es eso. ¿No tiene que pagarle mañana Samuel cinco mil pesos?
 —Sí.
 —Pues no se los pagará, porque no tiene ni un centavo. —Vuelve a cerrar la ventana y se dirige al marido. —Hace un instante éramos nosotros los que no dormíamos; ahora el que no va a dormir es él.

SOLUCION AL CRUCIGRAMA DE LA SEMANA ANTERIOR



(Viene de la Pág. 16.)

La realidad era que la única puerta existente en la habitación, excepto la principal, por donde habíamos entrado y que estaba cerrojada por dentro, era la que conducía al pequeño closet de la ropa. No había cuarto de baño individual: la casa había sido construida en una época en que un cuarto de baño corriente, instalado en un segundo piso, significaba un gran lujo del propietario. Más tarde, supimos que Miss Lake había hecho instalar otro cuarto de baño en el tercer piso. Archer Coe y su hermano Brisbane, cuyas habitaciones estaban en la parte frontera de la casa y en el mismo piso, habían compartido el cuarto de baño principal que daba salida al salón por entre las habitaciones de ambos.

—No he visto ninguna huella del arma que está a Coe,—remarcó Markham.

—No está aquí—afirmó Heath sentenciosamente—. Me atrevería a apostar a que el tipo que lo mató, se la llevó a donde nadie la pudiera encontrar.

—Es posible—convino Markham—. De todos modos, creo que lo mejor que usted hace es abrir las ventanas. Hemos terminado aquí.

—Sin lograr nada. El Sargento estaba indignado. Usted ve, señor,—se apresuró a explicar apologeticamente—alguien ha tocado los pestillos de esas ventanas, y quisiera saber quién fué. Le voy a pedir al Capitán Dubois (1) que me obtenga unas impresiones digitales.

Unos minutos más tarde, Vance retornó a la casa. Según entraba, la alegría se expandía en sus ojos grises.—Hay bastante probabilidades de que viva—dijo—. Fue un golpe defectuoso el que le suministraron, con algún instrumento embotado. El Dr. Blamey la está remendando.

—¿Qué significa todo esto?—le preguntó Markham.

—No lo sé todavía. Vance se sentó en una silla y extrajo su petaca, de cigarrillos Regie—. Pero esa perrita es el más desatinado elemento que ha dejado el criminal en este sangriento hecho. Ese animalito es lo único que nos pone en contacto con el mundo exterior. No pertenece a nadie de la casa, y por tanto, tiene algo importante que decirnos, máxime, cuando nadie que entra en la casa se preocupa por los perros. Aquí nunca ha habido un perro y muy a menudo he oído a ambos hermanos Coe expresarse en este sentido.

—¿Usted cree que alguien de fuera la trajo?

—No, eso no sería razonable tampoco—dijo Vance frunciendo el entrecejo en actitud meditativa—. Existe una causa externa para la presencia de esa perra aquí. Probablemente su presencia se debió a un terrible accidente, a un fatal error. Por eso es que estoy tan extraordinariamente interesado en ella. Y además, tenemos este punto a considerar: la persona que encontró la perra aquí, tenía miedo de dejarla salir

LA JAURIA DEL CRIMEN

Y en vez de preocuparse por su propia seguridad, trató de ocultarla precipitadamente detrás de las cortinas.

—¿Podría el doctor decir a qué hora fué herida la perra?

—No, exactamente. Pero partiendo de la referencia de la inflamación y del coágulo de sangre que rodea el ojo, el veterinario precisa que la herida data de diez a doce horas.

—Eso coincide.

—Desde luego que sí. La perra, o bien presenció el ataque o bien penetró en la casa, pocos minutos después. Pero una vez que hayamos encontrado al propietario de la perra, lograremos conocer algo que merezca la pena.

Markham miró con expresión dudosa.

—Pero cómo, ¿en nombre del cielo vamos a rastrear el dueño de un perro desconocido?—preguntó descorazonadamente—. La ciudad está llena de perros. Y ¿este pertenece a la persona que anoche entró aquí, con toda seguridad que ésta no va a reparar y a confesar que el perro es suyo.

—Todo eso es verdad—dijo Vance afirmando con la cabeza—. Pero el asunto no es tan obscuro y complicado como usted lo presenta. La perrita no es un mero compañero de rítmicos. Lejos de eso. Ella causaría dificultades en las perrerías de nuestros más reputados perros de pelea. Yo me acerqué a ella tan cuidadosamente como pude, cuando estaba en la mesa de operaciones del doctor Balmey. Tiene las espaldas cortas, un tipo de costillas muy finas y una perfecta cola; tiene poco tamaño, con vigorosas articulaciones y fuertes cuartos traseros. También tiene un asombroso esqueleto.

—Yo conozco un poquito de Terriers escoceses, Markham, y tengo idea de que este animalito tiene en ella una mezcla de la sangre de los perros Laurieston y Ornsay. Su robustez y el material de que está hecha, unido a su sangre y ojos de color claro, indican la rama de los Laurieston—una gran rama, por de pronto—pero no lo bastante sensitiva, según mi modo de pensar. Por otra parte, tiene ciertos refinamientos muy definidos—cabeza enjuta y limpia, hocico muy sensible, pequeñas orejas y un occipucio echado hacia atrás—todo lo cual denuncia la raza Ornsay.

—Todo eso está muy bien—dijo Markham anonadado por la técnica de Vance—pero ¿qué significan todas esas cosas para quien no sea un criador? No veo que puedan llevarnos a ninguna parte.

—Pues sí—dijo Vance sonriendo—. Nos dan mucha luz. El criador de ciertos perros de sangre, en este país, es conocido de todo aficionado serio, a esos ejemplares. Y una perra como esa, como son las genealogías sanguíneas, registros, el A. K. B. (American Kennel Book). Libro Record de Perrerías de los Estados Unidos), registros de

profesionales de Veterinaria y licencias judiciales; y no es del todo imposible, con tales auxilios y un poco de conocimientos, seguir la huella genealógica de uno de estos perros de raza, así como sus cruzamientos. Además, todo hace presumir que un perro tan bueno como éste haya sido exhibido alguna vez—ahora mismo estaba en perfectas condiciones para haber participado en una Exposición. Y cuantas veces un perro es expuesto, hay otra serie de circunstancias que se añaden en los records.

Heath había estado escuchando a Vance, con marcadas muestras de escepticismo.

—Quiere usted decir, Mr. Vance—preguntó—que usted puede identificar al propietario de cualquier perro de raza que se encuentre por la calle.

—¡Oh, no, Sargento!—se apresuró a contestarle—. Yo solamente digo, teniendo en cuenta que un perro ha sido llevado a los records y exposiciones, y también teniendo en cuenta que uno tiene una idea definida de las razas y parentezcos de los perros, hay bastante oportunidad para llegar, con un poco de paciencia, a determinar el propietario del animal.

—¡Hum!—Heath no se sentía impresionado por la explicación—. Pero, aún suponiendo—dijo—que usted encontrara al propietario de ese cachorro ¿a qué hubiera llegado? El propietario podría decir simplemente: "Oh, muchas gracias, bondadoso señor, el pequeño diablillo se me había escapado".

—Así sería, Sargento. Pero los perros bien nacidos y criados, no siguen a los extraños a casas desconocidas. Más aún, perros de la calidad de éste no andan por las calles sin alguien que los cuide. Vance se recostó en el respaldar de la silla y entre juntó los ojos.—Hay algo, dijo, particularmente extraño, en la presencia de este perro en esta casa. (Versión de L. G. del C.)

(1) Experto en huellas digitales.

¿Quién ha sido el asesino de Archer Coe? ¿Su hermano Brisbane? ¿Alicia Lake, que quería entrar en posesión de su herencia? Wrede, el íntimo amigo? ¿Signori Grassi, envidioso de sus riquezas arqueológicas? Gamble, el aparentemente, fiel criado?

¿Y quién ha conducido el terrier a aquella casa? ¿Quién había herido criminalmente y con ánimo de despistar, al fiel can?

La imaginación más vivaz se pierde en la urdimbre de "La Jauría del Crimen". Ante las posibilidades del lector surgen tantos presuntos criminales, como personas han intervenido hasta este momento en las investigaciones.

Pero el genio de Philo Vance nos irá guiando de una a otra deducción, hasta conducirnos al férreo círculo en que su pericia encerrará al criminal. Pero pueden surgir nuevas y más complejas circunstancias...

Lea el próximo episodio de "La Jauría del Crimen", complicado, interesante, realista, intenso y lógico, trama que la ha hecho considerar la más extraordinaria serie policiaca de la época.



LA MUERTE DEL AMOR

Me pareció experimentar durante mucho tiempo un pesado entorpecimiento, algo así como un total embotamiento de mi cerebro y de mi cuerpo.

Después, tuve la impresión de que mi vida resurgía de un abismo oscuro y profundo, a través de una agua glauca, mientras flotaban todavía en mi pensamiento, semejantes a vagos fantasmas, algunos recuerdos del pasado. De pronto sentí un enorme peso sobre mi nuca, como si al despertarme de la nada por primera vez, tuviera sobre mis frágiles hombros la masa infinita del mundo. Abrí los ojos y vi que estaba acostado en el centro de un espacioso anfiteatro negro de gente hasta las gradas superiores. Era yo el punto de mira de todos los concurrentes que me observaban con una atención extrema. De súbito, en el silencio, una voz se elevó detrás de mí, una voz blanca y sin timbre como la de un niño.

La voz decía: Señores, me siento profundamente conmovido por la distinción con que me ha honrado la Sociedad de Psicología Prehistórica (S. P. P.), escogiéndome para exponer ante ustedes uno de los experimentos más interesantes de la época. Todos ustedes saben que el ser humano que se ofrece aquí a nuestros ojos es un hombre del siglo XX, dormido desde aquellos remotos tiempos, conservado, desde entonces y legado a la ciencia futura por el célebre profesor Schwytz.

"Este sujeto, despertándose hoy después de un sueño de diez siglos, nos permitirá revivir con él la época lejana de la cual es contemporáneo."

Estupefacto, tanto por la extravagancia de la voz como por la rareza de las palabras que oía, yo no intentaba hacer ningún movimiento, cuando sentí, posarse sobre mi cabeza dos manos fluidas inmatriciales, hechas para atrapar lo inatrapable. La lección continuó.

"Todos ustedes pueden imaginar fácilmente, señores—prosigue el orador—el interés incomparable que tiene que provocar entre nosotros este embrión extraño. Producto de una época en que la humanidad estaba todavía desorientada."

"Empecemos diseccionando sus fibras más íntimas". Cuando esta última frase resonó en mis oídos, el instinto de conservación sacudió mi entorpecimiento y salté gritando.

—¡Pero si yo estoy vivo! ¡Y bien vivo! Y cualquiera que sea la maquinación infernal que me ha dejado en poder de ustedes, mi cuerpo me pertenece.

mucho tiempo, el cuerpo no tiene misterio para nosotros, y hemos abandonado su estudio por carecer de interés.

"Nosotros no diseccionamos ya nada más que las almas. Por eso voy a exponer la suya ante los ojos de mis colegas, y, despojándola de su envoltura la presentaré intacta después de diez siglos de letargia."

Yo protesté. —Pero señor, si mi cuerpo tiene para mí un valor incalculable mi alma no deja de tenerlo también. Es la esencia más íntima de mí mismo, y sus pasiones, sus odios, sus amores constituyen mi propia vida.

Al acabar de decir estas palabras, sentí un gran asombro aletear en torno mío. El orador y sus colegas parecían mirarme sin comprender, como si una de las palabras que yo había pronunciado les fuera desconocida.

Una voz preguntó: —Amores? —¿Qué quiere decir eso?

—¡Cómo!—repliqué—. ¿Ignoran ustedes esa fuerza poderosa esa afinidad que impele ciegamente un sexo hacia el otro a despecho de las convenciones y de las leyes, ese sublime sentimiento que dirige el mundo y perpetúa su existencia?

"El mundo existe, y sin embargo, lo que usted nos explica es desconocido"—, me argumentó el orador.

En aquel momento, un miembro de la Sociedad de Psicología Prehistórica se levantó y tomó la palabra.

Señores, aunque el significado de la expresión Amor me sea casi desconocido, creo que podré dar algunos informes sobre ese vocablo evidentemente importante, puesto que he descubierto frecuentemente su presencia en el transcurso de mis largos estudios. El Amor, según parece, fué el engranaje principal de la humanidad prehistórica que por una rara inconsciencia tomaba por base de su vida un sentimiento esencialmente frívolo. En las ochocientas ochenta y cuatro novelas publicadas en 1906, he hallado esa expresión un millón de veces; en cuanto a la palabra amor propio, no ha sido empleada nada más que seis veces. Por suerte, desde hace bastante tiempo todo eso ha desaparecido sin que se pueda citar una fecha precisa. Parece que el amor produjo muchos tormentos, muchos males y muchos crímenes; y a él debemos atribuir incontestablemente la infinidad de sufrimientos morales y físicos que torturan a la humanidad primitiva."



Sin inmutarse, el sabio avanzó hacia mí. Era un anciano de pequeña estatura. Y su mirada era tan estereotípica que no se podía decir si contenía la nada o el infinito. "Tranquícese, señor—me dijo sonriendo—. Desde hace

—Ustedes han abolido también el dolor?—interrogué. —No—me contestó alguien—. Pero el dolor cotidiano no nos conmueve ya. Nuestro siglo no sufre ya sino dolores metafísicos úricamente; (Pasa a la Pág. 63.)

EL GIGANTE

CUENTO

—...Ha venido el gigante, el gigante grande, grande. Tan grande, tan grande! ¡Y tan tonto, ese gigante! Tiene manos enormes, con dedos muy gruesos, y sus pies son tan enormes y gordos como árboles. ¡Muy gordos, muy gordos! Ha venido y... se ha caído. ¿Sabes? ¡Se cayó! ¡Tropezó contra un escalón y se cayó! Es un bruto el gigante, tan tonto... De repente, va y se cayó. Abrió la boca... y se quedó en el suelo, tonto como un deshollinador. ¿A qué has venido aquí, gigante? ¡Vete, vete de aquí, gigante! ¡Mi Pepín es tan dulce y tan gentil!... ¡Se abraza tan lindamente a su mamá, contra el corazón de su mamá! ¡Es tan bueno y tan dulce! Sus ojos son tan dulces y tan claros, que le quiere todo el mundo. Tiene una naricita muy mano y no hace tonterías. Antes corría, gritaba, montaba a caballo. Has de saber, gigante que Pepín tenía un caballo, un bonito caballo grande, con su cola. Pepín monta a caballo y se va lejos, lejos, al bosque, al río. Y en el río, ¿no lo sabes, gigante?, ha y pececitos. No, tú no lo sabes, porque eres un bruto, pero Pepín lo sabe. ¡Pececitos bellos! El sol ilumina el agua y los pececitos juegan, ¡tan bellos, tan listos y ligeros!

—¡Qué tonto y que ciego de gigante! Vió y... se cayó.

Qué tonto es! Subía la escalera y, de repente, ¡pam!, se cayó. ¡Ah, qué bruto es! No tiene por qué venir aquí el gigante; no le hemos invitado. Antes Pepín hacía travesuras, pero ahora es tan dulce, tan bueno, y mamá le ama tan tiernamente! Le ama tanto... más que al mundo entero, más que a sí misma, más que a la vida. Pepín es para su mamá el sol, la felicidad, la alegría. Ahora es muy pequeño y su vida es pequeña, pero después se hará grande como un gigante. Tendrá una gran barba y unos largos bigotes, y su vida será grande, clara, bella. Será bueno, inteligente y fuerte, como un gigante, ¡tan fuerte y tan inteligente! Y todo el mundo le querrá, le admirará. Tendrá en su vida penas, porque todo el mundo tiene penas, pero conocerá también grandes alegrías, claras como el sol. Entrará en la vida

bello e inteligente, y el cielo azul estará suspendido sobre su cabeza y los pájaros le cantarán sus mejores canciones y el agua le murmurará cariñosa. Y mi Pepín mirará a su alrededor y dirá: "¡Qué bella es la vida!"

—¡Ya... ya!... No; es imposible; te tengo bien fuerte, querido chiquitín mío. ¿No te da miedo la obscuridad? Mira, se ve la luz por la ventana: es el farol de la calle que nos alumbraba. ¡Es tan tonto ese farol! ¡Se está derecho y alumbraba! También a nosotros nos da un poco de luz. Se dice él: "¡Vaya, no hay luz en esa casa, les voy a alumbrar un poco!" ¡Es tan tonto ese alto farol! Mañana nos alumbrará también. Mañana... ¡Dios mío, Dios mío!

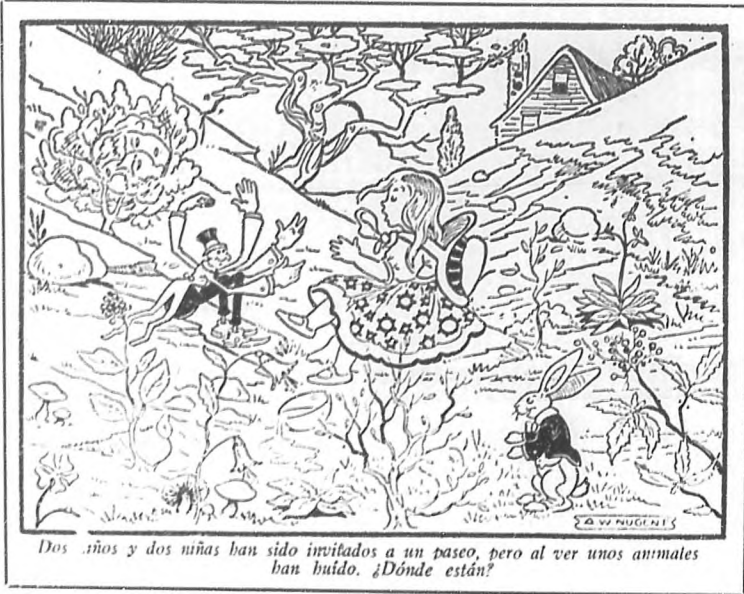
—Sí, sí... El gigante... Naturalmente... ¡Es tan grande!

¡Más alto que el farol y que el campanario. Y vino y... se cayó! ¡Ah, qué tonto eres, gigante! ¿Es que no veías el escalón? "¡Yo miraba a lo alto y no vi el escalón!", responde el gigante con una voz de bajo profundo. "¡Yo miraba a lo alto!" ¡Ah, qué bruto eres gigante! Es mejor mirar abajo: así, hubieras visto el escalón. Mira mi Pepín, gigante: ¡es tan guapo, tan inteligente! Será todavía más grande que tú. Dará unos pasos enormes. Caminará a través de la ciudad, sobre los bosques y las montañas. Será fuerte y valiente, y no temerá nada, absolutamente nada. Caminará a través de los ríos. Todos le mirarán con la boca abierta, tan tontos, y él caminará a través de los ríos. Su vida será tan grande, tan clara y tan bella, y el sol brillará sobre su cabeza, el dulce sol, tan bonito. Desde la mañana brillará el dulce sol... ¡Dios mío, Dios mío!...

—Ya... Vino el gigante y... ¡se cayó! ¡Qué tonto es ese gigante, Dios mío, que tonto es!...

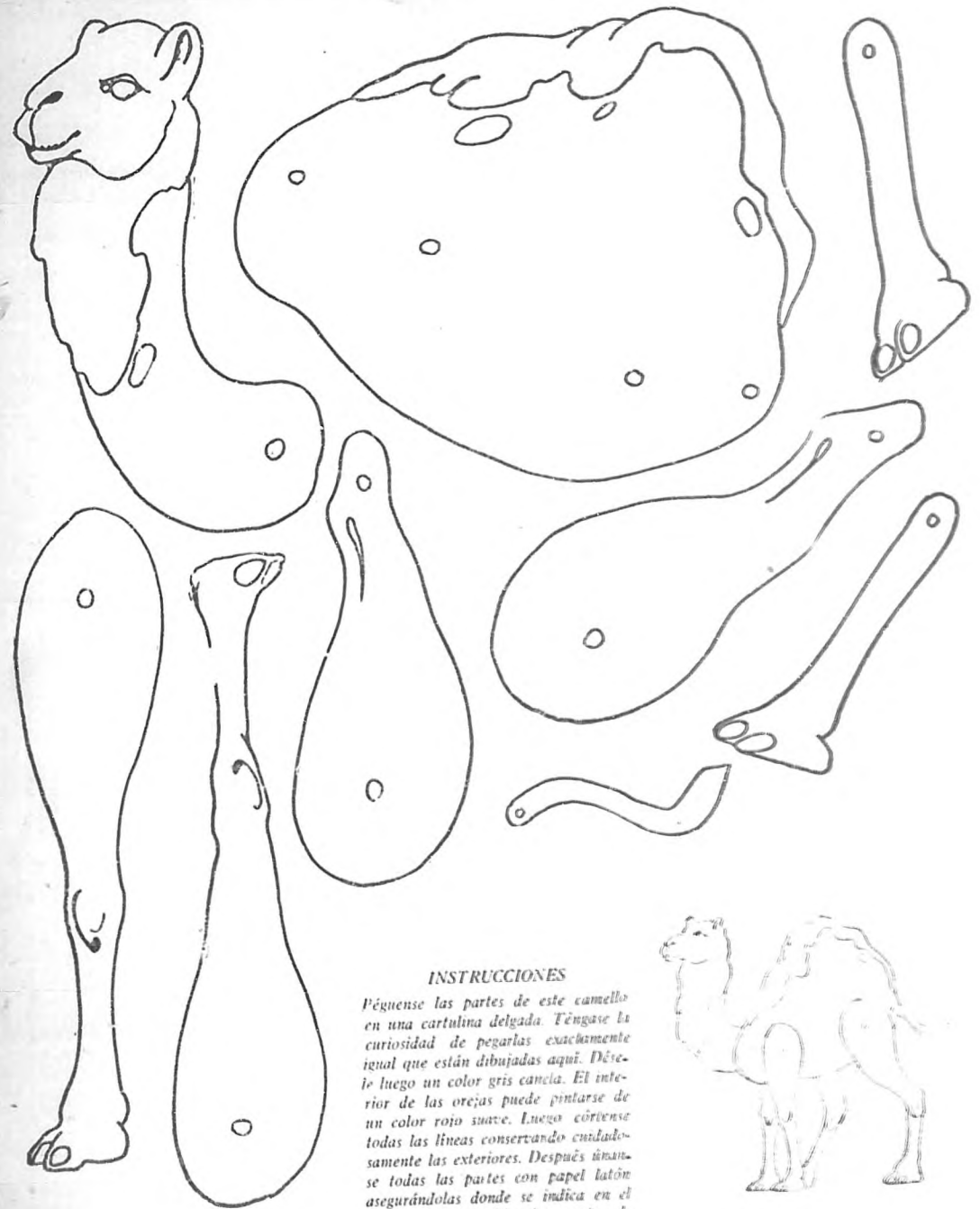
Así, en la noche profunda, hablaba la madre, estrechando contra su corazón a su hijo moribundo. Paseaba con él, a través de la habitación, iluminada débilmente por el farol, y hablaba sin cesar. Y en la habitación al lado se oía llorar al padre del niño.

Leonidas Andreiev.



Los niños y las niñas han sido invitados a un paseo, pero al ver unos animales han huido. ¿Dónde están?

EL CAMELLO



INSTRUCCIONES

Pégense las partes de este camello en una cartulina delgada. Téngase la curiosidad de pegarlas exactamente igual que están dibujadas aquí. Désele luego un color gris cencía. El interior de las orejas puede pintarse de un color rojo suave. Luego córtense todas las líneas conservando cuidadosamente las exteriores. Después únanse todas las partes con papel latón asegurándolas donde se indica en el dibujo. No se doblen los puntos de la unión muy cerca de la tarjeta, o resultará difícil el movimiento de las partes.



Humorismo



—¿Por qué estás leyendo los artículos de la "Revista de la Mujer"?
—¡De qué importa eso ahora!



—Es un hombre de muy mala suerte, había siete idiomas y es sordo.



—Díe usted, señora, que su marido murió.
—Sí, señor, murió aplastado.
—Eso es lo que yo me había figurado.



—¿Qué ganas tengo de poseer un carro nuevo!

—Anoche, en este mismo lugar, un hombre estaba dándole terribles golpes a una mujer. Yo me indigné...
—¿Y qué hiciste?
—Cambié de acera.



EL POETA DIS-TRAIDO — ¿Qué me pasará hoy, que estoy cojo?



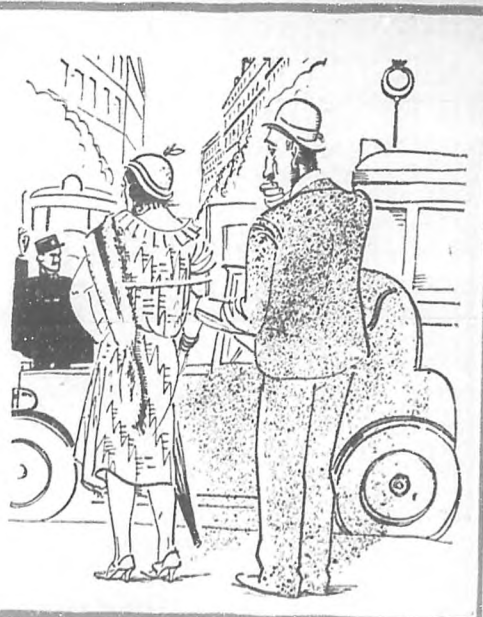
—¿Por qué estás leyendo los artículos de la "Revista de la Mujer"?
—¡De qué importa eso ahora!



—¿Quiéren esperar aquí cinco minutos? Voy a buscar las esposas que dejé olvidadas en la comisaría.



EL.—Tú me juraste que me querías toda la vida...
ELLA.—Es verdad; pero recuerda que fué cuando estuvi'ste tan enfermo.

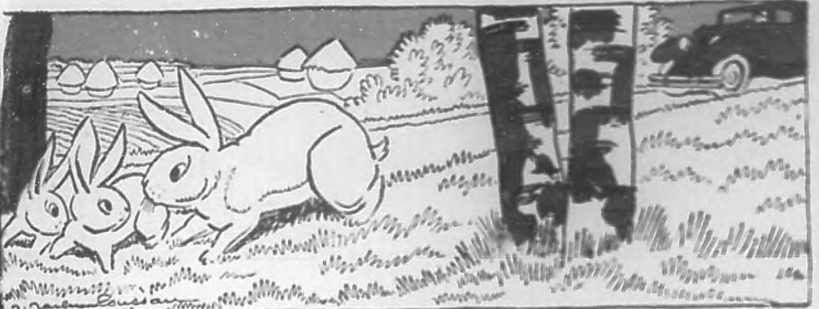


Humorismo Automovilístico



CONSEJOS MATERNALES

—No tengan miedo, hijos míos: sigan jugando sin temor.

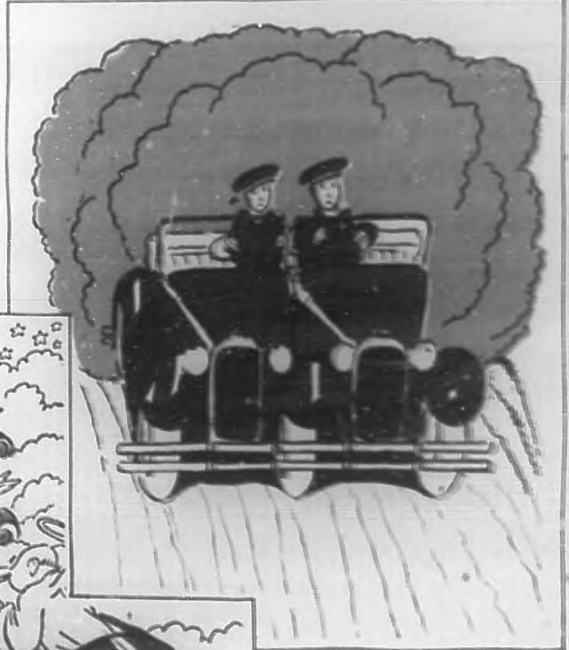


—Esooandánse, hijos míos; ahora sí hay peligro... automovilista.



EL REGRESO DEL CIEMPIÉS

—¿Qué te ha pasado, amigo ciempiés?
—He perdido 79 patas en un accidente automovilístico.



LOS HERMANOS SIAMESES SE HAN METIDO A CHOFERES

EN EL PARAISO DE LOS CHOFERES

—¿Quién es ese viejo que debiene los autos?
—Es Joné...

ANUNCIOS CLASIFICADOS TELEGRAFICOS

LAS DIEZ PRIMERAS PALABRAS, 80 CENTAVOS Y 7 CENTAVOS CADA PALABRA ADICIONAL



EULOGIO Alvaríño. Dora-dor. S. Rafael 101. Esmaltamos barnizamos, tapizamos muebles. Especialidad: trabajos en oro "Lámina". Garantizamos nuestros trabajos.

MUEBLES a plazos. Especialidades encargos. San Rafael 127. U-2969. Neptuno 191. U-4490.

LA CASA LOPEZ. Belascoain 76. Liquidada toda su existencia de muebles finos por 15 días, a mitad de precio. Una visita lo convencerá. Facilidades de pago. Telf. U-4541.

LA VENECIA— Especializamos en juegos de niños, precios módicos. Pida catálogos. 10 de Octubre 238. Telf. X-2651.

CAO Y VARELA. Plazos cómodos, alquilamos, cambiamos. Surtido juegos cuarto, comedor, sala, alta novedad. Agradecemos su visita. Neptuno 187. Telf. U-3417.

CHAILONG TROPICAL. Se hacen chaislongs a la orden, en todos tamaños. Se arreglan bastidores de uso. Galiano 46. Telf. A-6877.

(Viene de la Pág. 18.)

bajo y de angustia, reconoció, entre los heridos alineados sobre las camillas, a lo largo de nuestro refugio, a los dos jugadores de póker, magullados y casi asfixiados. Recordé el peligro que habían representado para mí, pero pronto dejé de pensar en eso.

Aubertin prendía con un alfiler en aquel momento una ficha medical en el ojal de cada herido. Mientras tanto, repetía invariablemente la misma exhortación: —No te desesperes, viejo. Estás bastante bien.

Me pareció entonces un buen muchacho que se portaba bastante bien con sus camaradas.

Después de la evacuación de aquellos desenterrados, no pensé más en los trescientos francoes que me habían torturado con tanta insistencia. Pero otro día oí hablar nuevamente de la carterá de Fraut.

Era en mayo, al final de una noche de relevo.

Al sonar el silbido reglamentario, dejé caer la mochila, me quité el casco y me acosté en medio de las margaritas mojaditas de rocío. Tenía mucha sed; me quedaba media cantimplora de agua. Me senté para tomar un poco. De pie, frente a mí, había un hombre que me miraba y que me dijo humildemente:

¿Necesita comprar muebles? **"LA EMINENCIA"** los vende a plazos, mejores y más barato que nadie, por tener fábrica propia. Visítela. Neptuno N° 188.



TINTORERIA Americana "Lux", de Cunan y Norman. Limpiamos, lavamos trajes de señoras y caballeros. Altombras, pieles, tapices, cortinas, guantes, corbatas y sombreros. Lavamos y planchamos a mano trajes de drill crudo y blanco. 5ª Avenida y 36. "Miramar". Telf. FO. 2333.

Tintorería EUREKA. Fundada en 1908. De M. Iglesias. Atendemos órdenes de todos los barrios de la capital. Ave. 10 de Octubre 325-A.

BOHEMIA está dispuesta a demostrarle a los anunciantes, hechos ciertos, que prueban hasta la edad que ha **TRIPLICADO** su circulación y que en algunas poblaciones de Cuba ha aumentado la venta CIN-

CO veces de la que tenía normalmente, por ello, **BOHEMIA** es el órgano de publicidad más poderoso que existe en Cuba.



ACADEMIA. Corte y costura "Sistema Martí". Garantiza enseñanza en 7 meses. Se dan avios. Admitimos internas. Pida informes, Mango Núm. 3-B, Jesús del Monte. Directora: Paula Delgado.



JABON Castilla Goliath.—A base de aceite de olivo, evita la caída del cabello y la caspa. Limpia de grasa el cutis. Cinco centavos la pastilla grande.

PESTANAS LARGAS y arqueadas con "Pomada Libradia", en Perfumerías y Farmacias, 50 centavos.

SENOS PERFECTOS. Duros, redondeados, con crema Charmy. Con nuestro curso "Cultura Física", obtendrá sa-

lud, bellas formas. Recibirá por 50 cts. Crema y Curso. **Sistema Atlas.** Apartado 558. Habana.

La revista **"EL HOGAR Y LA MODA"**, la única que las familias prefieren por su reconocido valor, conózcala mandando ocho centavos de sellos. Sabino Iglesias.—Monte 33.—Teléfono M-2730. Habana.



MUEBLES y joyas a plazos. En "La Eminencia" puede adquirirlos pagándolos como usted quiera. Neptuno 188.



RAMOS toda clase de aparatos de radio. Nuestro le. Garantía y absoluta seriedad. Casa "Montenegro" Habana 98. Telf. A-6159.



IRANZO. Mecánica general. Pintura Duco. Carpintería. Chapistería. Talabartería. Trabajos garantizados. Zanja 117. Telf. U-1110.

F R A U T

lado, Frene y Ricard, sus dos amigos principales, que le escamotearon novecientos francoes antes que llegaran los camilleros. Esos dos tipos fueron heridos el mes siguiente, por una mina alemana. La noche que Fraut murió, yo estaba acostado al lado de ellos. Hablaban de su negocio en voz baja, pero sin preocuparse, pues creían que todos los demás estaban dormidos.

—¿Para qué se figura usted que hablar, bado aquel dinero de los bolsillos muertos? Para jugar. ¡Maldita pasión del juego! Estaban inquietos porque no tenían la baraja. La baraja estaba...

Un silbido lo interrumpió. Se levantó terminando la frase: —La baraja estaba en un bolsillo de Fraut.

Cogió la mochila y la escopeta y se marchó.

Unos minutos después, en la penumbra sonrosada de la aurora, yo caminaba en compañía del médico que me contaba no sé qué historia relativa a las humillaciones que le infligía el comandante. Yo pensaba en otra cosa. Tenía representada en mi mente la escena de aquella noche: veía el cuerpo ensangrentado de Fraut y a sus dos camaradas registrando sus bolsillos ávidamente, con una frialdad que ponía de manifiesto la ruindad de sus almas, la ruindad del alma humana, miserable, traidora, envilecida por el dinero y endurecida por el dinero.

BOHEMIA

PRENSA ILUSTRADA DE CUBA, S. A. Acosida a la franquicia postal e inscrita como correspondencia de segunda clase en la Administración de Correos de La Habana. Fundada en el año 1908 y dirigida hasta 1926 por Miguel A. Quevedo.

Director: MIGUEL A. QUEVEDO Jr.

Director Artístico: PEDRO A. VALER

Administrador: SECUNDINO FARIAS

Jefe de Información: L. GONZALEZ DEL CAMPO

Dirección, Redacción, Administración y Talleres: AMERICA ARIAS, (antes Trocadero) Núms. 89-91-93. Cable y Telégrafo: PRENCUBA

Apartado de Correos núm. 2169. LA HABANA, CUBA. Suscripción anual: En la República, \$2.30. En el extranjero: \$3.50. Número suelto: 5 centavos. Número atrasado: diez centavos. Representante en los Estados Unidos.

M. D. BROMBERG, 19 to 25 W. 44th St. Berkeley, Bldg. NEW YORK CITY.

IMPORTANTE.—No se devuelven originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen.

LA MUERTE DEL AMOR

(Viene de la Pág. 57.)

y los degollamos como a los otros."

Observé minuciosamente la Asamblea, que mis ojos habían visto antes en su gris conjunto. Quizás habría entre los concurrentes diferencias de edad o de sexo, pero, en verdad, todos se parecían. Tenían ese aspecto de envejecimiento y la fisonomía amorfa y senil de los seres concebidos sin amor. Toda belleza, toda juventud había desaparecido en aquellos insexuales en quienes, por una herencia va larga, la pasión y el deseo habían muerto. Mi alma se sublevó contra la idea de entregar sus secretos a tales monstruos, cuando sentí de pronto al anciano que había hablado, poner sobre mi frente sus inmatéricas, hechas para atrapar lo pable. Y me di cuenta que su inversión penetraba hasta el fondo de mi ser.

"He aquí un alma digna de estudio—dijo al cabo de un momento—. Sin duda, sufre de ese mal a que se refería nuestro eminente colega. Si es así, nosotros que hemos curado nuestras almas del amor, curaremos ésta también."

Quise protestar, gritar mi deseo de vivir y de sufrir, y maldecir su progreso y su ciencia.

Fué tal mi acaloramiento que me desperté.

La mujer que me vuelve loco de amor y que me hace sufrir, estaba de pie a mi lado. Y en su sonrisa encantadora y en su cuerpo incomparable, comprendí que me quedaba mucho que sufrir todavía...

POR QUE CHEVALIER SE

SIENTA SOLO

(Viene de la Pág. 37.)

Cubato tres meses de licencia cuando regreso a Francia con el contingente de la cruz Roja y entonces vió a los principales especialistas. Los rayos X revelaron la presencia del casco de metralla muy cerca de su corazón. Uno por uno, los mas eminentes doctores fueron moviendo la cabeza y rehusando hacer una operación. Seria la muerte segura—dijeron, después de tanto tiempo.

Chevalier volvió a ofrecerse espontáneamente para el servicio activo. El enemigo, pensó el, debe mejor que nadie, terminar la obra ya empezada. Pero el Gobierno pensó de otro modo. Una medalla fue prendida en el pecho y fue de nuevo enviado a la vida civil con una encomiástica licencia, por sus servicios de guerra.

Poco después de su licenciamiento, los neuvos de Chevalier estallaron. La reacción de su prolongado encierro en un campo de prisioneros, se hizo sentir al fin. Ello sucedió durante una representación teatral. Sus fuerzas le faltaron y no pudo terminar la representación.

Hizo otra vez reunión de médicos. Todos prescribieron reposo y quietud si quería conservar la vida. Descanso durante más de un año. Pero mientras recobraba sus fuerzas iba perdiendo el interés que la vida tenía para él. El teatro había llegado a convertirse en una parte esencial de su existencia y ya no podía vivir feliz, alejado de él. Desobediendo las indicaciones de sus médicos, volvió a empezar su vida de artista.

No fué fácil al principio. Apareciendo vertiginosamente, luchando contra la rápida fatiga y con la contracción de sus pulmones, él no era ya el Chevalier que en el tiempo fuera el idolo de los cafés-conciertos de París. Pero se dedicó a su trabajo con el ahínco de un hombre que sabe lo dulce que es poder volver a trabajar. Y como consecuencia de ello, su trabajo mejoró. El se enseñó el mismo, el trick de representar la gracia que había sido antes espontánea en él. Si su luz estaba a siendo por ambos extremos, quería que diera la mayor cantidad de luz. Antes de tiempo, volvió a reconquistar el corazón de Francia. Entonces vino a América y conquistó grandes triunfos en la confección de películas.

Quizás si tan extraordinaria popularidad le ha sido dulce con la dulzura de esas cosas transitorias, fugaces. Quizás si ahora se empeña en conservar toda la energía que no derrocha en sus apariciones ante el público. Quizás si el haber vivido dieciocho años de una vida constantemente amenazada por la muerte repentina, le ha hecho sentirse resignado con su suerte.

—Desde la Guerra estoy viviendo un tiempo prestado. Añ día se me llamará para pagar y entos...

Y ahí lo tienen ustedes.



flatulencia, eructos agrios, mala digestión, estreñimiento, desaparecen tomando la

Leche Magnesia Phillips

que regulariza las funciones digestivas e intestinales y neutraliza el exceso de ácido.



EL CENTENARIO DE WALTER SCOTT

(Viene de la Pág. 34.)

Nació en 1771 y murió en 1872. Los últimos años de su vida estuvieron llenos de inquietudes. Como Chateaubriand que escribió sus *Memorias de Ultratumba* para aplicar a sus acreedores, Walter Scott trabajó hasta última hora, con el propósito de saldar las 117,000 libras esterlinas que debía. Este gran autor fué sobre todo un modelo de entereza. Decía de sí mismo que tenía una "virtud de granadero".

A pesar de todo su ánimo, Walter Scott no podía soportar una existencia semejante. Un ataque cardíaco lo abatió durante algún tiempo. Pero se restableció. Quiso entonces hacer un gran viaje. Y lo realizó. Mas unos días después de su regreso a Abbotsford, la muerte lo visitó, para emprender el viaje supremo, misterioso y definitivo...

EDÉLMA CUERVO PARTERA

Ex-interna de la Clínica "Pinard" del Hospital "Mercedes".

SAN RAFAEL 147, Bajos, (Frente al Parque Trillo).

TELEFONO U-4841.



ULTIMA CREACION

TALCO

INCLINATION

Exquisitamente Perfumado

CAJA GRANDE

Se Vende en 25 Centavos
Todas Partes a la Caja

L. T. PIVER

PARIS
